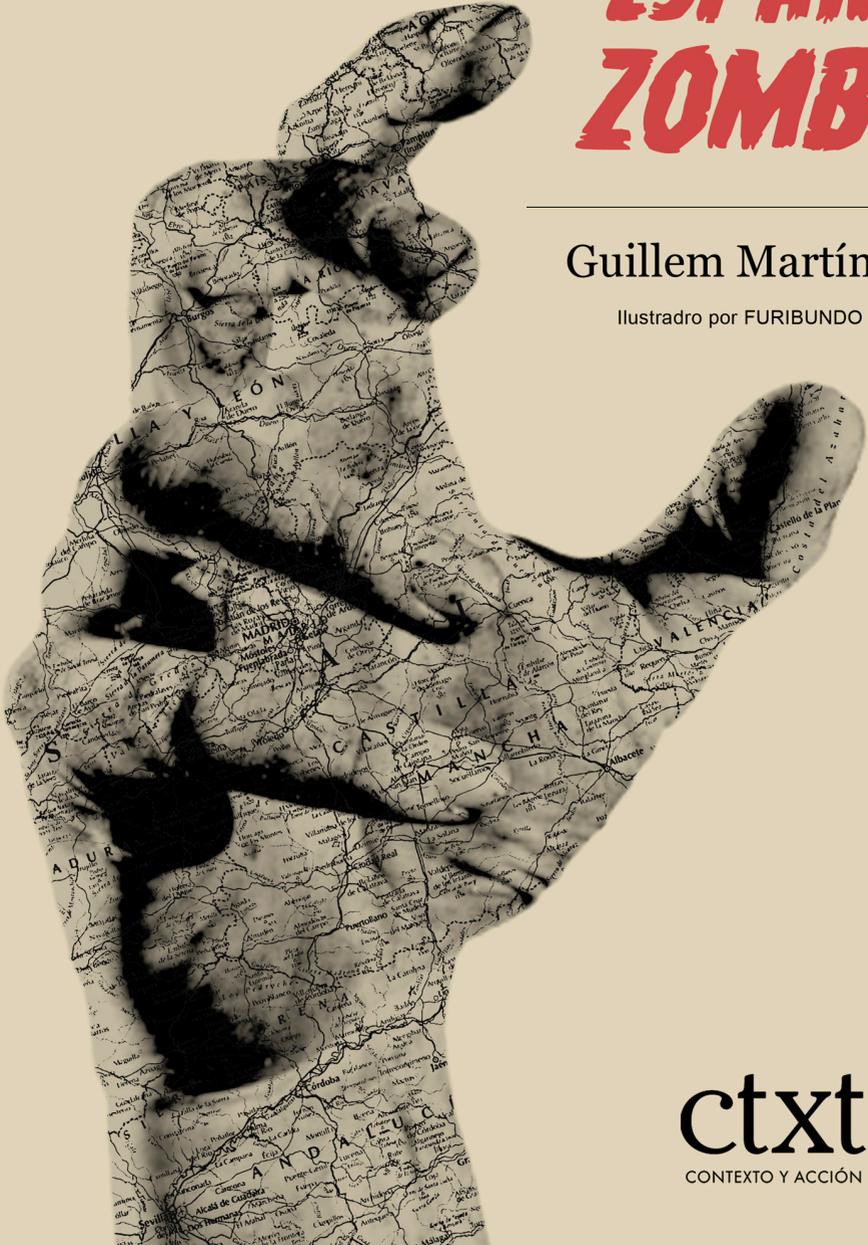


GARCÍA CONTRA LA ESPAÑA ZOMBI

Guillem Martínez

Ilustrado por FURIBUNDO



ctxt
CONTEXTO Y ACCIÓN

La presente edición fue publicada por entregas en agosto de 2016 en la revista de prensa digital CTXT.

Autor: Guillem Martínez

Ilustraciones y edición gráfica:
Furibundo - Alberto Fernández

ctxt

CONTEXTO Y ACCIÓN

Todos los derechos reservados

© Revista Contexto, SL
Madrid, España

CTXT / www.ctxt.es

Este libro ha sido editado en diciembre de 2016

García contra la España zombi



01.

Donde arrancamos por todo lo alto con Nixon, Kissinger, Franco, el Príncipe de España y Pedro Sánchez.

La historia es sobradamente conocida. Sucedió durante el viaje de Nixon a España. Esto es, en 1970. España olía a anís y a calcetines a cuadros. Se le recibió por todo lo alto, al pollo. Tiraron la casa por la ventana. Le tuvieron dando vueltas una semana. Que si a un tablado, que si a los toros, que si una tuna, que si a comer cochinillo en Casa Cándido. Se le hizo cofrade de la Hermandad del Torrezno, de los vinos de Jerez, de la lamprea, de la RAE, de su puta madre. Los catalanes la liaron, y le hicieron miembro de no sé qué del all-i-oli. El tío no paraba. Le hicieron bajar a una mina, en la que un minero había construido el Cristo de Lepanto con la cera de las orejas que había recolectado durante décadas. Allí se les ofició una misa minera. Nixon alucinaba. El príncipe heredero hacía los honores en esos periplos. De vez en cuando, Nixon decía: “Pero Franco...”. Y el príncipe: “Está muy liado, mañana, mañana. Ahora, vamos a comernos un cochinillo, hombre”. Al final, cuando ya se había comido medio PIB, consiguió, por fin, ser recibido por Franco. Imagínate. El Pardo. Estaba el No-Do, EFE, TVE, toda la pesca. Supongo que estaría hasta el

Capitán Estadella.

--¿El Capitán Estadella? ¿Ese friki?

Esto lo dije yo. Hola. Me llamo García, y esta es mi primera participación oral en esta historia. Como gran frase, no es la pera. Soy periodista. Más concretamente, periodista de la base de su cadena trófica. Ese tipo de periodista pringuis y que trabaja en agosto. El Señor Jabugo, el tipo que está explicando esta historia de Franco, Nixon y toda la tropa, es mi jefe de sección. Por lo que siempre es aconsejable escucharlo con atención. Se le conoce como Señor Jabugo por esa manía que les dio a los cracks del periodismo de los 80, consistente en suplir su nombre por sus iniciales. Así, el Señor Jabugo, para su desgracia posterior, suprimió su Juan José Jiménez Jiménez, con el que vino al mundo, por JJJJ. Cuatro jotas. Un Jabugo meditado. El Señor Jabugo prosiguió con lo suyo:

--Friki no. El Capitán Estadella es historia viva del periodismo patrio, zoquete. Un poco de respeto a los clásicos. Bueno. El Pardo, el No-Do, el Capitán Estadella. Y allá, Nixon y Kissinger, más despistados que una cabra en un garaje. Un cabo furriel, con uniforme de Regulares de gala, les guía por los pasillos. Al final, entran en una sala. Nixon y Kissinger se encuentran de morros, por

fin, con el Caudillo. A su lado, el príncipe heredero, que les saluda con la manita. Franco está en una silla. Ni se levanta. Nixon y Kissinger hacen el paripé y se sientan. Y Franco que no dice ni pío. Les mira con cara de póquer. Y ahí tienes a Nixon, un tipo que, según cómo se levante, te bombardea Camboya, acojonado. Traga saliva, y empieza a hablar de los fuertes lazos de amistad entre Norteamérica y el noble pueblo español. Y Franco como si viera llover. Nixon ya había agotado la perorata que tenía preparada, y había pasado a hablar del tiempo cuando, de pronto y por primera vez en la última hora, Franco emitió un sonido.

--¿Qué dijo?

--No dijo nada. Fue un ronquido. Franco se había quedado ceporro.

--Se ha quedado ceporro -dijo el Señor Jabugo que dijo el príncipe.

Kissinger, en ese preciso instante, se quitó los zapatos y emitió un suspiro de alivio.

--Me disculparán. Son ya varios días dando vueltas. Tengo los pies como melones.

-Haga, haga, está en su casa. Su excelencia puede pasarse horas así. El otro día también se quedó traspuesto en una recepción

de la ONCE. Como no lo veían, y esperando que su Excelencia rompiera el hielo, no dijeron nada. La cosa duró doce horas. Salieron deshidratados. Qué de reír. Bueno. Si les puedo ser de utilidad, no lo duden.

Kissinger y Nixon intercambiaron una mirada de inteligencia.

--Pues la verdad --dijo Kissinger--, es que no tenemos mucho de qué hablar. Todo el negociado diplomático ya ha sido cerrado entre nuestra embajada y su Gobierno. Veníamos más que nada por curiosidad.

--Pues ya ven.

--No, si en este trabajo ves de todo.

--En serio, ¿no puedo ayudarles en nada?

--Francamente, no se me ocurre.

--Pues vaya. Pues qué cosas. ¿Les apetece tomar algo? ¿Cochinillo?

--No, por Dios.

--Debería saber que el señor Kissinger come kosher. De hecho, deberían saberlo todos. Nuestra embajada fue muy clara en ese punto mientras se negociaba el viaje. Y lo ha sido cada día, varias veces, desde que el viaje oficial se inició.

--Pues yo, si no les importa, me pediré un cochinillo.

El príncipe salió. Pegó un grito desde la puerta. Al cabo, vino el cabo furriel con uniforme de gala de Regulares. Con tres raciones de cochinitillo. Se inició entonces una conversación de besugos, que interrumpía periódicamente un silencio tedioso.

--Una pena que hayan venido ahora, y no en temporada de caza. Hubiéramos hecho una montería y nos hubiéramos puesto las botas cazando koshers como psicópatas. ¿Los koshers son esquivos, o son como el jabalí o el elefante, que vienen de frente?

El príncipe, un profesional, un hombre mundano que conocía varias lenguas, entre ellas, claro, el inglés, no cejó en su empeño de abrir vías y accesos, desde ese momento, hacia una conversación estructurada. Y créeme que lo intentó todo. Kissinger, un piernas, parece que se animó cuando el príncipe sacó su última carta. Pilinguis.

--.....Pues si va, pregunte por la Lunares.

--¿Puede deletrear La Lunares?

Pero la conversación dejaba corrido a Nixon, un cuáquero como el carajo de una vela. Por lo que la conversación volvió a morir. En eso, el príncipe sacó su última carta. No era ni una carta. Era una estupidez. Pero, con ella, por fin, cambió el ambiente en la sala.

--¿Y qué? ¿Cómo van los viajes a la Luna?

Nixon y Kissinger volvieron a intercambiar una mirada.

--Bien, bien, muy bien. Bueno, ya sabe, la NASA ha restringido un tanto sus operaciones. Pero sí, subimos a la Luna, bajamos de la Luna y así.

Nixon cortó a Kissinger.

--Va, díselo, Kissinger.

Kissinger dudó.

--Que se lo dices tú o que se lo digo yo, hombre.

--Presidente, acordamos que no diríamos nada a nadie. Es materia reservada y estamos sujetos a ley al respecto.

--Mira a tu alrededor, Henry. Esto es nada y nadie. No va a salir de aquí. Además, me muero por decirlo. Nunca podemos decirlo. La cosa tiene su cachondeo. O lo decimos aquí y ahora, o nunca lo diremos.

--Me tienen en ascuas.

Kissinger miró a Nixon con seriedad. Luego, sin cambiar de expresión, le sonrió. Acercó su cuerpo hacia el príncipe, para comunicar que en breve se adentrará dentro del mundo de la confidencialidad internacional, tal vez por primera vez en su vida.

--Verá, se lo explicaré. Pero, en primer lugar, podría apartarme

este cochinillo de los morros.

--Sí, claro. Disculpe.

--Hemos contactado.

--Sí, yo también lo noto.

--No. Verá. Lo que quiero decirle es que, en uno de los primeros viajes lunares, en la etapa Johnson, tuvimos un contacto.

--Pues no lo recuerdo.

--Que contactamos con los marcianos, coño --dijo Nixon.

--Bueno, no son de Marte. Son de un planeta que está a un huevo de aquí. Les llamamos extraterrestres.

--No me jodan. ¿Han hablado con los marcianos?

--Hace cinco años que hemos establecido conversaciones oficiales.

--¿Y cómo son?

--Son... De otro mundo.

--Qué fuerte. ¿Y de qué hablan?

--De todo. Y de nada.

--Je, como nosotros hoy.

--Le puedo garantizar que, como nosotros hoy, no. Intercambiamos información. A varios niveles.

--¿Y cómo son?

--No los hemos visto. Bueno, hemos visto fotos. Las reuniones se celebran en la cara oculta de la Luna.

--¿Por las noches?

Nixon intercambió otra mirada con Kissinger, como diciendo ves-como-no-había-peligro.

--Sí. Por las noches --Kissinger suspiró--. Y lo sorprendente es que son como nosotros. Bueno. Casi. Tienen el corazón a su derecha. Fuman como carreteros, eso es otra curiosidad.

--Vivir para ver. ¿Y nunca han venido a la Tierra?

--Se han hartado de venir a la Tierra. De hecho, y esto le interesará, tienen un núcleo, una base, un nodo importante en España.

--No me diga. Siempre había sospechado que el NO-DO tenía algo raro. Así que eran marcianos...

--Lo que quiere decir mi secretario de Estado es que hay un núcleo estructurado de extraterrestres aquí, en su país.

--Hala. ¿Y qué hacen?

--Trabajo de campo.

--Monterías. ¿También comen kosher? ¿Me dijo que era una bestia frontal o esquiva?

Kissinger se levantó. Se llegó hasta la pared. Se golpeó la cabeza contra la pared en varias ocasiones. Luego miró, desesperado, a

Nixon.

--Todos los latinos son iguales, Presidente. La semana pasada volví a contactar con aquel general chileno, Pinochet. La embajada le pidió una cita urgente. Y el mamón va y les envía, por telegrama urgente, una frase de un romano.

Nixon asistía a estos eventos con un espíritu fascinado, más divertido.

--Henry, dile lo de la mujer.

--¿Lo de la mujer?

--Lo de la mujer.

--¿Qué es lo de la mujer?

Kissinger recuperó su compostura. Volvió a sentarse.

--Verá. Nos han hecho saber que sus contactos con la población han ganado en intimidad.

--Natural. Somos un pueblo abierto.

--Lo que está intentando explicarle mi secretario de Estado es que han abducido a una mujer. Una española. Nos han comunicado que fue sometida a un proceso de inseminación y que, en la actualidad, está embarazada.

Kissinger y Nixon hicieron aquí una pausa dramática, esperando algún tipo de reacción del príncipe. No la hubo. Salvo que pen-

semos que volver a coger el plato de cochinillo que había en la mesa, ponérselo en su falda, y empezar a roer una costilla, fuera una.

--El primer ser de una nueva raza está a punto de nacer en su país. ¿No le impresiona?

--Pues, la verdad, no. Este país está repleto de mujeres a las que las embaraza un marciano, que luego se va pitando. Si yo les contara...

--Nos hemos comprometido ante los extraterrestres a no realizar ningún tipo de seguimiento de esa mujer. No obstante, ustedes son otro Estado, un país amigo, y si quieren investigar, están en su derecho. Claro, después tendrían que intercambiar con nosotros la información resultante, de manera fraternal. ¿Quiere saber cuál es el nombre de esa mujer?

--¿La Lunares? -dijo el príncipe.

--¿Cuál era el nombre de esa mujer? -intervine yo.

--Ninguno. El príncipe pasó ocho pueblos. Dijo que él era un caballero, y que entre caballeros, terrestres o no, esas cosas debían de transcurrir en la estricta confidencialidad y discreción. Al poco, Franco se despertó, y entre todos le cambiaron los dry nights. Una cosa llevó a otra, abandonaron la conversación y se

fueron pitando. De hecho, no volvieron nunca jamás.

--¿Y para qué me explica esta historia?

--Porque es agosto. Y todo el mundo explica historias chorras en agosto. Esta es la mía. Bueno, todos menos Pedro Sánchez, que no abre la boca de la cara desde las pasadas elecciones.

El Señor Jabugo dio por zanjada su historia y su momento de asueto y pasó a ponerse en modo trabajo. Me explicó mis deberes. Hoy había Consejo Federal en Ferraz. Había conseguido el compromiso de la jefa de prensa de Sánchez de que, a la finalización de la cosa, Sánchez daría unas declaraciones a nuestro egregio diario.

--Dirá poco, o nada. Pero tú te estás ahí. Quiero un articulito para hoy. Intenta que se moje, a ver si finalmente votará al PP por la vía rápida, o por la lenta. O si se hará el sueco. El tío anda zombi, pero se hacen hasta películas con zombis. Y tú sólo tienes que hacer un artículo. Ya estás arreando.

Y, en efecto, a los pocos segundos ya estaba en la calle, no sólo sin saber si Sánchez me diría o no algo, sino sin saber aún que la historia, chorra, que me había explicado el Señor Jabugo no lo sería, en breve, tanto para mí. Sin saber que, en efecto, Sánchez estaba dentro del campo semántico zombi mucho más de lo que creía el

Señor Jabugo. Y, por encima de todo, sin sospechar siquiera que, en muy pocos minutos, yo iniciaría una relación de amistad íntima con mi opuesto, el Capitán Estadella, el periodista más friki de Madrid, ese biotopo en el que hay tanto para elegir.



02.

En el que García conoce al Capitán Estedella y, por el mismo precio, es mordido por un Secretario General.

Fui a la calle Ferraz a pie. El Señor Jabugo me había dado 20 pepinos para un taxi, pero decidí gastarlos en tabaco. La ciudad me brindaba un momento de paz --no lo sabía, pero sería el último, tal vez, de mi vida--, que yo a su vez le devolvía a través de aros de humo de tabaco perfectos. Era feliz. Era feliz. De esos 20 pepinos ya habían salido dos marlboros y, en breve, lo haría un menú cutre, todo un lujo en mi ulterior estilo de vida, que en el siglo XV entraría de pleno en la figura del carpe diem, pero que, en el siglo XXI, menos bucólico, se definiría como puta miseria. Todo, en fin, parecía encajar momentáneamente. Tenía trabajo, tenía tabaco, tenía dos piernas, y el agosto de Madrid me brindaba su sonrisa. Las ciudades sonrían poco pero, cuando lo hacen, su sonrisa es descomunal. Consiste en permitirte ver cómo su polvo flota a través de los rayos del sol. Unos rayos de sol, por otra parte, inclementes. En mi periplo hasta Ferraz, dos niños cayeron al suelo abrasador y se quedaron estériles. Dos viejas mueren y quedan momificadas con una diferencia, entre los dos estados, de dos segundos. Me crucé con 345 pobres sentados frente a

carteles en los que, en vez de pedir pasta para 8 niños, pedían, por caridad, que les tiraran un huevo en la frente, para luego comérselo frito. No se podía respirar, literalmente. El calor era tan radical que sólo conservaban el decoro, y aún así, precariamente, las adolescentes. Iban con unos shorts que vendían como rosquillas en el Bershka, tan minúsculos que, como en el cartel de promoción se aseguraba, te podían hacer la prueba del Papanicolau sin quitártelos, o te devolvían la pasta. El Presidente de Bershka, por cierto, era portada del día de El País --”No hemos realizado ninguna devolución en este ejercicio”--, junto con una encuesta realizada en la planta de neonatos de La Paz: “El 80% de los sietemesinos españoles abogan por que Sánchez acceda a votar a Rajoy”.

Cuando llegué a Ferraz y abrí la puerta me vino una oleada de aire gélido. Era el aire acondicionado a toda leche, sello en España de los locales regios. El récord mundial de temperatura gélida, por cierto, lo detentaban las sedes del IBEX. La NASA había publicado recientemente un estudio en el que demostraba que, siempre que no saliera de su sede acondicionada, un ejecutivo del IBEX podría llegar a vivir 275 años. Entre la profesión se comentaba, en ese sentido, que varios pensionistas que habían

entrado al Banco de Sabadell a pedir un calendario, habían sido crionizados antes de llegar al mostrador. Para no ir a juicio, la entidad bancaria hizo pasar a los pensionistas por estatuas de Lladró, que regaló por imposiciones a plazo fijo superiores a 7.500 euros. El TAE era, en verdad, atractivo, y nadie hizo preguntas. Se decía que Joaquín Sabina tenía 20 de esas estatuas en su salón. Bueno. Ferraz. PSOE. No había nadie en seguridad ni en recepción. Era raro. Pero era agosto. También, por otra parte, supuse que en algún momento de la vida del Titanic había pasado eso. Me fui a la sala de prensa, desde la que podía ver, a través de un plasma, las evoluciones del Comité Federal en el salón Ramón Rubial. Eran, por otra parte, evoluciones con tan poco juego evolutivo que, si Darwin las hubiera estudiado, hubiera apostado por el creacionismo. En la sala de prensa, y esto sí que entraba, de cuatro patas, dentro de la normalidad de agosto, tampoco había nadie. Todos los diarios pillarían la info de EFE, y el de EFE cogería los 20 euros del taxi, se los gastaría en tabaco y en un menú y, luego, se bajaría la cosa Comité Federal de Google. Sólo estábamos los periodistas pringuis de Madrid. Es decir, yo. Me senté, empecé a mirar el plasma y no tardé en quedarme ceporro. Como Franco frente a Nixon. Zzzzzz. No sé cuánto tiempo

estuve dormido. Minutos. Media hora. Una hora. Me despertó el saber que frente a mí había una presencia inquietante. Tal vez, no humana. En efecto. Era el Capitán Estadella.

--Joven, ¿sabe si esto durará mucho?

A lo que yo contesté, con mi boca pastosa:

--Ahdhklb cjkdhkl.

Mientras emitía fonemas, intenté organizar la nueva situación a la que había accedido tras el sueño profundo. Tenía frente a mí, ni más ni menos, que al Gran Capitán Estadella. Lo que el Señor Jabugo denominaba una leyenda del periodismo patrio. Y que, tal vez, lo fuera. Lo había visto en infinidad de ocasiones. En el Congreso, en Moncloa, en Zarzuela. Siempre en la pomada, pero separado del grupo del común de periodistas, como abandonado a su propio tiempo, y contemplando todo desde otra época. La suya. Jamás hablaba con nadie, y miraba a todos con desprecio. Sus orígenes son oscuros, de tan profundos en el tiempo. Algunos lo ubican como jefe de prensa en la Hermandad de Caballeros Excombatientes y Mutilados de guerra. Otros van más atrás y lo ubican en la heroica defensa del Alcázar de Toledo. Otros van más lejos y lo sitúan al frente de una partida carlista en la guerra de 1835. Sea como fuere, su primer paso hacia la fama

y el reconocimiento público fue la recopilación de sus artículos publicados en Arriba, bajo el título de Aún matamos poco, premio Doctor Goebbels de periodismo literario, otorgado en 1973 por el entonces ministerio de Información, Turismo y Crepados. De 1977 data su histórico Mi resistencia sumamente silenciosa al franquismo, vencedor por aclamación del premio Walt Whitman del ya ministerio de Cultura. Tras sus recopilatorios La OTAN es una ONG, Expulsar a los vascos al mar, o su Reyman contra Electro Tejero, los premios le llegaron a espaldas. Después de recibir el premio Príncipe de Asturias, fue necesario crear el premio Cuñado del Príncipe de Asturias para poder seguir premiando. Sus polémicos Fue titadyne, estúpido; España se resquebraja cada día a la misma hora, Nóos somos todos, El Régimen del 78 como aparición mariana, o A los de Podemos les daría por el culo con una caña rota, le supusieron otra catarata de premios, que culminaron en el recién creado premio Vecino Psicokiller del Príncipe de Asturias.

Polemista, articulista, tertuliano y académico de la RAE -su curso de ingreso: José Antonio y el problema del género-, siempre estaba allá donde miraras, en el canal que conectaras, o en la radio del taxi al que entraras. Al menos, antes de que me em-

pezara a gastar la pasta de los taxis en tabaco y grasa y fécula. El Capitán Estadella era, en fin, 40 años de periodismo vivo. O, según como se mirara, 4.000.

Vamos, que cuando abrí los ojos de la cara y le vi, me cagué.

--Deje de apollardarse, y dígame, ¿cree que esto durará mucho?

--N-no. No lo creo.

--Entonces, apostemos. Yo voy con la andaluza. Mire qué biceps.

Un Miura humano.

El Capitán Estadella se sentó a mi lado y empezó a mirar el plasma como quien ve un Barça-Madrid. Estaba tan apasionado que, de hecho, parecía que observara un Madrid-Madrid. Sacó un paquete de Marlboro, el sello del periodista español, y se encendió un pito. Lentamente, volví a la realidad. Observé la situación. Salvo Estadella y yo, no había nadie en la sala. Por el plasma proseguía el Comité Federal. Sólo que no había Comité Federal. En el plasma se veía cómo hacía bastante que el orden del día del Comité Federal había sido superado. Es más, se veía cómo la gran mayoría del Comité Federal yacía muerto en sus sillas o por el suelo. En mitad de la pantalla se observaba, también, algo curioso. Edu Madina, Pedro Sánchez y Susana Díaz se estaban dando de leches. Pero lo curioso no era eso -eso, hasta cierto punto

era, de hecho, normal-, sino que su aspecto no era humano. Eran zombis. Edu Madina era un zombi de catálogo, y le mordía la pantorrilla a Pedro Sánchez, otro zombi con el ISO 9000, que a su vez mordía la garganta a Susana Díaz que, curiosamente, aún tenía aspecto humano. Díaz intentaba morder a Madina, pero la separación de sus palatales le impedía pillar cacho.

--¿Qué le parece, joven? -dijo el Capitán.

--Me parece -intenté buscar un adjetivo que no dejará impertérrito a una leyenda viva del periodismo español-... Un marrón -sí; ole mis huevos-. ¿Usted qué cree?

--Yo lo veo clarísimo. Es un Apocalipsis Zombi. Hablaba de ello en mi último libro sobre el Procés catalán de los cojones, y todo el mundo se reía.

--¿Q-qué hacemos?

El Capitán Estadella, sin pronunciar palabra, se levantó. Apuró su pito -un periodista español no tira su cigarrillo hasta que tenga gusto a neumático quemado-, lo arrojó al suelo, como un rocker, y lo pisó. Se fue directo hasta el set contra incendios. Le pegó una patada, rompió el cristal. Apartó una manguera enrollada y sacó dos hachas.

--¿Qué qué hacemos? ¡Limpiar España de zombis! ¡No pueden

salir de aquí, o será el caos!

Como un solo hombre -como era, por otra parte, el caso-, salió de la sala de prensa rumbo al salón Ramón Rubial. Instintivamente le seguí, agarrado a mi hacha. Cuando entré, vi al Capitán dándole con el hacha, pero bien, a Madina, mientras Díaz y Sánchez huían, en modo zombi, por una puerta posterior. Observé cómo trabajaba Estadella. Muy fino. Ese tío tenía experiencia en decapitar zombies. O, glups, socialistas.

--¿Dónde han ido aquellos dos?

--No sé. Han salido por esa puerta.

--Han ido a la parte noble. Están heridos. Y un político herido siempre tira hacia su despacho. Vamos, joven.

Lentamente fuimos ascendiendo por el edificio. Accedimos a la sala Pablo Iglesias. Allí vimos dos zombies del Comité Pro Despedida de Soltero de Olof Palme. Estadella los facturó en un plis-plas. En el salón Endesa cayeron tres de la sectorial Bosnia Nunca Será del Emperador de Austria-Hungría. En el pasillo con la sala Gas Natural, cuatro vocales del Comité Contra El Kaiser. En el salón Mercado Continuo de Sydney, cinco del Comité pro-Espartaquista. Sí, era evidente que, con tales nomenclaturas y organigrama, el partido necesitaba cierto aggiornamento. Pero no

estaba seguro de que la doctrina Estadella fuera la más indicada. En eso recordé que eran zombis, y me tranquilicé un tanto. Subimos a las plantas nobles. Del despacho de Felipe González salió un zombi con aspecto de Felipe González, directo a la garganta de Estadella. Estadella, esta vez, trató al zombi con consideración a su cargo. Estadella el Gris golpeó con la base del hacha el suelo y exclamó, solemne y autoritario:

--No. Puedes. Pasar.

El zombi González, como era de prever, fue hacia Estadella como quien va hacia un filete. Estadella solventó el encuentro, con efectividad y con la suerte del volapié. No se podía negar que el pollo era castizo.

--Rápido. Ve al despacho de Sánchez, que yo voy al de la Díaz-me dijo.

Temblando, abrazado al hacha, me encaminé al despacho de Sánchez. Por el camino me iba encontrando con la obra de Sánchez. Medio partido devorado. Literalmente. Cuando accedí a la puerta, di un par de golpes con los nudillos. Un gruñido de ultratumba me autorizó a entrar en el despacho. Allí, sentado, frente a su mesa vi a Sánchez, que me miraba sin verme, pensando tan solo en mi peso, como un ser humano normal mira la carne en

Mercadona.

Sé que mi deber era darle matarile. Pero tenía otro deber superior, que era sobrevivir, ganar 50 euros por un artículo de mierda que el Señor Jabugo me había encargado. Así que, haciendo de tripas corazón, levanté el hacha amenazante, y exclamé:

--Señor Sánchez, ¿sigue siendo de la opinión de que el PSOE optará por el no en la primera vuelta de votaciones?

Sánchez se levantó de su sillón y se abalanzó contra mí. Un simple movimiento de brazos hubiera bastado para solucionar ese problema. Pero no lo hice.

Cuando desperté, tenía el cuerpo de Sánchez encima de mí. A mi derecha, su cabeza. Y a mi izquierda, Estadella.

--Joven, malas noticias. Todo el comité ha quedado pajarito. Pero no encuentro ni a Díaz, ni a Iceta. En otro orden de cosas...

Estadella, leyenda viva del periodismo patrio, no encontraba las palabras. Hasta que las encontró:

--... En otro orden de cosas tienes... como tu dirías, un marrón. Sánchez te ha mordido. En las pelis de zombis esto es lo más.

Sabía que Estadella estaba valorando cortarme la cabeza. Se había llegado a la ventana, frente a la cual me daba su espalda. Miraba la calle Ferraz mientras apretaba, cada vez con más fuerza,

su hacha. Buscaba la voluntad para acabar conmigo de un golpe certero. No le costaría mucho encontrarla.

--Bueno, hombre, las pelis son pelis. Recuerde Chiti-chiti-bang-bang.

Afortunadamente, vio algo más importante que mi muerte, cruzando la calle Ferraz.

--¡Rayos! ¡Susana Díaz ha accedido a la calle! ¡Hay que neutralizarla! ¡Vamos joven!

Salí pitando, sin ser consciente de que, técnicamente, yo ya era carne zombi. Fue precisamente Susana Díaz quién llenó mi alma de esperanza y quien evitó que el Capitán Estadella acabara conmigo.

Pero eso se lo explico mañana. No les dejaré sin ofrecerles antes un spoiler. Al día siguiente, la portada de El País rezaba: “Desaparecen las reticencias del Comité Federal del PSOE para votar a Rajoy”.



03.

En el que Susana Díaz, por fin, hace una revelación al mundo que aporta lógica a la trama. Y en el que García se enfrenta a lo peor que le puede pasar a un caballero casado: volver a casa con un muerto en el cuello.

Aún tenía en la boca su último lexema raíz, que el Capitán Estadella salió a la calle, a perseguir a Susana Díaz.

Yo me lo tomé con más calma. Total, me había mordido Pedro Sánchez. En todo el cuello. Me quedaban, presumía, pocos minutos de vida hábil, si bien varios milenios con la vida hábil del zombi, siempre y cuando no me pillara Estadella, leyenda viva del periodismo español y un figura, lo había visto, manejando el hacha. Tenía que lavarme la cara. Me fui hasta el lavabo privado de Sánchez. Lo examiné. Era descomunal. Estaba decorado, además, con todos los costosos regalos que le habían dado por su asistencia a las asambleas de control de Caja Madrid, durante su breve etapa de cuadro medio-pelo. Los regalos, observados en su conjunto, ilustraban los gustos y gastos de la clase media-alta española, antes de volverse, por lo visto, zombi. Así, a simple vista, me topé con un WC japonés chapado en oro, con chorrito de agua regulable y corriente-secado de aire frío y tibio. Cómodo y funcional, según comprobé. Un huevo Fabergé que, presionando hábilmente en un mecanismo, se convertía al abrirse en bidet de

platino con diamantes. Un Zeus raptando Europa, de Rubens. La Maja en Triquini, de Goya. El segundo volumen de la Poética de Aristóteles, La Comedia. Una edición especial y numerada del Quijote, autografiada por Cervantes: “A Pedro Sánchez con cariño y un pie sobre el estribo. Suyo: Miguel de Cervantes”.

Me practiqué una ducha rapidita en la ducha-Spa-efecto-sauna, conmemorativa de, tal y como estaba escrito con rubíes en el desagüe, “La asamblea en la que acordamos, machote, la venta chanchullera y con un par de Iberia a British Airways”, y cogí una de las 3.458 camisas blancas que había dispuestas en un armario de ébano, dos maderas ilegales amazónicas y piel humana, entregado a los miembros de la Asamblea de Caja Madrid con motivo, según se leía escrito en oro y arabescos en su reverso, “...de la aprobación de lo de las preferentes. Nos vamos a poner las botas, troncos. Yepa”. Sánchez tenía tantas camisas blancas, en fin y por otra parte, que podía decidir el precio de la camisa blanca en España. Meditaba en ello mientras me afeitaba un pigmeo, en cuyo brazo tenía tatuado: “Umpa-Lumpa Especial Edition, regalo de Caja Madrid con motivo de la II Ampliación de Preferentes. Esto es la leche. Waw”, cuando un ruido llamó mi atención. El Capitán Estadella había roto la ventana del despacho de Sánchez, de

una pedrada desde la calle, y me vociferaba que bajara echando leches. ¿De dónde había sacado una piedra Estadella en las calles de Madrid? No cabía duda de que era un periodista de recursos. Camuflé mi hacha en mi americana, más que para proceder con Díaz, para defenderme de Estadella que, en algún momento del futuro inminente quería decapitarme, y bajé hasta la calle, en la que me encontré una situación diferente a la calculada.

Estadella estaba sentado en un banco -su americana también tapaba su hacha-, desde el que observaba, a escasos metros y no sin cierta melancolía, las evoluciones de una Susana Díaz desorientada, ensangrentada y herida, sin bien aún humana. Sorprendentemente, la escena que protagonizaba no llamaba la atención de ningún transeúnte. Es más, un numeroso grupo de adolescentes y de jóvenes sin novia y con tendencia a la obesidad, le rodeaban mientras la apuntaban con su móvil. Creían que era un Pokémon a capturar. Por lo visto, de los difíciles.

--Otia, un Susaniche -dijo un adolescente que se acercó hasta el grupo desde la otra acera, con el móvil en mano.

--Siéntese, joven -me dijo, menos festivo, Estadella.

Me senté.

--Es curioso. Díaz sigue siendo humana. Pero por poco. Creo

que son sus últimos momentos, los estertores de su humanidad. La he estado observando. La vida la está abandonando por minutos, y está viviendo una especie de regresión, en la que revive su pasado.

--¿Hasta dónde ha llegado?

--Sigue siendo Secretaria general del PSOE de Andalucía.

--Entonces, esto va lento.

--No te creas. También tiene 8 años. Recuerde que su entrega al partido fue temprana y dilatada.

Me agregué a la melancolía con la que Estadella observaba a la Díaz, que en ese momento rememoraba, en voz alta, como cuando a los 8 años fue llevada por sus padres a ver un paje real en Triana, y como ella, sentada en sus faldas, le pedía al paje una corriente interna.

--Fíjese joven, cuan frágil es el ser humano, y de cómo en el momento de la muerte no son añorados metales ni prebendas, sino las cosas más sencillas de la vida, el tesoro esquivo del cariño. La vida es en verdad sencilla, como una hoja de encina, como un anillo, como el beso de una madre. La complicamos nosotros, con nuestras ambiciones, nuestra codicia, con ir desenterrando fosas comunes con dinero público, que es lo que sin duda creó la

crisis y envió este país a la puta mierda. Ah, joven. Qué artículo acabo de plantear. Mañana finaliza el plazo de entrega de artículos para el premio Miliki Ruano de Periodismo. Cojo esta idea, la alargo mil palabras y gano de calle. Son 8000 páas, que se dice rápido.

--No sé si es el momento de pensar en artículos, Estadella --dije
--Tiene usted razón. Tenemos frente a nuestras narices la explicación del extraño caso que hemos vivido. Y, quién sabe, el único zombi que, precisamente porque aún no lo es, puede explicarnos si su mordedura tiene solución, o le he de descartar inmediatamente, joven.

--Hablemos con ella, antes de que retroceda hasta la guarde --dije.
De un salto cogí a Susana Díaz, disolví el grupo de adolescentes a leches, y la traje hasta el banco, en el que Estadella y yo la interrogamos. Costó organizar la conversación. Y costó, pese al dramatismo de la situación, que no me diera un jamacuco de risa. Susana, en fin, de toda la vida me había parecido una imitadora de Felipe. Hablaba tan en su estilo que, siempre lo había pensado, acabaría sus días en Las Vegas, imitando a Felipe. Por fin, y gracias a su dominio de la gramática y los tiempos, Estadella pudo hilvanar una conversación coherente con ella.

--Susana, está enferma. Queremos saber cuándo empezó todo.

¿Quién le mordió?

--P-Pedro.

--¿Y no le pareció raro que le mordiera su secretario general?

-N-no. Pedro era tan... -buscó la palabra-... Cariñoso.

Lo que es cierto. Hasta yo pensé cosas raras cuando Pedro me mordía el cuello. Me sorprendí a mí mismo, de hecho, a escasos segundos de exclamar un -qué-quieres-ladrón.

--¿Y cuánto hace de eso? -dije yo, sumamente inquieto.

--Hace -Susana, con su mente aún preclara, hizo un cálculo mental-... Hace 28 días.

Una mirada de esperanza se cruzó entre Estadella y yo. Tenía 28 días de vida. Es decir, también la posibilidad de revertir el contagio en ese tiempo, si es que había forma y manera de hacerlo.

--¿Y quién le mordió a él? ¿Quién mordió a Pedro?

--Las negociaciones... Eran... Muy...duras... Creímos que... Había sido... Un bocado más... En una reunión más... Para conseguir... Un pacto de... Legislatura.

Cogí a Susana Díaz de las solapas de su traje-chaqueta Punto Roma y la zarandé.

--Intente recordar, Susana. ¿Quién mordió a Pedro?

Susana me miraba fijamente. Siguió mirándome pero, de pronto, desapareció la humanidad de su mirada. Había hecho el tránsito. Era una zombi de tomo y lomo. Estadella me apartó de ella con un empujón.

-Ya es demasiado tarde, joven. Evitémosle más sufrimiento. Seamos humanos.

Con un hachazo lateral de aizkolari, Estadella separó la cabeza del cuerpo del zombi. Luego siguió propinándole hachazos. Hasta que me desconté, llevaba unos 345. No pude dejar de pensar que, en todo eso, había algo de inquina por parte de Estadella. Los transeúntes, esta vez sí, se agrupaban en torno de la escena, y afeaban la conducta de Estadella. Pero Estadella era, había quedado claro, un hombre de recursos:

-¡Silencio! Esto es una intervención oficial del Ayuntamiento contra la venta ambulante.

La actitud del grupo cambió. Empezaron a emitir aplausos y gritos de Vivaspaña y de Esperanza-ha-vuelto. Estadella depositó los fragmentos del zombi en una papelera y, luego, me estiró del brazo y me arrastró hasta el local del PSOE. Subimos hasta el despacho de Pedro. Estadella buscaba algo. Abrió todos los cajones. Tiró todos los libros de la estantería -los dos- al suelo. Final-

mente, lo encontró. Era la agenda personal de Pedro.

--Mira. Aquí está todo -dijo Estadella, un torrente de lógica-. Si mordió a Susana hace 28 días, es que Sánchez ya era zombi entonces. Si cotejamos su agenda, descubriremos todas sus visitas. Es decir, todos los nombres de aquellos a los que ha podido inocular. Y, lo más probable, encontraremos el nombre de su inoculador, del que le dio el muerdo, vamos.

Estadella, leyenda vivo del periodismo español, no solo era un ficha, sino que también tuvo un momento para sembrar la esperanza en mi alma:

--Y tranquilo, joven. Esta noche hago un articulazo en el que, sin sembrar la alarma, movilizaré a la ciencia española para que le salven. No debe de ser muy complicado para una Academia que, en su día, intelectualizó el gasógeno.

Una ola de optimismo recorrió mi pecho.

--Y ahora, ¿qué hacemos?

--Cada uno a su casa, y Dios a la de todos. Estudiaré la agenda. Mañana me pondré en contacto con usted y solucionaremos todo este problema. A hachazos, me temo. ¿Me podría dar sus señas?

--Sí claro. Y, esto me resulta embarazoso, pero en el combate

zombi he perdido la cartera y ¿me podría dar 20 euros, para un taxi?

Una vez hechos los intercambios mutuos, Estadella se fue. Yo aún me quedé un rato. Abrí a hachazos una máquina de Coca-cola y me tomé una. Muy buena. Luego volví al lavabo de Sánchez. Mientras el Umpa-Lumpa de Caja Madrid me hacía la pedicura, llamé al Señor Jabugo para decirle que no había artículo. “Sánchez no va a abrir la boca”, recuerdo que dije. También que lo intentaría mañana. Pasaría por redacción a buscar 20 euros para un taxi.

Luego intenté organizar mis ideas y sentimientos, y me formulé la gran pregunta que todo el mundo se ha hecho en su vida en algún momento: ¿qué diablos le digo a Quimetta, cuando llegue a casa y me vea el muerdo en el cuello? Porque, seamos sinceros, lo de que Pedro Sánchez me ha mordido no sólo no colará, sino que ya lo utilicé en otra ocasión.

Para acabarlo de liar, Quimetta es siciliana, como su nombre indica.



04.

En el que se ve la vida doméstica y sentimental de un periodista español. Y en el que aparece el señor Chang. Nadie lo sabe, ni siquiera él, pero es una pieza clave en esta trama.

Volví a casa por el camino más largo y a pie. Invertí los 20 euros de Estadella en otros dos marlboros. Muy buenos. Intenté pensar, mientras fumaba, en lo bueno del día. Lo bueno del día es que le había levantado 20 euros al Señor Jabugo y 20 más al Capitán Estadella. Si a ese monto le sumamos los 20 euros para un taxi que le había levantado también, respectivamente, a Pedro Sánchez y a Susana Díaz, segundos antes de su muerte zombi, y los 20 euros para un taxi que fui recogiendo de las carteras de todos los miembros del Comité Federal, un centenar de exzombis, cuando Estadella me dejó solo en Ferraz, la cosa empezaba a sumar una cantidad simpática. Fui consciente, de pronto, de cómo avanzaba por la calle. Avanzaba, en fin, como antes de 2010 -fecha en la que este país se fue al guano-, con un fajo indeterminado de pasta en el bolsillo, con más tabaco del que podía fumar en lo que quedaba de día, y con ganas de darle un crujido a la vida. Fue entonces cuando volví a pensar en Quimetta.

Quimetta era siciliana. También era periodista. Nos conocimos en Gaza. Sería 2008. Cuando la vi, literalmente, me cagué. Fue

una suerte que todo el mundo estuviera ya cagado, después de dos horas de bombardeo. Sus ojos eran del azul de otro planeta y su piel parecía un intento de piel que Dios había descartado al principio de los tiempos, pues nos hubiéramos pasado el día tocándola, hasta morir de hambre. Olía como una manzana que nunca se había cultivado y, cuando reía, provocaba el sonido de una fuente que nunca había sido descubierta por nadie. Ni que decir tiene que me pasé toda aquella campaña israelí haciéndola reír. Algo, como supondrán, difícil. La belleza y el amor, en fin, nos hace libres. Es decir, tontos del higo. Es decir, impiden que veamos la brutalidad en su justo grado. Lo que, ahora que lo pienso, no es malo.

Como las esferas de Platón, no quisimos ni pudimos separarnos. Ella vino a Madrid. Cambió de diario. Y nos pasamos el día riendo. Cuando los bancos cambiaron su deuda por accionariado en los periódicos españoles, seguimos riendo. Nos partimos el rabo de la risa cuando empezaron los despidos y las purgas. Cuando vimos que los monguers eran jefes de sección o directores, reíamos a carcajadas. El primer mes que no pudimos pagar el alquiler, reímos como piratas. Cuando ella empezó a trabajar de camarera en un restaurant fino, y yo de limpia platos en, todo lo

contrario, el restaurant del Señor Chang, llorábamos de la risa. Trabajábamos doce horas al día, entre colaboraciones y hostelería, y reíamos. Pero, ahora lo descubría, hacía ya meses que no reíamos. La miseria es la peor de las muertes. Es lenta e impide reír a partir de cierto punto sin retorno.

Decidí invertir la tendencia. Esta noche nos daríamos un cenorio épico. Reiríamos con la boca llena de dientes. Reír era nuestro país, y volveríamos a él después de años de servicios a ese faraón invisible que lo estaba jodiendo todo. Seríamos felices como anchoas, felices con ambas manos. Al menos hasta que Quimetta me viera el muerdo en el cuello -¿he dicho que Quimetta es siciliana?-, momento en el que me echaría la caballería, gritaría en su media de 9 en la escala Richter, y me pondría de patitas en la calle. Sí, quizás quedar en un local público sería, incluso, una ventaja. Me puse manos a la obra. En primer lugar llamé al señor Chang, para escaquearme de mis servicios para esta noche.

--Lestaulante Tu Puta Madle Feliz, dígame, contestó el Señor Chang.

Se lo presento someramente. El Señor Chang llegó a España hace 10 años. Negociante sagaz y con olfato, rápidamente vio que la vida social española giraba en torno a la familia -"lo descubrí

cuando le movía tiela con cielo para conseguir los pelmisos para el lestaúlán, y todos los honolables funcionarios me mentaban a mi puta madre”. Así que no lo dudó en el momento de dar nombre a su restaurante, de orientación familiar. Hombre afable y confiado, me había dado trabajo en 2011. Y me lo había mantenido, a pesar de mis frecuentes escaqueos, como el que me proponía protagonizar hoy mismo.

--¿Señor Chang? Soy García.

--García mamón. Bote Fairy dula un huevo, pero si es suyo, años. Usted no dal palo al agua. ¿Cuando vendlá a laval platos? Tenemos en flegadelo glan mulalla de platos de un pal de cojones.

--De eso quería hablarle. Estoy muy liado.

--¿Mu-Liao? ¿Ha visto a mi tío Mu-Liao? Desapaleció en Revolución Cultural. ¿Dónde vel a Mu-Liao?

Costó. Mucho. Pero una vez solucionado el tema Chang, llamé a Quimetta. Estaba en su turno, pero le dejé en el contestador hora, lugar y poética. Fui para allá disfrutando cada paso. Se trataba de un restaurant en el que fuimos felices durante nuestros glory days. No íbamos desde 2010. Tenía cierto temor de que a estas alturas ya fuera un Banc de Sabadell. Afortunadamente, no lo era aún. Pillé mesa. Una mesa discreta. En la penumbra, si no

oscuridad. Que me serían inútiles. Una siciliana, en fin, detecta un muerdo en el cuello a la milla. Mientras esperaba, ojeé la portada de El País digital, que acababa de ser actualizada. El titular principal no aludía al exterminio del Comité Federal del PSOE, sino a “Ni una sola intervención en contra del voto al PP en el Comité Federal del PSOE”. Pedí un splitz, como cuando ataba los perros con longanizas. Doce splitz después, Quimetta entraba en el local, y el tiempo se detenía.

Sicilia -es decir, una extraña mezcla de griegos, romanos, vikingos, aragoneses, y toda la prole que Garibaldi y un cabo de marines llamado Falconetti sembraron

en sus breves tours- entró en el local, y el tiempo se detuvo. Gracias al tiempo paralizado pude recrearme en sus senos, los racimos de uvas de los que hablaba Salomón en sus Cantares, en sus ojos, gigantes, improbables en un humano, en el volumen descomunal de sus pestañas, en su belleza absoluta soportada por dos piernas esbeltas, cansadas, de camarera. No empecé a berrear y a decir tacos porque en el local había niños, y porque tan sólo estaba a dos splitzs de hacerlo. Ella se me acercó. Me pegó un morreo tan profundo que, durante un segundo, fuimos un solo ser, mezcla de siciliana y periodista precario. Se sentó frente a mi,

con la gracia de la Paulova, y me dijo:

--¿Qué celebramos?

--El Comité Federal del PSOE me debía un favor y me lo ha dado. Bueno, todos menos Iceta.

Ojeamos la carta. Decidimos pedir ostras como para una boda. Empezamos a reír, a retomar las carcajadas donde las dejamos, en 2010. Cuando, de pronto, cambió su semblante.

--¿Por qué llevas bufanda?

Era la bufanda del vocal del Comité contra la Gripe Española del Comité Federal.

--Es por el aire acondicionado, que es muy traidor.

--Quítatela, dijo, con cara de póquer. Si no me había pillado, faltaban escasos segundos.

Lo hice.

--¿Y ese foulard?

Pura seda salvaje. Del vocal del Comité pro-retirada de Napoleón III de Indochina. Me lo quité.

--¿Y ese jersey cuello de cisne bajo esa camisa blanca abrochada hasta el último botón?

En ese momento decidí quemar etapas. Le expliqué a Quimetta la verdad. Contra todas mis suposiciones, no montó un pollo en

surround. Lo que hizo fue peor. Nada. Tiró la toalla. Lloró en silencio. Y, luego, me dijo:

--Me explicas historias de zombis. Los únicos zombis que conozco somos nosotros. No vivimos. Sólo trabajamos. Trabajamos para pagar facturas y poder seguir viviendo como zombis un mes más. La única diferencia con los zombis es que nosotros nos mirábamos y sabíamos, gracias a esa mirada que construíamos, que no lo éramos. Pero ya no te puedo mirar. Le has dado esa misma mirada a alguien. Has entrado en un sitio en el que no estoy yo, y en tu cuello está el precio de la entrada.

Habíamos entrando, a cuatro patas, en el inagotable mundo de los dramas sicilianos. Quimetta se levantó lentamente. Se acercó hacia mí. Parecía que me iba a dar un beso, pero me dió una leche. Todo el restaurante se giró. Por fin habían visto lo que todo el mundo paga por ver cuando entra en un restaurante. Una tía maciza dándole un sopapo a un pelanas. Después de hacerlo, Quimetta abandonó el local. Justo en ese momento, sonó mi teléfono. Era el Capitán Estadella.

--Albert Rivera.

--No, García al aparato.

--Que no, que fue Albert Rivera el que mordió a Pedro Sánchez.



05.

En el que sabemos que Albert Rivera, al menos en lo que a zombis se refiere, es el huevo de la serpiente.

Pagué los chorrocientos spritzs y me fui también del restaurant, esquivando al propietario, que quería contratarnos a Quimetta y a mí para que hiciéramos ese número cada noche. Me hubiera ido a un hotelazo, pero volvía a no tener un euro. Mientras Quimetta me montaba el número en el restaurant, le metí el grueso del dinero en el bolso. Con ella se fue, en fin, la última ocasión en la que el PSOE repartió riqueza, después de que cogieran el IRPF y no lo reconociera ni la madre que lo parió, por utilizar una frase histórica de un intelectual del partido.

Sin lugar de pernocta, decidí ir a un refugio del YMCA. No pegué ojo. Mis compañeros de habitación eran, mayoritariamente, post-docs del CSIC, y hablaban acaloradamente de la teoría de cuerdas como si no hubiera un mañana. Al rato salí pitando y decidido a dormir con los yonkis que dormitan entre Gran Vía y Tribunal. Gran error.

Habían sido sustituidos en sus funciones por post-docs de Filosofía y Letras, que estaban dale que te pego con Bauman. Finalmente dormí en un banco de Alcalá, cerca de la sede de Ciuda-

danos, con otro pobre de solemnidad, que no me dijo ni pío en lo que quedaba de noche. La pobreza solemne es una pobreza que ha roto amarras, solemnemente, con el pasado. Es autosuficiente, de manera que no necesita hablar de un pasado que no volverá, de Bauman o de la teoría de cuerdas. Ni tan siquiera necesita hablar de la pobreza. Antes de dormir como un angelito, tuve la precaución de disponer a mi vera un cartel de cartón, con el texto: “Necesito 20 euros para un taxi”.

Funcionó. A primera hora ya tenía la capacidad de invertir en dos marlboros y desayunar en el bar, cercano al local de Ciudadanos, en el que había quedado con Estadella. Cuando entré, dos horas antes de nuestra cita, Estadella ya estaba ahí. Ese tío no dormía. El primer intercambio de palabras con él me confirmó esa suposición.

--Joven. Malas noticias. No le he hecho el artículo clamando ayuda a la ciencia española para que le salven la vida. Me puse a hacerlo, sí, pero cuando me di cuenta, estaba escribiendo el articulazo para el premio Miliki Ruano. La carne es débil, lo siento. Ni me molesté en decirle que la ciencia española ésa, o estaba muerta o tenía la picha hecha un lío con la teoría de cuerdas.

--Pero vayamos a lo nuestro. Mire -Estadella abrió la agenda de

Pedro Sánchez-, Sánchez no se ha reunido con nadie desde el 26J.

--De hecho, no ha hecho ninguna declaración desde entonces.

--¿Cómo quiere que hubiera hecho alguna, si para entonces ya hablaba con una alpargata en la boca? Era un zombi desde unas semanas antes, exactamente desde...

Estadella retrocedió las páginas de la agenda de Sánchez hasta llegar a una en concreto, Cuando llegó a ella, dijo tachán.

--¡Tachán! Su última cita oficial y agendada. Ésta, con Albert Rivera. Albert Rivera es el bicho. Fue él quien le pegó el muerdo. O, lo que es lo mismo, la epidemia zombi, si podemos llamarla así, empezó con Rivera.

--Entonces, ¿qué hacemos?

--Encomendarnos a Dios. Como sabrá, la semana pasada se casó la Arrimadas, en Jerez, con un convergente. Lo que significa que Rivera se habrá puesto las botas, y que a estas horas el virus zombi, o lo que sea, se habrá extendido a la minoría catalana. Y me temo lo peor. Imagínese que media docena de inoculados asisten a la mani del 11 de septiembre. En un plis-plas, tenemos dos millones de zombis separatistas, y la posibilidad de un nuevo Estado Zombi en Europa, como había predicho en mi libro recopilatorio sobre la amenaza catalana, Mi lucha. Mañana mismo

llamo a la editorial para que se lo envíen.

--No me cuadra, Estadella.

--¿Qué es lo que no le cuadra, joven?

--Rivera. A diferencia de Sánchez, no ha parado de reunirse y de hacer apariciones públicas. Si es un zombi, está muy vivo.

--Pues yo lo veo prístino. El centro-derecha español es de un espíritu más fuerte y menos extranjerizante que nuestro centro-izquierda. Y ya lo dijo Ortega, a los españoles nos ha salvado esas gotas de sangre germánica y goda. Rivera, y su resistencia a la zombidad, es la prueba. Pero su resistencia y saber estar no nos deben llevar a engaño. Es más, creo que nuestra aventura en el PSOE será una historia de niños comparado con lo que viviremos en el local de Ciudadanos. No quiero desalentarle, pero creo fehacientemente que en Ciudadanos ya es un zombi hasta el gato. Espero que haya traído su hacha.

Rayos. No la había traído. La olvidé en el restaurant en el que quedé con Quimetta. La última vez que la vi, estaba rezumante de sangre seca, y apoyada en el respaldo de la silla. Creo que por eso, un maître tembloroso me cobró los splitz a precio de saldo. Mi ausencia de un arma eficaz no desanimó a Estadella, que decidió que entraría a Ciudadanos pegado a su espalda, hasta

acceder a otro set de incendios.

Y eso es lo que hicimos. Entrar en la sede de Ciudadanos. Nos llegamos hasta recepción. Examinamos el entorno. Parecía normal. Todo muy limpio y muy bonito, decorado con motivos centristas. Banderas españolas centristas, un águila imperial centrista, una esvástica centrista. Pero, era constatable, no había ningún zombi en Ciudadanos, por lo demás, una sede central muy poblada para ser agosto. Una secre nos atendió.

--Queremos ver a Rivera -dijo Estadella.

--Uy, lo veo difícil sin cita previa.

Por toda respuesta, Estadella sacó el hacha de su americana y la dispuso sobre el mostrador. La secre, sin cambiar de expresión, cogió el teléfono:

--Albert, han vuelto otros del IBEX, que quieren verte. Ajá. Ajá. Ajá -colgó el teléfono-. Pueden subir. Cuarta planta. Les espera. Cogimos el ascensor. Repleto. Ni un zombi. Llegamos hasta la planta noble. Hasta los topes. Pero sin zombis. Llegamos hasta el despacho de Rivera. Dimos unos golpecitos en la puerta. Una voz afable nos autorizó el paso. Frente a nosotros estaba, en una mesa de nogal, Rivera. Más fresco que una lechuga. No, esto no cuadraba.

--¿En qué puedo ayudarles?

Fui yo quien rompió el silencio.

--Verá, tenemos serias sospechas de que su partido está repleto de zombis.

--Somos un partido joven y en proyección. Hemos crecido por encima de toda previsión, por lo que sí, es posible que se haya colado algún zombi indeseable, a pesar de nuestros esfuerzos. Pero les puedo asegurar que, si eso es así, esos seres despreciables serán identificados y expulsados.

Contemplé a Rivera. Su rostro suave e imberbe era el suyo, su mímica y gestualidad, la suya característica. Aún así, había algo que no cuadraba. Me lancé sobre él y le estiré del pelo. Era una peluca. Al quitarla, le cayó por la espalda una melena racial. Era Arrimadas, la persona con menos barba en Ciudadanos después de Rivera, que le estaba suplantando.

Arrimadas se vino abajo, empezó a llorar.

--Un zombi. Albert es un zombi. Llevo dos meses sustituyéndolo. Hasta en mi boda, en la que hice de Albert y de novia y luego me fui pitando a cerrar el pacto con el PP. Tengo a mi marido en la suite nupcial del Hotel Los Pijos con Caracolillos, de Jerez, desde ese día. Estará que se sube por las paredes. Será imposible

entrar allí sin chutarle un dardo narcotizante.

Estadella se acercó hasta ella, la abrazó y consoló. Cuando estuvo más tranquila, le hizo la pregunta del millón:

--¿Dónde está Rivera, guapa?

--Lo tenemos en el sitio más seguro del local, junto a nuestra contabilidad.



06.

En el que se nos narra la biografía del zombi Rivera. Y en el que se constata que Iceta sigue en paradero desconocido. ¿Es o no es un zombi?

Desde que Arrimadas nos abrió su corazón, y nos explicó que Rivera era un zombi, fue un no parar. El dique de la tensión acumulada durante meses en el alma de la líder, había cedido de golpe, dando paso a un tsunami de sinceridad inaudito. Y centrista. Mientras atravesábamos el salón Héroes de la División Azul Centristas, abarrotado, por cierto, nos explicó el caso de la cosa. --Un día, después de una maratón de negociaciones para establecer un pacto de Gobierno en la pasada y breve legislatura, Albert volvió con un muerdo en el cuello.

--Sí, pero somos un partido centrista y laico, por lo que no hicimos preguntas de índole íntima. Para nosotros, la vida personal es sagrada. Además, Albert nos enseñó a toda la ejecutiva un informe de su confesor, una nota del arzobispado, y una dispensa papal para muerdos. Después de eso, según nuestros estatutos, no hay preguntas posibles, y el caso se archiva, sin llegar al Sumo Tribunal Interno y Centrista de Aberraciones Contra la Fe, el Decoro y las Buenas Costumbres.

--¿Sabe quién le mordió?

--Ni puta idea. Albert es muy reservado para sus cosas. Pero podría haber sido cualquiera. Somos el partido de la centralidad, por lo que en una negociación de esa magnitud nos hablan hasta los sordo-mudos. Pudo haber sido cualquiera.

En la sala Procuradores Centristas por el Tercio Familiar -no se sabía-, la confesión de Arrimadas ganó dramatismo.

--¿Cuándo se coscaron de que Rivera era un zombi?

--En un plenario de la Ejecutiva. Albert se zampó a cuatro vocales.

--¿Y no les pareció raro?

--La verdad, no mucho. Ya había pasado en otras ocasiones, durante los tormentosos momentos fundacionales de nuestro partido. Además, nuestros estatutos, colgados en la Red, fijan que no ha lugar a investigación si la ingesta de vocales no supera las cinco unidades. Teníamos las manos atadas. Dura lex sed lex. Como partido nos caracterizamos por un escrupuloso respeto al orden constitucional y a la ley. Si hacíamos una excepción, ¿qué sería lo siguiente? ¿Un Estado Catalán? ¿La Comuna de Calanda? ¿Una dictadura yihadista?

Mientras atravesábamos, empujando literalmente a los militan-

tes, el salón Hedillistas por el Centro, Arrimadas se volvió a venir abajo. Y todo por una pregunta de Estadella.

--¿Y cómo lo han alimentado todo este tiempo?

--No me siento orgullosa de ello. Pero -sollozó-, en primer lugar le empezamos a dar de comer a nuestros fundadores. Cada día llamábamos a uno. A Azúa, Boadella, De Carreras, Espada... Todo el gotha centrista catalán. Le decíamos que Albert quería verles. Hacía tantos años que no les hacía caso que todos venían más contentos que un chinche, cargados de ideas y proyectos... Aún recuerdo a Arcadi. Entró más contento que unas santas pascuas, con un proyecto de reurbanización de Barcelona. Se trataba de derruirla, sembrarla de sal y construir una columna en su centro. “¿Crees que le gustará a Albert?”, decía, el pobre. Y nosotros: “que sí, machote”... -los sollozos de Arrimadas hicieron las siguientes frases ininteligibles, hasta que se tranquilizó y prosiguió- ...Pero su sacrificio fue en vano. Albert era insaciable. Entre llantos, Arrimadas nos explicó que, según la Wikipedia, un zombi necesita un cerebro por día para estar en su peso justo. Pero, por lo que sea, y aquí arreciaron sus llantos, si eran españoles de bien, necesitaba veinte. Como al minotauro, cada día se introducían, con excusas, veinte cuadros de C's en el despacho-

laberinto de Albert, del que no volvían a salir. A fecha de hoy, Rivera se había pelado a la Ejecutiva, al Consejo Asesor, al Comité de Garantías, al Grupo Parlamentario, a la militancia. Esta mañana a primera hora, no quedaba nadie de C's en C's, salvo ella misma y Meritxell, la secre que nos había atendido en recepción. El virus zombi se cobraba otra víctima. Primero, el PSOE, ahora, C's. Lo que no había hecho el Tribunal de Cuentas, lo había hecho la naturaleza.

--¿Y toda esta masa deambulando por la sede?- dije yo.

--Son figurantes. Los hemos contratado para que nadie sospeche. Cobran una mierda, 20 euros, lo justo para un taxi.

Me sorprendí a mí mismo pensando que yo lo hubiera hecho por la mitad.

--¿Y nadie ha hecho investigaciones? ¿Nadie se ha interesado por la suerte de los desaparecidos?, dijo Estadella.

--Nuestros militantes y sus familias sabían que no venían a ocupar un sillón, y que nada sería fácil y sin sacrificios -dijo Arriadas. Luego, prosiguió--. Bueno, sí, recibimos un telegrama de la London School of Economics, interesándose por el paradero de Garicano. Contestamos que no lo sabíamos. Nos enviaron, al momento, otro telegrama: "Pueden jurárnoslo. Stop".

Por fin llegamos al salón Oro de Moscú Centrista, la sala acorazada en la que se guardaba la contabilidad. Y a Albert Rivera.

--No saben lo que nos costó traerlo hasta aquí. El Grupo Parlamentario de la C. A. Madrileña en su integridad.

Se sacó un collar de debajo de la blusa, repleto de llaves, como el de la mayordoma de Rebeca. Abrió al puerta de acero templado en los altos hornos de Margen Izquierdo. Ante nosotros apareció Rivera. Nos miró unos segundos, como quien mira tres jamones de Guijuelo.

--Hagan algo - dijo Arrimadas bordando el papel de lady MacBeth. No puedo verle sufrir. Además, es un mal rollo presentarse como partido de la renovación y tener un líder en proceso de putrefacción.

El Capitán Estadella hizo el gesto de déjeme-a-mi-señora, tan español. Avanzó dos pasos. Sacó su hacha e hizo un envite a Rivera: --Eje.

Rivera, noble, acudió al envite de frente. Parecía que la suerte estaba echada para él. Pero entonces acaeció el factor humano. Estadella, ese azote de socialistas zombis, se vio incapaz de hacer lo propio con un zombi ultra-centrista. Sus músculos se paralizaron. Rivera saltó sobre él.

Tenía que hacer algo. Pero no tenía hacha. Busqué en mis bolsillos. Saqué mi móvil y lo lancé con fuerza contra Rivera. El móvil se incrustó en su frente. Rivera quedó paralizado en ese momento, con sus dientes a escasos centímetros del cuello de Estadella. Pero lo llamativo del día no fue eso. Lo llamativo es que Rivera abrió la boca y empezó a hablar:

--Hola, soy Siri, ¿en qué puedo ayudarte?

La unión entre un sistema IOS y un zombi había creado un ciborg, un zombi dócil, con el que era posible hablar. El caso adquiriría un nuevo giro. Era posible la comunicación con zombis centristas.

--Rivera, majo -dije- ¿quién te mordió?

--No puedo decirlo. La Constitución le protege. Dura lex sed lex. ¿Qué sería lo siguiente? ¿El Estado Catalán? ¿La Comuna de Catalunya? ¿Una dictadura chavista?



07.

En el que se nos narra cómo García adoptó un zombi y el pollo que se armó con lo de la conciliación familiar.

Arrimadas nos dio la tutela de Rivera. Para ello nos hizo firmar unos documentos, que ella denominó Pacto Nacional Para el Pupilaje de Rivera. En el trance de estampar su firma en los 200 folios con sellos y lacrado, la pobre mujer no pudo soportar la emoción y volvió a llorar.

--Mi primer Pacto Nacional y no hay ningún fotógrafo. Manda huevos.

Nos llevamos a Rivera de la sede de Ciudadanos, no sin antes pedirle a Arrimadas, en un aparte, que me diera 20 euros para un taxi, pues no podía permitir que el líder del partido de la centralidad se expusiera, en sus condiciones, a las radiaciones solares. Con los 20 euros pillé dos marlboros en el primer kiosco con el que nos topamos de morros, y luego proseguimos, a pie y bajo un solano que derretía las sienes, hasta una terraza del Retiro.

Nos pasamos el trayecto estudiando a Rivera. El ajuste neuronal que le habíamos propinado lo había convertido en un zombi dócil. Respondía a instrucciones y a preguntas sencillas. Cuando le daba la gana. Es decir, salvo cuando la respuesta hiciera peli-

grar el orden constitucional. Como, por lo visto, sucedía cuando le preguntábamos por el nombre del autor de su muerdo. En ese sentido, era un zombi de grandes convicciones políticas. Su mente básica, de zombi, no obstante, había perdido la capacidad de elaborar mentiras, ese sello de la civilización. Tal vez por lo anterior, explicaba todo lo que le pasaba por la cabeza, a tiempo real, con total desinhibición y ausencia de pudor. En mi cuaderno de campo -mangué un bloc a los de Ciudadanos- apunté todo eso, y el hecho de que podía acceder con facilidad y frecuencia a los tres grandes temas del monólogo interior español: “me estoy meando”, “qué hambre tengo”, y “vaya tetas”. Por lo demás, sus reflejos, siendo lentos, eran efectivos, y si bien se movía con torpeza, si le hubiéramos puesto una boina y obligado a empuñar una tiza, hubiera gastado el aspecto normal de un tonto de pueblo. Quizás por ello, varios españoles de bien formaron grupos, de manera espontánea, para tirarle piedras. Este país es, en fin, una pesadilla. Ahora, con zombis.

En la terraza del Retiro, Estadella pidió una caña, yo un spritz y Rivera una horchata. Fue entonces cuando, los tres, analizamos la situación.

--Estamos pringados - dijo Estadella.

--Dígame a mí - dijo Rivera.

--Recapitemos - dije yo.

Recapitamos. No sabíamos quién había introducido los zombis en el sistema de partidos español. Quedaba claro que no había sido Rivera. También estaba claro que el zombi alfa-omega, el que había mordido a Rivera, era alguien amparado por la Constitución. Lo que no es una gran pista en el Estado de Europa en el que hay más aforados, incluso, que pokemons. Había, eso era fijo, zombis - uno o varios - con anterioridad a Rivera. Y, posiblemente, también con posterioridad. Es decir, que no aparecía Iceta, por lo que no sabíamos nada de su estado actual, si era zombi o no, y si iba o no iba dando muerdos por ahí. Ni siquiera sabíamos dónde estaba. Era muy posible que estuviera extendiendo la epidemia zombi en Barcelona.

--No te preocupes por Iceta - dijo Estadella. Es cuestión de horas que aparezca. Matajari-II le encontrará.

--¿Quién es Matajari?

--II-- puntualizó Estadella.

--Matajari-II es el satélite espía español - dijo Rivera.

--Vaya, este pollo estaba más en el ajo de lo que creía. Míralo ahora, el pobre. Sic transit gloria mundi.

Estadella me explicó que España disponía de dos satélites espías. El Matajari y el Matajari-II. El Matajari a secas se utilizó para labores de seguimiento a Artur Mas y, posteriormente, a Puigdemont. Era una máquina tan inteligente que, por pura desesperación y aburrimiento, accionó, ella solita, la secuencia de autodestrucción. Pumba. Quedaba el Matajari-II, que se lo iban turnando todas las agencias de inteligencia españolas. Mañana le tocaba el turno al suplemento dominical del diario de Estadella, y pensaba utilizarlo para localizar a Iceta.

--El problemón lo tenemos con Rivera. Tenemos que tirarle de la lengua y, por el mismo precio, cuidar de él. Es nuestra responsabilidad. Yo me lo quedaría ya mismo, pero esta noche tengo cena con exiliados venezolanos. Comprenderá, joven, que se trata de un problema humanitario.

A la quinta caña, más desinhibido, me hizo saber que el encuentro era, concretamente, con Miss Venezuela 1965, 1974, 1982 y 1999. Por sus palabras, creí entender que se había fundado grandes ilusiones sentimentales con la edición 1999.

--1999 mola mucho - terció Rivera, gran conocedor de la diáspora venezolana. Pero 1982 ganó la prueba de habilidades personales con un número de contorsionismo.

--Mire, Estadella, yo no me puedo llevar a un zombi a casa, y discúlpeme por lo de zombi, Rivera...

--No, tranqui.

--...Porque no tengo casa. Mi novia me ha echado hace escasas horas. Además, suponiendo que me readmita, ¿quién me dice que Rivera no se la comerá con patatas en cuanto cierre los ojos?

--Miren, yo creo que tenía tan mala hostia porque no podía hablar. Ahora me siento como más relajado. No me apetece comerme a nadie. Es más, lo que en verdad me apetecería es una beca-da - dijo Rivera.

--Nos ha jodido. A mí también. Y esa es otra, Estadella. Tenía mi fortuna personal invertida en libras esterlinas - improvisé - me daba pudor explicarle mi realidad socioeconómica-- y, con esto del Brexit, estoy tieso.

---Si yo como como un pajarito - dijo Rivera.

--Querrá decir cómo el ave roc. Rivera, no me venga con pamplinas, que se ha zampado un partido emergente.

Entablamos aquí una discusión los tres, que se solucionó con el compromiso de Rivera de ser un zombi bueno, y el de Estadella de pasarme una pensión de manutención mensual. Serían 600 euros, taxis aparte. Estadella no lo sabía pero, gracias a esa cláu-

sula, se había buscado la ruina.

Me llevé a Rivera a mi hipotética casa, a la que llegamos momentos antes de que Quimetta empezara su turno de noche. Abrió la puerta. Me miró con todo el odio siciliano del mundo. Era una mirada con tan mal rollo que podría haber hecho levitar un cenicero, sólo con los rayos gamma de mala hostia de su mirada. Luego miró a Rivera. Quimetta me volvió a mirar con la mirada más dulce del mundo y la sonrisa más blanca y roja. Saltó a mis brazos.

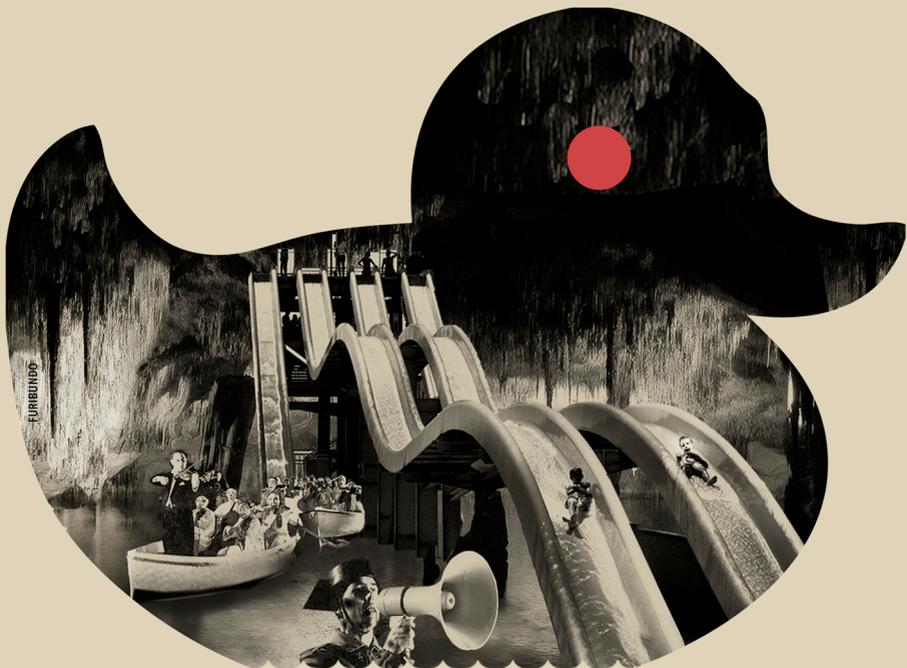
--Entonces, ¡era cierto! ¡Los zombis existen! ¡No me mentiste!

De pronto dejó de comerme las mejillas a besos y volvió a estar fría y distante - empiezo a estar hasta las narices del cosmos siciliano -. Cayó en que el zombi era Rivera. Y empezó a dejarle verde. Oriana Fallaci, italiana del Norte, escribió cosas como “E sì, é una gran brutta cosa pranzare con Juan Carlos e Sofia. Li conosco entrambi, quegli idioti, gli intervistai ad Atene prima del loro stupido matrimonio, e sonno dello stesso stampo di Franco”. Imagínense lo que diría una italiana del Sur, encendida como un mechero, a Rivera.

Ya en el interior, Rivera, impresionado, me rogó que lo pusiera en modo avión, por los clavos de Cristo.

Cuando la cosa se calmó, expliqué a Quimetta que habíamos adoptado a Rivera. Quimetta montó otro pollo. Cuando la cosa se calmó otra vez, volvieron los besos, hasta me dijo que mañana vendrían nuestros niños de casa de sus abuelos, en Corleone, Sicilia, y que se encontrarían con un zombi en casa. Ella solita montó otro pollo. Calmada nuevamente, volvió a los besos, hasta que me dijo que había prometido a los niños ir, mañana mismo, a un parque acuático, y que cómo narices íbamos a ir a Aquabulling con un zombi. Y, hala, otro pollo.

Yo la amaba y, periódicamente, coincidiendo con cada pollo, accionaba mi propio modo avión. Aún no lo sabía, pero ojalá hubiera dispuesto de uno real al día siguiente, en el parque acuático.



08.

Yo anduve con un zombi por un parque acuático.

-VIII-

Cuando Quimetta se fue al restaurante volví a conectar a Rivera. Le hice una entrevista. Como que, tal y como les comentaba en el anterior capítulo, la mente de un zombi, tosca de por sí, ha perdido la habilidad de la mentira, la entrevista fue espectacularmente sincera. El titular era, sin duda, llamativo -”Me gustan más los sillones que a un tonto una tiza”-, al igual que los resaltados -”En Ciudadanos no todo el mundo sabe bien”, y “El Régimen del 78 está muerto, pero eso es jauja para un zombi”. Telefoneé al Señor Jabugo, para venderle la moto, facturar una calderilla, no cortar amarras con el diario, y así poder ir mangoneando 20 euros para un taxi periódicamente. Posteriormente llamé al Señor Chang. Las llamadas, como ya habrán supuesto, las hacía vía Rivera, una suerte de zombi-manos-libres, mientras yo estaba estirado en el sofá cuan largo era y, por así decirlo, tocándome los huevos.

-Lestaulante tu Puta Madle Feliz, dígame.

-Señor Chang, soy García. Que no podré ir -Tosí-. Que estoy muy chungo.

-¿Mu-Xungo? Eso sel imposible. Tío Mu-Xungo desapalecel en

intercambio cultural con Colea del Nolte en el año del cáñamo. ¿Usted habel visto a Mu-Xungo? Mu-Xungo joputa, debelme pasta gansa.

Y, así, dos horas. Después Rivera me dijo que le quedaba una rayita de batería, y lo enchufé. Apunté en mi cuaderno de campo: “mientras el móvil se carga, el zombi se queda frito, como un bebé”. Ojeé la prensa - titular de El País: “Rivera se impone a todas las corrientes internas de Ciudadanos”-, y dormité como otro bebé hasta la vuelta de Quimetta. Su llegada supuso una reconciliación siciliana que no dejó impasibles a los vecinos, ni a sus tímpanos, ni a Rivera, que él mismo se practicó un reset para intentar volver a la serenidad interior. Hicimos, en fin, el amor como roedores, durante horas. A la mañana siguiente me despertó el peso de un niño y una niña saltando sobre mi barriga. Eran nuestros hijos, Giovanni y Lietta, que vociferaban “¡Vamos a Aquabulling! ¡Vamos a Aquabulling!”.

-¿Quién os ha abierto la puerta del piso, niños?- acerté a decir.

-El zombi -dijo Giovanni-. ¿Nos lo podemos quedar? ¿Nos los podemos quedar? ¿Nos lo podemos quedar?

Lietta se apuntó al coro. Hasta que entró Rivera.

-Buenos días a todos. Me he permitido prepararles un desayuno

con lo que he encontrado en la nevera. Por cierto, García, tiene un wasap de Estadella.

-Cante.

-Matajari-II ha dado con Iceta. Está en Barcelona. Arriba España.

Quimetta y yo nos levantamos alucinados. No sólo por la sorpresa de que un zombi nos preparara el desayuno, sino porque hubiera algo en la nevera. Cuando llegamos a la cocina, en efecto, vimos que Rivera nos había dispuesto un desayuno romántico para dos, a base de medio limón seco, un cuarto de tomate pocho y dos cubitos de hielo. Mientras Quimetta enviaba a la mierda a Rivera, me encargué de la intendencia. Toallas, bañadores, chancas. Bajé todo al coche. Volví a subir a por los niños. Y, finalmente, separé a Quimetta y a Rivera.

El viaje hasta Aquabulling fue por todo lo alto. A cuenta de la pensión de manutención de Rivera. Llené el depósito. Mientras la gasolina accedía a puntos del depósito donde nunca había llegado, se escuchaba un crujir metálico, como del Titanic cuando se hundía. Paramos en Segovia, donde desayunamos cochinito. Giovanni y Lietta nunca habían visto uno y, hasta que le hincaron el diente, creían que era arte contemporáneo. Consideré

que no es bueno que tu zombi pase hambre, de manera que también pedí un cochinito, entero y crudo, para Rivera. Se lo zampó mientras hacía chiribitas.

-Qué de recuerdos, García- decía.

Rivera no volvió a abrir la boca hasta después del quinto cochinito. Para decirme que tenía otro wasap. ¿De Estadella? De Estadella.

-Cante.

-El Matajari-II es el mejor invento español después de la aceituna rellena. Iceta se dispone a entrar en el local del PSC para una reunión con el Politburó, la Ejecutiva o como lo llamen los putos catalanes. No estoy tranquilo. Ahora mismo pillo un blablacar y me voy a Barcelona. Arriba España.

Llegamos al parque acuático en hora punta. Pagué sin pestañear, gracias al Rivera Endowment. Nota mental: cuando las eléctricas se enteren del precio de una entrada a un parque acuático, dejarán de fabricar electricidad y fabricaran, como posesas, parques acuáticos. Mientras le ponía un gorro de goma a Rivera, no fuera que, con el agua, se me changara el móvil, Rivera dio un pequeño sobresalto y me dijo:

-García, tiene un wasap.

-¿De quién?

-Estadella.

-Cante, por favor.

-Hemos parado en Zaragoza. Para comernos una madeja de cor-
dero. Muy buena, por cierto. Arriba España.

Entramos, nos pusimos los bañadores y, a partir de aquí, mis
recuerdos son confusos. Recuerdo bajar con Rivera el tobo-
gán Waterfall, tan accidentado que, cuando llegamos a la pis-
cina final, yo llevaba el bañador de Rivera. Recuerdo caer por
el Aquarocket, rodar por el AquaEdeme, perder el sentido en el
AquaBDSM, quedar aturdido en el Aquabukake y sentir la muer-
te en el Aqua-Mega-Reforma-Constitucional-Express-Experien-
ce. Fue allí donde, rodando por un tobogán con pinchos, por el
que fluía vinagre y sal, Rivera me dijo:

-García, otro wasap.

-¿Estadella?

-Estadella. ¿Canto?

-Cante.

-Estoy en la sede del PSC. No me gusta nada este silencio. Arriba
España.

Recuerdo pagar lo que no está escrito por cinco aquakebbabs. Y

ver jugar, en la piscina de olas, a los niños con Rivera. Se habían inventado un juego. Rivera simulaba que se ahogaba, y cuando venía el socorrista, le hacía el boca a boca y certificaba su deceso, Rivera abría los ojos y decía: bú. El socorrista, un lince, picó en las primeras 367 ocasiones. Al final, aquel adolescente había sufrido tanto estrés que tenía el pelo más blanco que un senador. Recuerdo ver, junto a Rivera, a Quimetta, sobre cuyo lomo dormían Lietta y Giovanni. Rivera, en ese punto, contempló mi expresión de ternura y me dijo:

-Los ves así y te los comerías.

Y a mí me entró el canguelo. Recuerdo pelarnos 100 euros en dos acuacolas, dos sprits y una horchata, momento en el que Rivera me dijo que tenía hambre, y que si podía pillar algo.

-Vale, pero que sea el gerente.

-Oído.

Recuerdo volver a casa hechos polvo. Quimetta llevaba a los dos niños, dormidos, en brazos, y yo a Rivera. Cuando estaba acolchando a Rivera en la cama de los invitados, Rivera abrió los ojos de golpe, como en las pelis de zombis.

-Jodo, Rivera, qué susto.

-Lo siento. Es que le acaba de llegar un wasap.

-¿De Estadella?

-No. De Iceta. ¿Canto?

-Ya está tardando.

-García, si tiene algo que ver con ese demenciado llamado Estadella, venga ahora mismo y detenga esta escabechina, por la gloria de su madre.

El corazón me dio un vuelco.

-Rápido, Rivera, código rojo, póngase en modo manos libres y llame a Iceta.

Los segundos que tardó en contestar se me hicieron eternos. Hasta que por fin oímos una voz.

-Lestaulante Tu Puta Madle Feliz. Dígame.

Rivera colgó.

-Lo siento, me he equivocado. Vuelvo a intentarlo. Mi sistema neurológico es muy precario, y con los nervios pues ya yo.

Volvió a marcar y, en esta ocasión, contestó Iceta. Desesperado.

-García, esto es terrible, terrible.

-¿Y usted, se encuentra bien?

-Por mí no se preocupe. Estoy en la Habitación del Pánico del PSC. Mis compañeros han corrido peor suerte.

Lo que dijo a continuación me dejó de pasta de boniato. Y a ustedes, seguro, también.



09.

En el que Iceta da un giro inesperado a la trama.

En cuanto Iceta colgó, lo tenía claro. La epidemia zombi había cruzado el Ebro. Había que actuar con rapidez. Le dije a Rivera que se bajara la app de Blablacar a toda castaña y que se pillara dos asientos. Pasillo o ventanilla. Luego me fui pitando a la habitación en la que ya dormía Quimetta. Mientras la contemplaba, durmiendo en pelota picada y ofreciendo al mundo toda la belleza y todo el esplendor de una fruta madura, en el momento en el que está más repleta de jugo y carnosidad, estuve valorando cómo le soltaba que me piraba a Barcelona por un tiempo indeterminado y la dejaba tirada, en pleno agosto, con dos niños. Dos horas después, y ya descartadas 126 posibles explicaciones, opté por los clásicos.

--Quimetta, que bajo al zombi y me voy a comprar tabaco. No tardo.

--Eh... Oh... Baja la basura, plis.

Rivera me explicó que había pensado en las necesidades vitales de ambos dos, de manera que había pillado dos plazas en un coche conducido por un fumador diabético.

--Usted podrá fumar como un carretero y, como que el chofer tendrá que parar frecuentemente para ingerir féculas o azúcares, yo podré ponerme las botas. Empiezo a tener hambre, García.

--Rivera, es usted un crack.

Quedamos en Cibeles. El chofer llegó como un clavo. Atravesamos Madrid. Atravesamos esa zona del post Madrid repleta de clubs - hay tantos clubs que uno no puede dejar de pensar que este es un país con una rica tradición asociativa-, y entramos en la negra noche hasta Alfajarín, nodo de comunicaciones viales, en el que, en efecto, el chofer se tomó una patata hervida, y Rivera tres cochinillos crudos. No paramos hasta Zaragoza, en cuya área de Piedras Blancas el chofer tomó una bebida rica en azúcares, mientras que Rivera se pimpló tres ternascos de Aragón, tan poco hechos que balaban. Cómo comía Rivera. Si en vez de ser un zombi, hubiera sido una gallina, hubiera sido la legendaria polla insaciable de la que tanto se hablaba en mi instituto.

--Le veo muy pálido, ¿no se estará mareando?- dijo el chofer, precisión al volante pero también amabilidad, a Rivera.

--Tranqui. Mi amigo es emo - tercié.

En la oscuridad de los Monegros me pareció ver personas solitarias, caminando, solas, hacia Barcelona. Caminaban como

zombis. Empezaba a temerme lo peor. La radio daba noticias, a su vez, que orientaban sobre la posibilidad de que lo de los zombis se hubiera desmadrado. Verbigracia: se informaba sobre el hecho de que la Seguridad Social estaba pagando pensiones a chorrocientosmil muertos. Aún era de noche cuando entramos en Barcelona. Por la radio explicaban el pacto C's-PP, que hacía escasas horas había comunicado al mundo Arrimadas vestida de Rivera.

--¿Pero de dónde van a sacar los votos para la investidura, Rivera, si se comió a todo el grupo parlamentario?

--Está todo hablado. Todos nuestros votos se delegarán en mí, es decir, en Arrimadas. Además, contamos con la abstención de los diputados del PSOE, que usted y Estadella han decapitado.

--Son lo peor.

--Gracias.

Me sorprendió, empero, que a los seis puntos iniciales para el pacto, propuestos por C's al PP, se hubiera sumado un séptimo: “La inversión de I+D para un nuevo modelo productivo, cuyo eje será la cría del cochinitillo”. No había duda de que Rivera estaba en contacto telefónico con Arrimadas. Y que, además, la línea la pagaba yo mediante mi tarifa Fool Of The Pot Vodafone.

El chofer nos dijo que dónde quería que nos dejara. Le dije que en la sede del PSC.

--¿La nueva o la vieja?

Lloré de emoción. Blablar era la utopía realizada. Me pregunté cuanto tardaría en pelársela el nuevo gobierno PP-C's.

La puerta del PSC estaba abierta. De un hachazo preciso. Su interior estaba copado por el silencio, la sangre y los cuerpos desmembrados. Oímos, no obstante, unos martillazos lejanos. Fuimos avanzando hacia la fuente de ese sonido, hasta que vimos al Capitán Estadella dándole infructuosos hachazos a una puerta blindada. Se supone que la Habitación del Pánico del PSC. Estadella, a su vez, estaba tan ensimismado en lo suyo que parecía no reconocernos.

--Rayos - dijo- Rivera está irreconocible. Debe ser el único zombi del mundo que ha engordado.

--De eso quería hablarle. Su pensión alimenticia debe de ser renegociada.

Estadella nos puso al día. Entró ayer en la sede del PSC. Se peló con suma facilidad a la ejecutiva. Salvo a Iceta, al que localizó detrás de esta puerta que estaba golpeando desde hacía horas, como un machacas.

--Esto, ¿está seguro de que eran zombis, Estadella?

--Segurísimo. Bramaban cosas zombis. Aún me parece oírles. Vociferaban algo así como “No em mati, si-us-plau”. Fue espantoso.

Estadella volvió a darle a la puerta con el hacha.

--¿García es usted? - dijo, por fin, Iceta, desde el otro lado de la puerta. Si es así, dígame al viejo que pare ya con el hacha, que la puerta es de titanio.

--Es un periodista de su generación, Iceta. No sabe lo que es el habeas corpus, va a saber lo que es el titanio. Pare ya, Estadella

- Paró-. ¿Usted se encuentra bien? -Dije, para cambiar de tema.

--Estoy como unas santas pascuas. Aquí hay de todo. ¿Puedo ofrecerles algo?

Rivera me dijo algo al oído.

--Un cochinillo.

--Marchando.

Por la gatera de la Habitación del Pánico salió un cochinillo.

Estadella me dijo algo al oído, a su vez.

--Y un chinchón... Y ya puestos un spritz.

--¿De Campari o de Aperol?

No cabía duda de que Iceta estaba bien pertrechado, y de que el

proyecto socialista era sólido, mientras duró.

Repetimos ronda todos, menos Rivera, que optó por la becada que, recurrentemente, le apetecía.

--¿Le va bien Bècasse à la mode de Paul Bocuse?

--Le va. Pero abra la puerta, hombre.

--Sí, en eso estaba pensando ahora.

Por la gatera salió una becada humeante.

--¿Cómo me ha localizado? ¿Cómo me relacionó con Estadella y me hizo la llamada?

--Por el Matajari-II. Los miércoles nos toca al PSC. Vimos cómo entraban en la sede de Ciudadanos.

--¿No nos vieron cuando entramos en la del PSOE?

--¿Qué?

--Nada, nada.

Una cámara de seguridad nos enfocó en ese instante.

--Hombre, también está Rivera. Hola, Albert.

--Hola, Miquel, com anem?

--Millor que tu. ¿Rivera es un zombi, no?

--Lo es - dije.

--García. Veo que está en el ajo de lo de los zombis. Por eso le llamé. Tengo algo importante que decirle. Acerque la oreja a la

gatera, que le cuento. ¿Otro spritz, por cierto?

--Venga ese spritz.

Lo que me dijo Iceta, por lo bajini y a través de la gatera, me dejó, lo dicho, de pasta de boniato.

--Se ha roto el pacto constitucional.

--¿Me lo dice o me lo cuenta?

--Lo que quiero decir es que han roto el pacto que hicimos, en el 78, de que no nos morderían más.

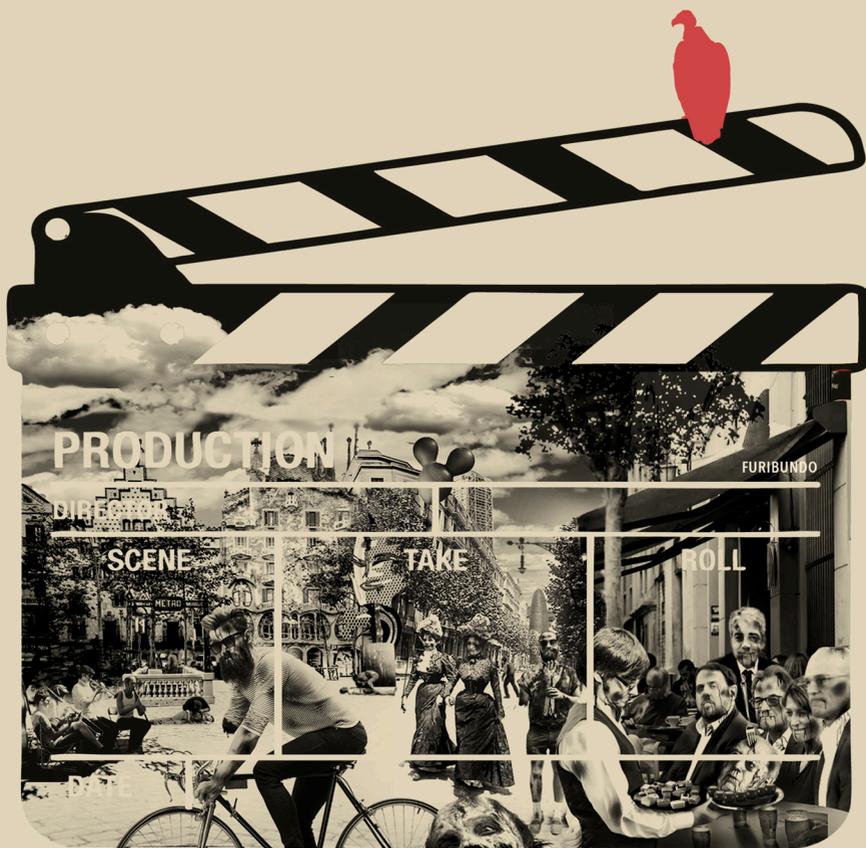
--¿Quiénes?

--Los zombis. ¿O ahora me va a decir que no sabía que la Guerra Civil fue una masacre zombi? ¿Que el franquismo era Zombi Power por un tubo? Siempre que lo ven todo perdido, sacan los zombis. Ahora han vuelto a tener miedo, y han vuelto a morder. Su objetivo es un Gobierno Zombi, apoyado por una mayoría parlamentaria zombi, una suerte de Partido Único Zombi.

--¿Pero quiénes? ¿Quiénes muerden?

--Pregúntese mejor a quién han mordido. Yo vi a Pedro con el muerdo en el cuello, me levanté del Comité Federal y me fui pitando al AVE. Para no levantar sospechas, dije que me iba a por tabaco.

--Me gusta su estilo, Iceta.



10.

En el que, desde una terraza del Born, se ve entrar en escena la zombilitat catalana.

Decidí que nos quedáramos a dormir en la sede del PSC. Tras una pequeña inspección, opté por pernoctar en el salón-comedor, en tres de los mullidos tricliniums. Puse a cargar a Rivera y, antes de que el sueño me abrazara, medité someramente sobre los pasos a seguir. Debíamos localizar a Francesc Homs, y rezar al Sant Crist de Balaguer para que no hubiera mordido a toda la antigua CDC y a todo el moderno Partit Demòcrata Català. Sí. Pero por otra parte estaba hasta los huevos de Rivera y, por el mismo precio, también debería de librarme del Capitán Estadella, cuya catalanofobia, unida a su hacha, sólo podía traerme desgracias personales. El Capitán Estadella era tan de esa catadura que, el 11M, cuando el Gobierno lanzó la consigna a sus medios e intelectuales de que había sido ETA, él solito llenó ocho planas de su diario diciendo que habían sido los catalanes. Aún recuerdo su artículo de aquel día -"Con caña en las entrañas"-, que finalizaba con un "y a los catalanes les iba yo a dar por el culo con una caña rota". Fue premio Príncipe de Asturias de la Concordia de aquel año. Luego me pasaron por la cabeza esas cosas raras que a uno

le vienen momentos antes de quedarse cecorro. Rivera comiéndose un cochinitillo que decía “Nevermore”, a Estadella en bikini, a Quimetta con una caña rota en las manos y esa cara de Anna Magnani fuera de sí, que se le pone antes de liarlaZzzzz.

A la mañana siguiente me desperté radiante, con las pilas puestas y el alma serena. No tenía un plan, pero casi. Le pedí a Iceta un cortado, un vichy catalán, otro chinchón y otro cochinitillo. Animado por el éxito, también le pedí 20 euros para un taxi. Pero no coló. Serví el desayuno frente a los tricliniums. Tras desayunar, empecé a repartir juego.

--Rivera, majo, llame al Señor Chang y dígale que, sintiéndolo mucho, hoy me escaqueo de mis quehaceres en Tu Puta Madre Feliz, hogar de la cocina china creativa. Hable con el Señor Jabugo y véndale un artículo, que se titularía “Discusión apasionada en el PSC”. Cuando acabe, tome aire, llame a Quimetta y cuénteles una milonga. Luego me busca en el móvil el número de. Q un sujeto agendado como “El Pilila”. Diga que llama de mi parte, y que quedamos en el Born en una hora.

--Oído.

Después, cogí a Estadella y me lo llevé paseando hasta el impluvium.

--Estadella, España le necesita.

Estadella se cuadró, de manera que aproveché ese momento de suspensión del juicio para venderle la burra. Le expliqué que diversos intelectuales españoles habían vuelto a firmar un manifiesto para la consecución de un Gobierno en España. Eran un total de 80. Y lo más probable es que todos fueran zombis.

--Como líder de nuestro Comando de Acción Rápida BlablaCar debería coger el hacha e irse a Madrid echando leches. Creo que esos intelectuales son zombis.

--A mí no me cuadra, García.

--A mí me cuadraría que pidieran pasta. Pero que pidan un Gobierno es algo oscuro. Y la oscuridad es zombi.

--Hombre, visto así.

Estadella había picado. Para asegurarme la venta, le hablé de un Príncipe de Asturias a las Artes Marciales, que no tardaría en crearse y del que era el favorito. No tenté la suerte sableándole un monto para alimentar a Rivera. Estadella pidió a Iceta una piedra ACME de afilar hachas y se fue pitando. Se me acercó Rivera:

--He realizado sus encargos. El señor Chang se maravilla de que haya visto a su tío Mes-Caqueao Puyí, que desapareció durante la Guerra del Opio. El Pilila que vale. El Señor Jabugo que OK.

Respecto a Quimetta...

--Resúmamelo en cinco palabras.

--Castrati e figlio di puttana.

--Para capacidad de condensación, la suya, Rivera. Con usted perdimos un sonetista, pero ganamos un político y, posteriormente, un zombi. ¿No tendrá, además, 20 euros para un taxi?

--Aquí los tiene.

Una hora después estábamos en una terraza del Born. Rivera, a quien había aseado y repeinado, acometía una horchata y el menú completo de la Becada del Celler de Can Roca, que Iceta le había dispuesto en un tupper. En eso se acercó un pollo hasta nuestra mesa, me extendió la mano y me dijo:

--Claato Barada Nikto.

Repetí el saludo y nos abrazamos. Se trataba de un saludo iniciático. Lo había introducido Giuseppe Fanelli, enviado de Bakunin e introductor, a su vez, del anarquismo en la Barcelona de 1869. Aquel hombre al que había saludado no era otro que El Pilila, periodista polivalente barcelonés, que nos vendría de perlas en nuestra nueva misión, a la que llamé, en clave, “Cargarse al beato Homs”.

--¿Qué te trae por aquí, García? ¿Cony, este zombi no es Rivera?

--El mismo. Encantado. ¿Quiere un buchito de arroz caldoso con alitas de becada?

--Gracias. Lo estoy dejando.

Le expliqué al Pilila la cosa zombi y la cosa Homs.

--No hay zombis en Barcelona. Salvo que consideremos el Procés como un zombi.

--Está la cosa paradita, ¿no?

--Sí, tras la declaración conforme declararían una declaración de independencia, y la declaración conforme declararían que declararían una declaración declaratoria, no han declarado nada más. Está la cosa mangui. Se muere, hasta que haya nuevas elecciones y nuevas declaraciones.

No me había fijado, pero a nuestras espaldas, en la explanada frente al Mercat del Born, sede del museo de l'Onze de Setembre, había una nutrida manifestación de patriotas.

--¿Y esos? ¿Se manifiestan por una declaración declaratoria o declarativa?

--No. El Ajuntament quiere hacer una exposición sobre Franco en la explanada. Son el catalanismo conservador, que se manifiesta para declarar esta zona sacra y libre de contactos con el franquismo. Mira, ¿conoces al que lleva la bandera de medio ki-

lómetro cuadrado?

--¿Es Puigdecabanes hijo?

--Correcto, su padre tenía en el salón-comedor la cabeza de un ciervo, de un mufón y la de El Noi de la Sacarina, célebre maquis. Aquel vestido de la Verge de Núria es Burilles i Delalefa, nieto.

--Su abuelo se presentó voluntario para danzar en el Liceu, vestido de Salomé, en la primera visita oficial de Franco.

--Y aquel que carga auestas con una reproducción aumentada de la Mare de Déu de Montserrat es Guifreu de la Xona, hijo.

--Tras recuperar su fábrica, en el 39, su padre hizo que todos los obreros no fusilados le llamaran Oh, Princesa de los Mares.

--El del icono bizantino con Mas declarando la República Catalana ante un San Agapito acojonado es Francesc Recollons, nieto. Su abuelo fue un adelantado a su tiempo. Mientras otros de la Lliga se limitaban a pasar coordenadas para que los italianos bombardearan Barcelona, él, de su puño y letra, pidió que los bombardeos fueran con napalm, que aún no había sido inventado.

--Aquel vestido de chamán shoshonie-català con la pancarta: “El Born és un cementiri indi” no es otro que Guerau Parrús i Pitxera. Su abuelo se puso las botas con el Aceite de Ricino Español

Parrús, “José Antonio lo hubiera preferido”.

A los cinco minutos ya llorábamos de la risa. Una hora después, por fin podíamos hablar de Homs.

--¿Dónde le podemos localizar?- dije, secándome las lágrimas.

--Es un hombre sobrio. La primera parte del verano se lo pasa en una celda benedictina, sobre un colchón de fakir. Luego se va a la Cerdanya, Pirineos, donde sube y baja picos. Todo ello, con la misma cara.

Rivera aquí dejó de comer. Bizqueó y dijo:

--Ternera de la Cerdanya... cruda.

Decidimos salir, ya, a la Cerdanya, epicentro de vacaciones del centro-derecha catalán-zombi. Les expliqué mi plan. Necesitábamos tres uniformes de jugadores de cricket y un Porche Cayenne. Y un hacha.

--Esto, García, ¿me podrías dejás 20 euros para un taxi?

--Mejor. Vas a hacer un puente a un Porche Cayenne, como en los viejos tiempos.



11.

Donde el grupo aumenta y las terneras disminuyen.

Del Born fuimos al Real Club de Polo, a mangar un Porche Cayenne. Esa era la única parte del plan que no requería inversión. Comprar un hacha homologada, y el equipaje de un equipo de cricket, era otra cosa. No te digo la alimentación de Rivera. Pero a esas alturas ya disponíamos de 12.020 euros. Los 20 que me había dado Rivera, y 12.000 que obtuve poniendo a Rivera en modo avión, en las inmediaciones del Born, frente a un cartel en el que se leía: “El General Moragues, heroi del’11 de Setembre de 1714, atándose los zapatos”. La primera estatua humana fuera de las Ramblas encontró, en fin, un nicho de mercado fabuloso. De hecho, los 12.000 euros fueron el resultado limpio, tras restar la multa de 100.000 euros al Ajuntament. Me sentía en el dólar. No compré dos, sino cuatro marlboros. Por primera vez en años, decidí coger del monto 20 euros para un taxi y gastármelos, en efecto, en un taxi.

Lo único difícil de robar un Porche en las inmediaciones de la egregia institución equina de Barcelona era, aparentemente, elegir el color. Nos decidimos por los tostados, sobrios y elegantes.

Mientras le estábamos dando al espadín, el Pilila y yo recordamos nuestra juventud, en el extrarradio de Barcelona.

--Qué de recuerdos - dijo el Pilila-, ya sólo falta el Chapas, vigilando que no venga la poli.

En nuestra juventud rampante, el Chapas era el tercero del grupo. Otro seguidor de las enseñanzas de Giuseppe Fanelli, al que siempre encargábamos que vigilara nuestras fechorías, no fuera que viniera la poli. Lo que, visto lo visto, no era una mala ocurrencia, pensé, mientras sentí como alguien encañonaba mi espalda, y una voz me decía:

-Mans en l'aire! Resten detinguts en mans del Cos de Mossos de l'Esquadra!

Era un Mosso de l'Esquadra con su uniforme de verano - salacot, bermudas, espardeñas, cantimplora, gafas de sol del siglo XIX, como las de la peli Drácula, su subfusil AK-47 reglamentario y su pack de granadas; sí, los mossos estaban, últimamente, muy pasados de vueltas -.

--Verá, agente. No es lo que parece.

--Pues a mi me parece un Porche Cayenne.

La habíamos pringado. Habíamos caído en manos de los Mossos, el cuerpo de policía más extrovertido de la Península. Más con-

cretamente, en manos de un número chulesco, que me miraba a mí, y luego al Pilila, con gesto de escudriñarnos, tal vez de reconocernos. Algo que llena de inquietud cuando se posee, y ese era nuestro caso, un pasado inquietante. De pronto, el mosso sonrió enseñando un colmillo:

--Yo a vosotros os conozco.

--Salimos en la tele.

--Somos las que dicen el número del cupón, pero sin maquillaje - al Pilila, el ingenio le perdía.

--No, pollo. De mucho antes.

El mosso se sacó las gafas y dijo:

--Claato Barada Nikto.

Rayos. Era el Chapas. Nos fundimos en un abrazo tan emotivo que hasta Rivera, un cadáver, se emocionó. El Chapas nos hizo un resumen de su vida desde que perdimos el contacto. Un día le detuvieron, una cosa llevó a la otra y acabó número uno en las oposiciones a mosso. “Más cornás da el hambre”, dijo a modo de conclusión. Nosotros le explicamos nuestros planes de subir a la Cerdanya y cargarnos al zombi Homs.

--Mola. Me apunto.

Montamos en el Porche, como en los glory days, y le hicimos el

puente. Una operación costosa cuando has perdido el tranquillo.

--¿Era el cable verde con el blanco?

--El blanco con el azul. De toda la vida - dijo Rivera, que también tenía un pasado. O un presente.

Fuimos a buscar el hacha. Algo difícil en Barcelona, ciudad en la que, gracias a un convenio del FMI con el Ajuntament Triás, las ferreterías y farmacias habían sido absorbidas por la franquicia Victoria's Secret. No encontramos ninguna hacha en ninguno de esos establecimientos, pero sí la certeza de que vuelve, y con fuerza, el culotte. Finalmente adquirimos el hacha - un hacha moñas, canija, de Rambo -, junto con el utillaje de cricket, en el Decathlon. Salimos a toda leche hacia el Pirineo. Teníamos un plan, ganas de liarla y 12.000 euros, 11.000, si descontamos peajes. No paramos hasta que vimos la primera manada de vacas. Momento en el que nos detuvimos y soltamos a Rivera. Mientras perseguía una ternera, hablamos de la vida.

--Bueno, ya tienen el voto zombi de Ciudadanos, la abstención zombi de PSOE y, me temo, la abstención zombi de CDC.

Cuando a la ternera elegida por Rivera sólo le quedaba la cola, que salía por la boca de Rivera, decidimos iniciar la secuencia del plan. Vestirnos de jugadores de cricket. La beatería que va a

la Cerdanya se pasa la mañana subiendo tresmiles, a la tarde leen a Mossen Cinto y, al atardecer, salen con la prole. Todos vestidos de blanco. Entrar vestido de blanco en un Porche Cayenne con colores sobrios, era un ejercicio de mimetización absoluto, que no levantaría sospechas, de manera que nadie vería lo único sospechoso de nuestro grupo. Un zombi y un hacha. De esa guisa entramos a 30 por hora en Santa Maria d'Oginus, el no va más de los pueblos vacacionales de la Cerdanya. Durante el Pujolismo fue dinamitado y vuelto a construir según los cánones del Románico Catalán.

Lo sorprendente es que no había nadie por unas calles que tenían que estar pobladas de señoras, señores y niños y niñas vestidos de blanco. Pero es que nadie. Tras dos horas recorriendo el pueblo y sus 3.456 iglesias románicas, no vimos un alma. Finalmente, pasamos por delante de Can Covadonga Catalana, el tres Estrellas Michelin sito en el pueblo, a cuyas puertas el afamado chef Josep Covadonga lloraba como un moderno Boabdil. Entre sollozos, nos informó que la temporada se había ido a la mierda. Que no venía nadie al restaurante, pues en el pueblo no había ningún veraneante.

--Todo empezó cuando el señor Homs se empezó a encontrar

mal. Se encerró en su casa, de la que sólo salía para realizar visitas, puntuales, rápidas y concretas, a cada uno de los veraneantes. Intercambiamos miradas inteligentes.

--¿Se fijó si Homs llevaba un muerdo en el cuello?

--Sí. Fue muy comentado en la colonia. Aquí no son de uso común esas prácticas. De hecho, el último polvo documentado realizado con éxito en el término municipal, fue obra del XIII Comte de Urgell. Sale en las Crónicas de Ramón Muntaner, anexo II, página 756, capítulo: “Rarezas y exotismos de la Cerdanya”.

Dimos a la corriente Oginus de CDC por desaparecida. Y nuestra misión, por fracasada. Homs y un importante grupo de CDC habían estado aquí. Vete a saber dónde estarían ahora, transformados en zombis. Decidimos ahogar nuestras penas con un trinxat de la Cerdanya y una, dos o, me temo, tres terneras. A Josep Covadonga, escuchar esa comanda le hizo nacer en sus cuencas ojos de Tío Gilito.

--¿Cómo quieren la ternera?

--Que muja - dijo Rivera.

En los postres - Rivera se tomó una ternera catalana, con azúcar quemada -, el Pilila, que estaba ojeando su cuenta de Twitter, exclamó:

--¡Empordà!

¿Lo qué, dijimos? El Pilila nos explicó que Pilar Rahola acababa de anunciar en su cuenta de Twitter que esa noche su cuchipandi se tomaría un paellón en su casa de Cadaqués.

--Su cuchipandi no son otros que Puigdemont, Mas, y cualquier cargo que respire. Si yo fuera el zombi Homs, me iría allí a rematar la faena.

Salimos todos -Pilila, Chapas, Rivera, una ternera y yo - hacia el Porche Cayenne, rumbo al Empordà, la otra Capilla Sixtina del veraneo convergente.

Esta vez habría sangre. Y no sólo de ternera. En este capítulo, por cierto, han fallecido más terneras que en todo Río Bravo, the movie.



12.

Puntas de lanza o palabras de amor, sencillas y zombis.

Eran 6 horas hasta Cadaquès a través de carreteras putrefactas y dalinianas. Lo que en terneras podría significar el exterminio de la raza pirenaica, y en desgaste psicológico humano, otro pico. Cuando salimos del término de Santa Maria D'Oginus, para aumentar más el estrés, nos encontramos con un control de los mossos. El grupo panicó, pero no yo, que lejos de ponerme nervioso entendí la situación como una nueva prueba a nuestro sistema de mimetización White Pijos & Cayenne. Que fue superada por todo lo alto y con nota. Los mossos sólo nos pararon para invitarnos a un puro y a un copón promocional de Cardhú - nos regalaron también unas gafas de sol y unas camisetas Cardhú; le pusimos una a la ternera-, y para recordarnos que podíamos utilizar, siempre que quisiéramos, el Túnel Josep Tarradellas, cuyo acceso estaba a 100 metros. Según nos explicaron, el túnel, de reciente inauguración y sólo hábil para funcionarios y cargos políticos y técnicos nivel Cayenne, unía Barcelona, Cerdanya, el Empordà y tres santuarios marianos, con Andorra, en una obra de ingeniería que aceleraba tiempo y gestiones.

En efecto, llegamos a Cadaqués en 10 minutos. Aún tuvimos tiempo de darnos un chapuzón en una playa nudista. Si la ternera de Rivera hubiera sido hinchable, hubiéramos pasado por una despedida de soltero. Sólo después de una guerra de agua y un concurso de pililas - ganó, por KO, el Pilila-, nos dimos cuenta de que no había nadie en la playa. Y, después, en el casco urbano. Esto parecía Santa María d'Oginus, pero en pelotas. Decidimos vestirnos e ir a merendar al célebre Lo Cannes Català. Tenía tantas estrellas Michelin que la NASA estaba investigando varias. Nos tomamos tres raciones de las célebres anchoas de Cadaqués. Y Rivera, un tonel y, de postre, la ternera.

En los postres, el célebre chef Josep Antoni Cannes, se nos agregó a la mesa, en ese momento en el que los chefs planetarios se sientan en tu mesa para explicarte milongas, y tú sonríes con la boca llena de dientes. Se interesó, en primer lugar, por la calidad de su servicio.

--Lo mejor, la ternera - dijo Rivera.

Para paliar ese agravio y dar palique, yo ponderé por las anchoas, confitadas en su punto óptimo.

--No las hago yo. No creo que lo conozcan, pero las hace el chef de un restaurante madrileño en progresión. Tu Puta Madre Feliz.

--Un nombre muy fresh y muy cool- dije.

Luego nos interesamos por el sector Anxova CDC. Momento en el que el chef empezó a llorar. CDC, por lo que fuera, este verano sólo traía traumas al sector hostelería. Nos dijo que hacía un día que no venía al restaurant ni el gato.

-- ¿Sabe si Francesc Homs se ha llegado hasta estas costas agres-
tes?

-- No sabría qué decirle. Todos van vestidos de blanco y pasa como en las pelis de chinos, que hasta media película no identi-
ficas a los protagonistas.

Decidimos no dilatar más nuestra misión, pagamos y nos enca-
minamos hacia Can Crispada, la residencia estival de la Rahola, de la que el chef nos había dado las señas. Íbamos copados por el sentido del peligro y la responsabilidad, conscientes de que, si esto fuera una novela, igual era el último capítulo. Al llegar a la puerta nos sorprendió que varios agentes de los Mossos estuvie-
ran muertos frente a ella. El Chapas, un profesional, lo verificó.

--No tienen cerebro. O están muertos, o son oficiales.

Accedimos a Can Crispada. Yo, empuñando el hacha minúscula. No se percibía ninguna presencia. Tan sólo el rumor lejano de al-
guien cantando, a la guitarra y con gruñidos, “Paruales d’amor”,

de Serrat. Seguimos el sonido hasta acceder al hall-dinner-room. Lo que vimos fue dantesco, siempre y cuando pensemos que Dante escribió Los Bingueros, o La Abeja Ruinasa.

Quién tocaba la guitarra y gruñía era un zombi vestido con sombrero de paja y bermudas. El Chapas se cuadró ante él.

--Coño, es el Jefe - dijo.

El zombi, el cappo di tutti cappi de los mossos, dejó de tocar la guitarra, nos miró y se desplomó. Muerto. O, era un zombi, re-muerto. Sólo entonces vimos la escena en su totalidad. Frente a sendos platos de paella repletos estaban, estirados en sus respectivos pufs, los Presis Puigdemont y Mas, el Director de TV3 y la Fulla Parroquial de Sant Joan Despí -no eran dos personas, que era una que simultaneaba cargos-, los directores de los periódicos El Puntàs, El Progrès de la Mare de Déu, del digital CanWeb, así como todo el staff de CDC desde el nivel de sub-oficial. También estaba Joan Laporta, exPresi del Barça y Campió de Catalunya de Lluita Sumo. Todos eran zombis. Pero, carentes de sentido, y víctimas de una suerte de ataque, temblaban entre convulsiones. A parte del Cap del Mossos, que se había quedado frito, sólo había otro cadáver. Por el tatuaje en su nalga -un rostro de Mas, y el texto "Amor Perraco"-, supimos que era la Rahola.

Era imposible saber lo que había pasado. Así que pedí sus móviles a el Pilila y a el Chapas, y se los introduje en el cerebro de Mas y Puigdemont.

-- Ostres, esto es otra cosa - dijo Mas, aún aturdido.

-- President, ¿qué ha pasado? ¿Ha sido Homs?

-- Homs... es... un valiente...-- dijo, torpe.

En ese momento, Puigdemont recuperó el habla:

--Sí, un valiente hijo de puta. Nos pegó un muerdo en la anterior paella, hará 28 días. Y mire.

-- ¿Pero no ha venido Homs hoy a la paella?

-- No, sus instrucciones eran precisas- dijo Mas - hoy tenía que ir al ensayo general de la mega-mani del 11 de Septiembre. Este año la vamos a liar. La idea era disfrazar a todos los manifestantes de lagarteranas, para que el mundo se asombre y entienda el problema catalán. Y eso es un problema de intendencia que sólo puede solucionar el bueno de Ho...Mas no llegó a decir la ms final. Traspasó.

--Me habré quedado sin saldo - dijo el Pilila.

No siempre se muere una autoridad en tus narices. De manera que improvisé un discurso fúnebre que acabó con un "...murió como vivió".

--Cony, cuando me muera yo, se me baja un discurso fúnebre de Google, García - a esas alturas, ya nos habíamos presentado.

-- ¿Qué ha pasado, President?

-- Pues nada, que habíamos quedado para una paella y hacer chistes sobre el Procés, cuando nos convertimos en zombis.

--¿Y por qué no nos han atacado? El zombi, ya sabe, tira para el monte.

-- Somos zombis. Pero por encima de todo, catalanes. Estamos por el orden y el civismo. No gritamos ni practicamos estridencias ni violencias. El mundo y la UE han tomado buena nota de ello.

-- ¿Y qué comen? Me consta que un zombi come más que una lima.

-- Nos comemos a nosotros mismos. Por dentro.

-- No me vacile. Afuera hay tres mossos a los que les han devorado el cerebro.

-- Eso es cosa del Cap dels Mossos. Su abuelo era murciano, y los mossos se chotearon cuando se arrancó con Serrat.

-- ¿Y la Rahola? Sólo queda la carcasa.

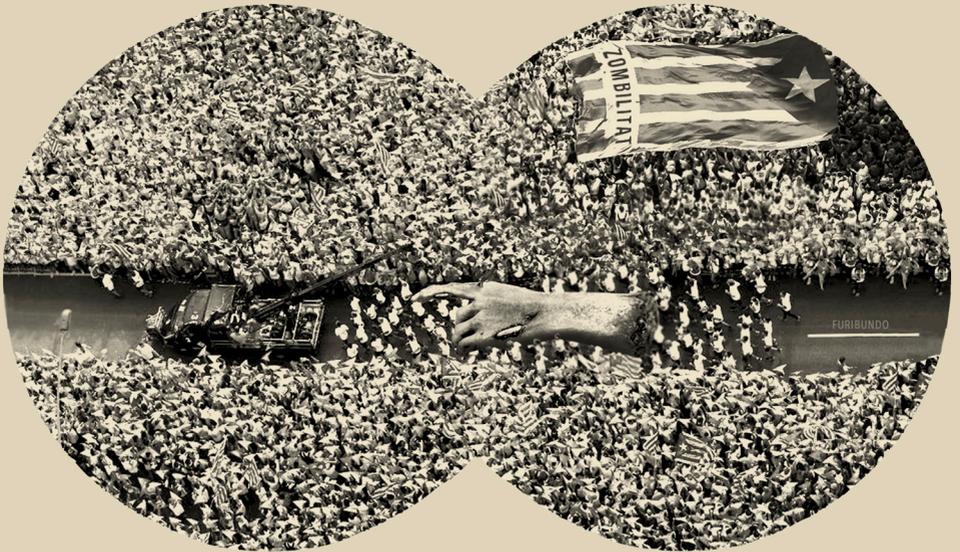
-- Es que esa tía crispa. Habla hasta debajo del agua. Ustedes hubieran hecho lo mismo.

-- Pozí- dijo Rivera.

Buenos. Los zombis catalanes de toda la vida no eran una amenaza, salvo para ellos mismos. La Cerdanya y el Empordà estaban vacíos, pues habían sido auto-ingeridos. La mala noticia es que Homs seguía suelto, no se estaba comiendo a sí mismo y en breves horas se iba a un ensayo general de la mani 11S-2016, que la ANC había decidido orientar bajo el slogan: “La lagarterana catalana per un nou Estat i el Govern de sempre. Més que mai”. Podría ser la eclosión del virus zombi.

Decidimos llevar a Puigdemont a Lo Cannes Català, tentarle con una becada mar-i-muntanya, e intentar ir luego al ensayo de la mani Largareranes Més que Mai.

Deséennos suerte.



13.

En donde todo apunta a que, por fin, aparecerá Homs.

-XIII-

- Rivera, ya le hemos dicho al señor Chang que no voy a trabajar de todas las formas posibles. ¿Se le ocurre alguna nueva?

-- ¿Con flores?

-- Perfecto. Envíele un ramo de anémonas, símbolo de la esperanza.

-- Pertinente, si bien al señor Chang, a estas alturas, más que desesperanzado, lo tiene más quemado que la moto de un hippy.

-- Envíele también, entonces, un ramo de aloe vera. No sé qué haría sin usted, Jeeves, quiero decir, Rivera. ¿Le importaría pagar esa pequeña fortuna a Interflora con su visa?

-- En absoluto. ¿Alguna cosa más?

-- Sí. Envíele un wasap al Capitán Estadella. Hace horas que no sabemos nada y, como diría él, no me gusta nada este silencio. Ah, y pruebe a llamar a Quimetta, a ver si se ha bajado de la burra. En caso afirmativo, me la pasa. En caso contrario, cómase el marrón, que para eso está muerto.

-- Sabia decisión. Y, ahora, ¿puedo volver a la mesa a dar cuenta de mi becada amb llagosta? Estoy babeando más que el perrito

de Pavlov.

-- Por supuesto. Disculpe, Rivera. Coma y triunfe.

Hola. Soy García, y esto que les he transcrito es un aparte que tuvimos Rivera y yo mientras el grueso del grupo, al que nos agregamos inmediatamente, estaba en una mesa del afamado Lo Cannes Català, de Cadaqués, en la que el Presi Puigdemont y su ingenio eran el centro de la velada.

-- ...Y la saga Harry Potter me caló tan hondo que, en señal de homenaje, me hice este peinado.

De pronto, Pugidemont dió un pequeño sobresalto, miró al Chapas y dijo:

-- Nene, ponme las esposas y hazme spunky-spunky, que he sido una niña muy mala.

-- ¿Perdón, President? - dijo el Chapas.

-- Nada, que una tal La Lunares le ha enviado un wasap. La tiene loquita, por lo que veo.

Si era complicado viajar y convivir con un zombi, con dos era ya la pera, me dije. Decidí atajar la reunión y ponernos las pilas. Pedí la factura, que resultó ser un monto considerable. Los dos zombis se habían tomado todas las variaciones posibles de becada mezclada con criatura marina. Después de la becada con pez

globo, ya les tuvieron que servir una con alquitrán, una compresa y una bolsa de plástico.

Ya en la calzada, cogimos el Túnel Josep Tarradellas y llegamos a Barcelona en un periquete.

-- Chapas, ¿qué día le toca el Matajari-II a los mossos?

-- Los domingos. Aprovechamos para ver el Barça en plano cenital, con lo que se aprecian los matices del juego. ¿Sabéis que Messi se está quedando calvo?

-- Hoy no hay Barça, por lo que lo utilizarán para localizar este Porche Cayenne. Iremos a lo del ensayo del 11S en taxi. Puigdemont, ¿no tendría 20 euros para un taxi?

-- Aquí los tiene.

-- Por cierto, ¿dónde es el ensayo de la mani?

-- No se lo puedo decir. Es secreto de Estado. Sólo le puedo decir el nombre en clave de la ubicación: Camp Nou.

-- Pues vayamos al Camp Nou.

-- ¿Collons, como lo ha adivinado?

Era un chollo negociar con un zombi. Salvo con Rivera cuando se ponía constitucionalista y no quería decirnos el nombre de quién le había mordido. Fuimos al Camp Nou a patita, en mi caso, con un sobrepeso agregado de dos marlboros. Cuando lle-

gamos, no se cabía.

Cientos de miles de voluntarios estaban entrando al Camp Nou por sus diversos accesos, donde eran recibidos por miembros de la organización, que los iban ubicando por sectores. Nos pusimos a la cola. Cuando llegamos al control, los voluntarios de organización reconocieron a Puigdemont. Cayeron de bruces, momento que aproveché para decir que aparean el trato, que Puigdemont había venido de incógnito, y que nosotros éramos una delegación de la UE, que venía a estudiar a ver si daba o no daba la calificación ISO a la mani.

-- El lema de la mani del año que viene iba a ser “Volem una qualificació ISO per a la mani”. Estamos quemando etapas a toda castaña. Un momento, pero ese, ¿no es Rivera?

-- ¿Qué le sorprende? Esto es un movimiento horizontal.

Compraron. Nos condujeron hasta la tribuna, en la que estaba, por fin, Francesc Homs. Y, a su vera, Jordi Sánchez, presi de la ANC. Ambos dos, dos zombis como un campanario, se levantaron en deferencia a su president zombi, que tomó asiento junto a ellos. Homs le gruñió.

-- ¿Qué dice? - pregunté a Puigdemont.

-- ¡Cony, si hablo zombi! ¡Le entiendo todo!

-- Sí. Ya. ¿Pero qué dice?

-- Ha dicho que “Qué, ¿les decimos que lo de la independencia se nos ocurrió para tirar millas cuando empezamos con los recortes, o callamos otro año?”. Luego, ha agregado: “ja, ja, ja”. Debo decirle que, como risa zombi, es muy contagiosa. Homs es, quién lo iba a decir, un zombi cachondo.

-- Pregúntele por qué no se está comiendo a sí mismo.

Puigdemont gruñó a Homs. Y Homs a Puigdemont.

-- Que dice que su tatarabuelo era murciano. Respecto a Sánchez, “ni te digo”, Homs dixit.

-- Jodo, cuanto murciano. Aquí hay más murcianos que los habidos en toda la historia de Murcia.

Por megafonía, organización pidió a los voluntarios que ocuparan sus puestos asignados. Empezó a sonar el off musical Platano-Balóo, tan pegadizo, y empezaron a desfilar delante de nosotros. En primer lugar, en lo que sin duda era una venganza - póstuma- de Mas, iba Oriol Junqueras y el Consell Nacional de ERC - fue un alivio ver que no eran zombis aún-, vestidos de pubilla catalana, y llevando la pancarta con el slogan de la mani. Después venían las CUP, vestidas con utillaje de majorettes que había sido objeto de una seria reflexión sobre el problema de género. Tras

ese grupo, representantes de todas las comarcas catalanas, per-trechadas, ahora sí, de lagarteranas. Cerraban la marcha unas docenas de niños y niñas -The Lagarteranettes-, simbolizando el futuro. Tras tres vueltas al estadio, un niño y una niña de entre ellos subieron hasta la tribuna con un ramo de flores. Para evocar la vocación internacional del acto, recitaron un poema en japonés. En ese punto Homs, que en el ensayo cumplía el rol de la autoridad, cogió a ambos niños. Los aupó y, cuando parecía que les iba a dar un beso, hizo el amago de darles un muerdo. Momento en el que yo, cual rayo, aproveché para extraer el teléfono del Chapas, que estaba insertado en Puigdemont, e insertarlo en pleno Homs. Con suma rapidez también, mangué el móvil a uno de los niños-rapsodas, y se lo volví a insertar a Puigdemont, antes de que se pusiera flamenco. Homs, como siempre pasa en este trance con los zombis, permaneció unos segundos perplejo. Hasta que recuperó el habla. Solemne, frente al micro por el que habían hablado los niños-rapsodas, dijo, con acento de Vic: -- Nene, que me tienes más caliente que el asfalto en Écija. A lo que agregó: “¿Qué és el Chapas? Tinc un wasap per a ell?” Habíamos salvado Catalunya de la epidemia zombi. O, al menos, eso creíamos en aquel instante. Le dije al Chapas y al Pilila que

se hicieran cargo de los zombis, y que quedábamos dentro de una hora en el Drugstore de Paseo de Gracia. Me dijeron que OK, pero que no encontraban ni a Sánchez ni a Rivera, que igual estaban departiendo de Murcia en cualquier rincón del estadio. Les dije que ya me encargaba yo de ellos, pero que se piraran mientras yo cerraba el acto. Por el micro, invité a la concurrencia a cantar “El Señor hizo en mí maravillas”. Y luego di por terminado el acto, ante las quejas de Junqueras, que había preparado, con una selección de los mejores nadadores de su Consell Nacional, una coreografía Esther Williams en una piscina de plástico ya dispuesta en el medio campo.

Mientras se vaciaba el estadio, busqué a Sánchez y a Rivera. En la subtribuna me encontré a Rivera. Y el pie de Sánchez, que sobresalía por la boca de Rivera.

-- Lo siento. Durante el ensayo me dio por escribir una carta a los socialistas para El País, y escribir me da hambre.

-- Dígamelo a mí. A Sánchez no le volveremos a ver, ¿no?

-- No. Está contribuyendo a la gobernabilidad del otro campo.

Ah, por cierto, el Capitán Estadella le envió un wasap. Fue durante la psicalepsia de Junqueras, y no quise interrumpirle.

-- ¿Qué se cuenta Estadella?

-- Que los 80 intelectuales eran, en efecto, zombis. Que les ha puesto un móvil, y que se los ha llevado a su casa.

-- ¿Estadella se ha llevado 80 zombis a su casa?

-- ¿Puedo tutearle?

-- Claro.

-- A tu casa, García.

Definitivamente, esto era el fin con Quimetta.



14.

En el que zombis y humanos intercambian experiencias, no tan lejanas.

Cuando llegué al drugstore con Rivera, ya estaban en una mesa de la terraza el Pilila, el Chapas, Puigdemont y Homs. Nos pedimos un calippo, tres frigodedos y dos frigopenes. Muy buenos. Mientras los ingeríamos, recuperamos la paz espiritual y nació una conversación espontánea entre zombis y humanos.

-- Bueno, Homs, ¿y a usted quién le pegó el muerdo? ¿Sánchez?

-- Uy, no. A mí un socialista no se me acerca tanto sin que le saque el spray de pimienta.

Homs hizo aquí una pausa zombi-dramática. Lo que dijo a continuación nos heló la sangre. A los que la conservábamos a 37 grados, quiero decir:

-- Fue Rajoy.

-- ¿No lo vio venir?

-- Era mi segunda legislatura en Madrid. Y la primera duró lo que el Rosario from the Aurora. Pensé que ese comportamiento era un localismo madrileño, como tantas otras rarezas que viví en esos meses. ¿Saben que un señor acaudalado y excéntrico me vendió la puerta de Alcalá por medio millón de euros?

Un chollo. Están locos.

-- ¿Cómo fue la cosa?

-- Era un tonto, se me acercó diciendo “chi me da un euro le doy una estampita” y una cosa llevo a otra y...

-- No, lo del muerdo de Rajoy.

-- Pues nada, estábamos negociando lo de la Mesa del Congreso, se me acercó, y ñaca. Después, no sé lo que me pasó, pero escuchaba una vocecita interior que me decía, Homs, vota al PP.

-- Entonces, ¿Rajoy es el zombi alfa-omega? ¿Fue Rajoy quien le mordió a usted, Rivera?

-- Ah, se siente.

-- No me toque los huevos, Rivera. La situación es grave y usted se niega a decirnos quién inició todo esto. ¿Quiere que toda la población acabe zombi?

-- La pregunta no es esa, García. La pregunta sería: ¿es constitucional que toda la población sea zombi? Y yo creo que lo es por un tubo. Si la Constitución Española, esa joya que ha garantizado el mayor periodo de prosperidad en España, ha muerto, lo lógico y lo patriota sería morir con ella. ¿Y qué es un zombi, sino un muerto constitucionalista? Además, una España Zombi, una Monarquía Parlamentaria Zombi, en la que todos fuéramos

zombis, no sólo garantizaría la igualdad entre territorios, sino que solucionaría el problema de España, del que en su día hablaron Ortega y Lola Flores. Que no es otro que su disparidad. Y no hay nada menos dispar que 47 millones de zombis. Por otra parte, prefiero antes una España zombi que rota.

-- No me joda, Rivera.

-- Pero si no íbamos a romper nada, Rivera - hablaba Puigdemont-. Lo de la independencia era como lo tuyo con las diputaciones, o la milonga de no pactar con corruptos. Si has pactado hasta con Capone, hombre. Díselo, Homs.

-- Te lo he dicho mil veces, Rivera. Lo de ponernos indepes era una colgada para que no nos colgaran dels collons mientras chapábamos el chiringo del Bienestar. Cerramos un Pacto Fiscal, o cualquier otra cosa, yo qué sé, en la última reunión con Rajoy eran ya cinco entradas a Euro-Disney, y el Partit Demòcrata Català, copado por su sentido de la responsabilidad, seguirá colaborando en la gobernabilidad del Estado. En este caso, zombi.

-- No pero, ahora que lo dice, Rivera -Puigdemont tomó la palabra- sí que mola eso de ser zombi. Desde que me mordió el capullo de Homs, no sé, me siento como más cohesionado. Me veo, no sé, partícipe de un proyecto. Imperial.

-- Desde que Zapatero inició los recortes, y Mas y Rajoy los remataron, este país necesitaba algo chachi y, si me fuerzan, piruli-Homs hablaba-, que lo cohesionara. Una vez agotado el Régimen del 78, un Régimen Zombi puede ser hasta sexy.

Rivera, Puigdemont y Homs intercambiaron una sonrisa y, luego, suspiraron los tres a la vez.

-- Bueno, zombis. Lamento cortarles. Pero son las tantas y, no tenemos dónde dormir. ¿Alguna idea?

Puigdemont propuso ir al Palau de la Generalitat. Tenía las llaves y, como que todos se habrían auto-ingerido, no habría nadie. Le pedí 20 euros para un taxi. Fuimos a pie, dos marlboros, etc. El Chapas y el Pilila decidieron venir con nosotros, a tomar la última copa, a pesar de disponer de vivienda en Barcelona. La del Chapas, muy acogedora, según se desprendía del último wasap que recitó Homs en ese momento:

-- Nene, en esta casa se folla a la 1 am. Estés o no estés.

En el Palau, pusimos a cargar a los zombis. Pedimos por teléfono al Servei de Protecció Civil spritzs como para aburrir y nos subimos a la terraza.

-- ¿Qué piensas hacer?- me preguntó el Pilila.

-- Mañana cojo y me voy a Madrid, a neutralizar a Rajoy.

-- ¿Qué harás con los tres zombis que tienes cargándose?

-- Me los llevaré. Donde comen 80, comen 83.

Lo que me llevó a evocar a Quimetta. Copado por la tristeza abrí mi corazón a mis dos amigos de juventud.

-- ¿Sabéis qué? Mi vida es una mierda. Me mordió un zombi y me queda menos de un mes de vida. Por otra parte mi novia me habrá enviado al guano a estas alturas.

-- Ptssss -chistó el Chapas-. A todos nos queda un mes de vida desde el último sueldo. Y lo de la novia, nunca sabes, cuando te despides de ellas por la mañana, si existirán al atardecer.

-- No lo dirás por tí. Tienes loquita a esa tía de los wasaps.

-- No es una tía. Es el Sargento Turró y, esos wasaps, un caso de acoso de catálogo.

Suspiramos también. Meditamos en silencio sobre nuestras propias vidas. Éramos zombis. De otra forma distinta a los zombis. Pero zombis. Personas que no podían decidir su destino. Pensamos, durante unos instantes, en nuestros sueños de juventud.

-- Claato Barada Nikto -dije.

-- Claato Barada Nikto.

-- Claato Barada Nikto.

Mañana partiría a Madrid. Era el único ser humano que, en las

puertas de la muerte, sólo pensaba en ver a Rajoy. Después, mi vista se distrajo mirando un punto en el vacío. Luego, enfoqué la visión. Dentro del edificio de enfrente, el Ajuntament, me pareció ver a través de una ventana cómo alguien estaba comiéndose a otra persona. Fue sólo un instante. Lo justo para empezar a sospechar que la epidemia zombi empezaba a desmadrarse, y que si esto pasaba aquí, imagínate en Barcelona.



15.

En el que García vive el terror zombi.

A la mañana siguiente me despedí de mis amigos de juventud, Chapas y Pilila, con sendos y sonoros abrazos. Plas, plas, plas. A continuación, metí a los zombis Rivera, Puigdemont y Homs en un blablacar, cuyo chofer tenía síndrome de intestino irritable y, además, se llamaba Christian José. Tendría que parar en todas las áreas de servicio hasta Madrid, y eso me daría oportunidad de alimentar a los zombis con productos más variados que el chofer o yo. A nuestro paso por el área de Piedras Blancas, Zaragoza, intuí que ya éramos una leyenda. El dueño del bar cobraba cinco euros para que los niños vieran comer ternascos a los zombis. En Alfajarín, a su vez, se organizó una liguilla de cochinitillos. Mis tres zombis accedieron a la final contest, contra una selección compuesta por, no te digo más, un navarro y un obispo y un camionero que era enlace sindical. De lo ingerido en aquella sala sólo puedo decir que jamás el cochinitillo había experimentado tal subidón en el mercado de continuos de Alfajarín. Por lo demás, ganamos por goleada y asombro, y nos llevamos la porra que organicé. Unos 2.000 euros, dos marlboros y un spritz.

Llegando a Madrid, el chofer nos dejó delante de casa. Subí las escaleras, detrás de los zombis, con el corazón encogido, mentalizándome de la bronca que me iba a dar Quimetta. Abrí la puerta. No se cabía. Aquello parecía un guateque de zombis. Concretamente, una ochentena. Busqué a Quimetta por todas las habitaciones, cada vez con más inquietud. Algo me decía, en fin, que sólo hay algo más peligroso que un zombi. Ochenta zombis intelectuales. Finalmente la encontré en la cocina. Estaba viva. Y atareada. La contemplé de espaldas a mí. Llevaba el delantal que utilizaba cuando se ponía a hacer canelones. Y, esto era sorprendente, medía un palmo menos, había engordado 100 kilos y se había quedado calva. Suponía que a disgustos. En eso Quimetta se giró. Resultó que era el Capitán Estadella.

-- ¿Va a estar ahí toda la mañana mirándome el culo, o me ayuda a desprecintar estos 500 cochinitos congelados?

Me puse a la labor. Y Estadella me puso al día. Había localizado a los 80 intelectuales en el Pen Club. No notó que eran zombis hasta cuatro horas después, cuando en vez de ponderar, entre gruñidos, la nación española, se comieron a uno de sus nacionales. Estadella se fue pitando a Ferraz. Hizo acopio de los móviles de cargos municipales no renovados, depositados en el almacén,

volvió y les insertó, a cada zombi, su móvil. Los fue trayendo a mi piso en grupos de a tres.

-- Para no levantar sospechas. Voy por la calle con 80 tíos con esa cara de lobotomizado que mete un zombi, y la gente creería que hay otro encuentro del Papa con la Juventud.

-- ¿Y Quimetta? ¿La vio? ¿Qué dijo?

-- ¿Se llama Quimetta? Una mujer con mucho carácter. Se peló a Muñoz Molina. En fin, aquí tiene una carta de su puño y letra. Me la dio antes de irse con dos niños a Sicilia, me dijo. Tenga.

Abrí la carta, ansioso. Leí la primera línea: “Caro imbecille”. Empezamos bien. Leí, de corrido, los dos siguientes párrafos. Había tacos sicilianos que hubieran impresionado a Lampedusa y a Sciascia. En mi barrio tienes ese dominio del taco y te dedican una calle. Omití doce párrafos más y fui directamente al turrón: “No aguanto más. Sí, soy consciente de que ahora me dirás que te quedan unos días de vida, y que estás salvando al mundo de un final seguro a consecuencia de la epidemia zombi. Pero, si te disculpo y me muestro comprensiva por ello, ¿qué será lo siguiente?”. Ole tus huevos, pensé. Quimetta, a continuación, me informaba de que, en efecto, se iba unos días a Corleone, Sicilia, con sus padres, “lugar al que, si eres sabio, te cuidarías mucho

de venir a venderme tus milongas”. A su vuelta, esperaba ver el piso libre de zombis, categoría espiritual en la que me incluía. La carta proseguía: “Si haces un recuento, verás que faltan dos zombis. Uno es Muñoz Molina. Lo siento. Perdí los nervios. En mi defensa, puedo decir que es un pesado, y que hasta Gandhi hubiera hecho lo mismo. También falta su esposa. Te digan lo que te digan, no fui yo. Fue el resto de zombis, hartos de escuchar que los zombis de New York eran menos provincianos”. Acababa su carta con un “cuídate de Sabina. Tiene mal café” y varias instrucciones para cuidar a los zombis. Recuerdo dos: “compra toallitas húmedas en lugar de papel higiénico, por la gloria de tu madre. Sé lo que digo”, y “llévatelos cada día, en grupos de a tres, al bar de abajo. Les encanta la máquina de bailar y, luego, duermen de un tirón”.

El Capitan Estadella me puso al día, a su vez, de la intendencia:

- La cosa sale por 3.000 euros al día en cochinitos.
- Rayos, ¿de dónde los saca?
- Los pone la Fundación March. Lo ven como una ayuda al bipartidismo.

Por lo demás, me dijo, no me tenía que preocupar mucho. Los zombis se pasaban el día escribiendo, y participando en tertulias,

vía el teléfono móvil que tenían insertado en el cerebro. Además, como que sabían de todo, habían arreglado todos los enchufes y el calentador, que no funcionaba desde hacía dos inviernos.

-- ¿Tienen algún tipo de mal rollo?

-- Bueno, Sabina, con ese sombrero y esa voz, acojona.

-- Sí, me han puesto al corriente.

-- Y el otro día salieron y se comieron a un crítico entre todos.

-- ¿A quién?

-- Como que no dijeron su nombre en ningún caso, supongo que era Sánchez Cuenca. Por lo demás, lo dicho, no paran. Están fabricando una segunda edad de plata para España. Han substituido en sus artículos la alocución unidad-de-todos-los-demócratas por la-unidad-de-todos-loz-zombis, con lo que nos están colando artículos de hace 20 años. Son unos cracks. Ana Belén y Victor Manuel han reescrito Abre la Muralla, que ahora se titula Abre la cavidad craneal. Tiene su gracia. Serrat está haciendo canciones que vinculan al zombi de a pie español con los pueblos hermanos de sudamérica. Juaristi ha demostrado científicamente que el zombi vasco es inferior y vive en una mentira. Gracia está escribiendo un ensayo sobre el hecho contrastado de que Dionisio Ridruejo era zombi y demócrata, ya en la fundación de

Falange en el Teatro de la Comedia. Cercas ha escrito una novela en la que un español de bien perdona la vida a un zombi al que iba a fusilar, y luego, todo mola mucho. Savater ha escrito una genialidad. Defiende que si llevamos 40 años con los mismos escritores, esa generación, una vez se ha hecho zombi, puede ser la generación definitiva. Por lo que es lícito comerse a los escritores jóvenes.

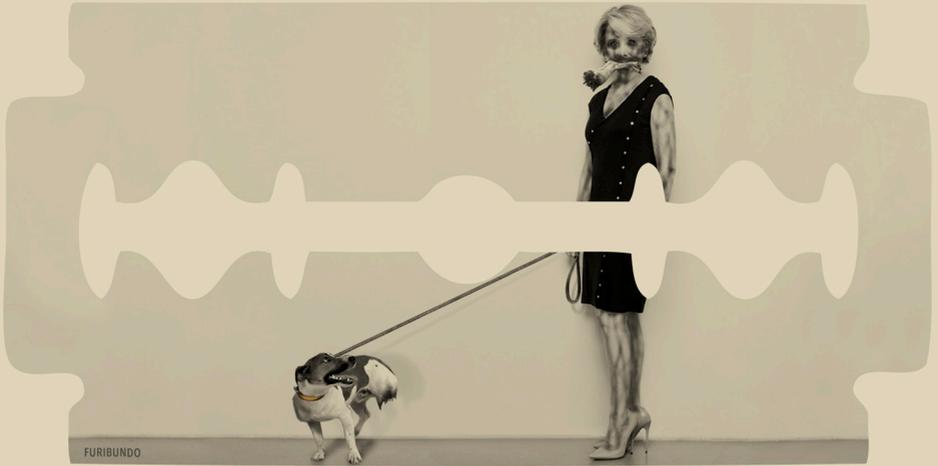
-- Estadella.

-- Mande.

-- Esto es una locura. Mañana tenemos que decapitar a Rajoy.

-- No me joda.

-- Le jodo.



16.

En el que Esperanza Aguirre, ese ser que vino al mundo para demostrar que todo puede ir a peor, confirma que todo va a peor.

-- ¿Y si lo dejamos, García? El día 30 hay convocado pleno en el Congreso. Esto está hecho. Rajoy será presidente, si no ese día, en septiembre o en octubre. Una vez sea presidente, dejará de morder, supongo. En el partido, la Comisión Europea o Cáritas, le insertarán un móvil en el coco y, hala, a tirar millas.

-- No creo que eso detenga el proyecto zombi. No estamos ya ante un plan para establecer un gobierno Zombi, sino para vertebrar España, como diría Ortega zombi. No pararán hasta que todo el mundo sea zombi. ¿Se ha fijado para cuando tienen pensado convocar elecciones, si la cosa falla?

-- En Navidad.

-- Exacto. En Nochebuena, la cena con la familia directa. El día de Navidad, en casa del cuñado. Creo que para entonces la mitad de la población ya sería zombi, y se aprovecharía ese encuentro anual con los cuñados para zombiar a la otra mitad. A temperatura y presión normales, tarde o temprano, en esa comida con el cuñado, el cuñado siempre acaba mordiendo.

-- Usted alucina, García. Que sepamos, en España hay más lince

que zombis. Sólo quedan 82 zombis, si las cuentas no me fallan. Rajoy, hecho contrastado, los tres zombis catalufos que se trajó usted de Barcelona --Estadella aludía así a Rivera, Puigdemont y Homs-, y los 78 intelectuales zombis, una vez nos dejó el matrimonio Muñoz, que en paz descanse. Por cierto, les hice una necrológica acojonante, que envié al concurso de Periodismo Funerario El Ocaso. Me van a caer 20.000 sí o sí.

En eso, le dije a Estadella:

-- ¿Más linceos que zombis, ha dicho? Me temo que no. Gírese, Estadella.

Estadella se giró y se quedó atónito.

Para explicar lo que vio cuando se giró, será necesario decirles dónde estábamos. Estábamos en el bar de debajo de casa, donde bajábamos a los zombis en tongadas de a tres, para que se desfogaran en la máquina de bailar, tal y como nos indicó Quimetta, esa gran organizadora. En estos momentos, Estadella y yo estábamos en una mesa, dándole a un chichón y a un spritz. Él, de espaldas a los zombis, yo encarado a ellos, no fuera que la liaran. Rivera estaba bailando como un poseso, regenerando el baile chunda-chunda. Puigdemont, a su lado, estaba apollardado. No era ya aquel zombi dicharachero desde que, en el Camp Nou, le

cambié el teléfono insertado por el móvil de preadolescente-rapsoda, momento en el que le habían empezado a machacar el cerebro con vídeos de Musical.ly y mensajes chorras de Instagram. Sabina -quizás sea por el sombrero, pero ese zombi acojona- esperaba su turno con ansiedad. Como la máquina no descalificara en breve a Rivera -algo poco probable, ese hombre bailaba con la desesperación y ganas de quien ha sido educado en el pueblo de Footloose-, teníamos pollo fijo.

Lo que me llamó la atención, y por eso hice girarse a Estadella, es que la expresión de psicópata de Sabina había cambiado completamente. Estaba aterrorizado. Pero no era eso lo que quería que viera Estadella. Quería que viera el objeto que daba terror a Sabina, nuestro campeón, el zombi pitbull de nuestro criadero. Era otro zombi. Era el zombi de Esperanza Aguirre, que hacía cola para la máquina de bailar.

Iba junto a dos zombis más. Me sonaban. Eran dos MILFs del PP que salían en los telediarios periódicamente diciendo que sí detrás de Rajoy. Junto a ella había una mujer normal. Vestía con el punto apañado, pero con un pasado de hambre, finales de mes épicos y sábados por la mañana despertándose junto a alguien que no reconocía. Sí, conocía ese aspecto. Esa mujer era

periodista. Y estaba en el bar por lo mismo que yo. Para que sus zombis se desfogaran en la máquina de bailar. Esa mujer, en fin, era mi reflejo.

Cogí a Estadella del brazo y lo arrastré hasta la mesa de la periodista.

-- Nosotros también tenemos zombis en casa- dije, eléctrico.

Esperaba que, tras esa confesión, mi reflejo me mirara aliviada, al saber que no vivía en un secreto vergonzoso, que había más zombis además de los que ella conocía y cuidaba.

-- Dígame algo que no sepa - me dijo.

La chica explicó entonces su historia. Era una historia paralela a la mía. Era becaria en El País. Le había tocado pelarse agosto con chorradas.

-- ¿Me lo dices o me lo cuentas?

En cada una de esas chorradas, se había ido encontrando zombis. Al principio, los mataba en legítima defensa. Después, descubrió lo del teléfono móvil en el cerebro, y se los fue llevando a casa.

-- En la actualidad tengo en casa a Esperanza Aguirre y a todo el sector PP Estraperlistas Liberales. Además de a Cebrián, y la Dirección, el Consejo de Ancianos y la sección de política de El País, la tuna de PRISA y 58 zombis más.

La miré con estupor.

-- Pero eso no es nada. Un becario de Cinco Días tiene en su piso a todos los zombis de la Comisión Nacional del Mercado de Valores, otro de JotDown tiene a la Sala Segunda de la Audiencia, un tal Martínez, de CTXT, tenía en su piso a la Comisión Nacional de Pesos y Medidas...

Fue enumerando. Un becario de Pronto tenía a todo el Consejo de Estado. Una becaria de Sálvame al Tribunal Constitucional, uno de Revista de Occidente a Pedregol y a toda la plantilla del Real Madrid. Eran cientos de zombis. El Régimen del 78 era, científicamente, zombi.

-- ¿Quién ha mordido a tus zombis?

-- Rajoy. A todos y en todos los casos.

-- Estadella, vaya pensando algo para cargarnos a Rajoy.

-- ¿Un plan para cargarse a Rajoy? - dijo Esperanza Aguirre. Pueden utilizar el mío. Yo ya no podré hacerlo. Siéntense, se lo explico después del bailongo.

Esperanza Aguirre enseñó un colmillo a Sabina, que abandonó su turno en la máquina de bailar y se vino hasta debajo de nuestra mesa. Luego insertó una moneda y empezó a bailar como una posesa.

-- Dios, esto es Musically en 3D, exclamó Puigdemont.
Cuando acabó de mover el esqueleto y la musculatura zombi,
nos explicó un plan infalible para neutralizar al zombi Rajoy ma-
ñana, en la tele, mientras le entrevistaba Ana Pastor.



17.

En el que el señor Chang salva España y, por el mismo precio, la industria hostelera, envidia de Europa.

-- ...Y una vez allá, sólo hay que propinarle un hachazo, porque veo que ustedes son de hacha. En la sala anterior dispondrán de hachas, lanzallamas, granadas, misiles tierra-aire, y todo el material necesario.

Esperanza Aguirre nos acababa de explicar su plan para ecualizar a Rajoy. Con esas palabras finalizaban dos horas de monólogo, en el que nos había dado cuenta de un plan infalible para darle matarile a Rajoy, ideado por Aguirre en sus horas muertas, según nos comunicó. Yo me quedé blanco. No así el Capitán Estadella.

-- Toma realpolitik- dije.

-- Los jóvenes de hoy en día sois unos moñas. Proyectos como el que nos ha detallado la señora Aguirre eran habituales en el segundo ciclo de Ciencias Políticas, cuando el señor Maravall fundó la egregia facultad. Ni pirámide de Kelsen ni hostias. Matesa, Sofico... -Estadella se emocionó-... Aquello sí que era política.

Aguirre dio por finalizada su exposición. Volvió a la máquina de bailar, y Sabina volvió a disponerse debajo de la mesa. Pedimos otra ronda y, Estadella y yo, empezamos discutir los pasos

a seguir.

-- Al pasadizo que lleva hasta el plató de la Pastor, se accede por Génova, he creído entender.

-- Exacto. Desde el Salón Héroe de la División Azul Liberales.

-- Sólo llegar allí, si lo conseguimos, serán varias horas, según como esté de zombis la sede del PP. Y luego está el trayecto hasta el plató, otras tantas. No podemos dejar a nuestros zombis tanto tiempo solos.

-- ¿Qué pretende? ¿Que vengan con nosotros?

-- No. ¡Rivera! Venga aquí.

Rivera abandonó su turno de espera frente a la máquina de bailar.

-- Lamento interrumpirle.

-- No se preocupe. Me daba mal rollo estar al lado de la señora Aguirre.

-- Pues haberlo pensado antes de pactar con el PP.

-- No me dé la brasa. ¿Qué desea? ¿Las llamadas habituales?

-- Exacto, empiece por el Señor Jabugo. Inténtele sablear 20 euros para un taxi, y luego véndale esta moto: esta noche dispondré de unas declaraciones en exclusiva de Rajoy, en las que abordará el tema de su desaparición de la carrera política, si no de su desapa-

rición a secas. Es posible que sean un tanto guturales, pero seguirán siendo periodismo-testimonio. Lo siento -dijo a Estadella-, debo buscarme la vida.

--Haga, haga- dijo Estadella.

Rivera marcó el número del señor Jabugo.

-- Aja... Ajá... Ajá- le dijo por el teléfono.

-- Qué, Rivera, ¿todo ajá?

-- Según como lo mire. El Señor Jabugo era un zombi. Se ha limitado a gruñir.

-- Me lo temía. Bueno, aparquemos ese tema. Llame al Señor Chang.

-- ¿Quiere que improvise el escaqueo habitual?

-- Hoy no. Póngase en modo manos libres.

Rivera marcó el número.

-- Lestaulante Tu Puta Madle Feliz. Dígame.

-- Señor Chang, García al aparato.

-- Me cago en sus honolables mueltos, Galcía. En flegadero hay montón de platos que no los levanta ni la selección china de gimnasia halta de esteloides.

-- De eso quería hablarle. Verá, hoy tampoco podré ir.

-- ¿Cómo tiene huevos de decil eso a alguien que sabe kun-fú?

-- ...Pero en contrapartida, tengo que ofrecerle un negocio al que no podrá decir que no. Escuche...

A partir de ahí, fue una jam-session de trolas que fueron adquiriendo forma y cuerpo a partir de una pequeña idea. Le expliqué que se iba a celebrar en Madrid la III Bienal del Cochinillo. Duraría una semana. Así que le pedí si era posible ocupar en exclusiva Tu Puta Madre Feliz con los asistentes al congreso. Sería todo muy frugal. Desayunarían, comerían, merendarían y cenarían allí. Además de pasar todo el día y la noche. El menú debería consistir en cochinillo. Cinco por bigote y día. Era importante que, de noche, les enchufara los móviles, que eran unos dejados. Y que no nos iría nada mal adquirir una máquina de bailar. Con todas esas explicaciones había captado la atención del señor Chang, que a partir de ese momento sólo me hizo preguntas profesionales, propias, por otra parte, de un profesional de la hostelería que vela por la satisfacción de su clientela. Del tipo:

-- ¿Qué coño es un cochinillo ¿Cochinillo existe o sel cachondeo como Dlagon Celestial Almónico?

Hice unos cálculos mentales. A parte de nuestros 80 zombis, también llevaríamos -no es bueno, en fin, que el zombi esté solo- los zombis que acabábamos de descubrir que estaban almacena-

dos en diversos pisos de becarios del todo Madrid. En total, me salían un millar.

-- ¿Mil congresistas? ¿A cinco cochinitos por día? Tu loco.

Aquí me empleé a fondo. Tras lo cual, el señor Chang intercambió unas palabras en mandarín con su cuñado, que estaba junto a él, en la cocina del restaurant. Acto seguido, el señor Chang me pasó un presupuesto, en verdad competitivo. Le pregunté a Estadella qué le parecía la cantidad.

-- Fantástica. Si la Fundación March lo hubiera sabido antes, haría años que todos estos estarían encerrados en un chino comiendo cochinito.

Nos pusimos manos a la obra. Le expliqué el caso a la compi que tutelaba a Aguirre, que empezó a llorar de la emoción. Me dio su dirección y la de los otros becarios. Estadella, yo y nuestros zombis subimos al piso. No tardó en llegar el cuñado del Señor Chang con la furgoneta, para iniciar los portes. A partir de ahí, fue una locura. Los zombis de los tres primeros viajes de furgoneta fueron, en efecto, a Tu Puta Madle Feliz. Los siguientes a un nuevo local que acaba de adquirir para tal cometido el señor Chang, y que se llamaba Tu Puta Madle Feliz II. Dos horas después, cuando se había hecho efectiva la cesión de la tutela de los

zombis al señor Chang, ya existía todo un network de restauración china vinculado al campo semántico de una madre feliz. Como Tu Puta Tía Feliz I, II y III, y Tu Puta MILF Feliz I, II, III y IV, restaurantes que, tras ponerle ese rótulo, por cierto, vieron formarse una cola de clientes sin precedentes desde el racionamiento.

Cuando el último zombi abandonó el último piso franco, decidimos acometer nuestra entrada en el local del PP en Génova.

-- ¿Se le ocurre alguna idea brillante, joven?

Me fui al congelador. Saqué media pizza de un día que me salí de presupuesto. La descongelé en el micro -que volvía a funcionar después de que Arcadi Espada, que sabía de todo, lo hubiera reparado-, y embadurné con ese fragmento mi camisa y la del Capitán Estadella.

-- Entraremos como técnicos informáticos.

Nos fuimos a Génova.



18.

De un viaje madrileño por las cloacas del poder.

El negocio de los zombis con el señor Chang salió redondo. Hasta el punto de que le levanté una comisión de 20 euros para un taxi, que invertí en dos marlboros y en un billete múltiple de metro. Al salir en Colón, sabíamos que la nuestra era una misión difícil, pero empezamos a comprender que lo era mucho más cuando nos topamos con los primeros zombis en la calle. Se trataba de docenas de esas señoras que siempre hay en las terrazas aledañas de Génova, tomando all day long café con leche, y vestidas de su mejor época. Una época, por otra parte, en la que el daltonismo no era considerado por la OMS como una dolencia, a juzgar por el colorido de sus vestidos. Nos llamó la atención la naturalidad con la que eran atendidas por los camareros, que venía a demostrar que los zombis, como en su día los tangas o los desahucios, habían sido admitidos en la abierta sociedad madrileña como animales de compañía, tras un primer momento de sorpresa. Ante la puerta del PP tuvimos nuestro primer problema. Un guardia de seguridad zombi velaba para que nadie la traspasara. El zombi empezó a gruñirnos, con cierta agresividad. Si nunca

había superado un portero de discoteca, hoy no iba a ser menos. Yo hubiera tirado la toalla allá mismo. Pero Estadella, hombre de mundo, volvió a brillar con luz propia. Como todos los intelectuales de su generación, era un hombre políglota. Hablaba todas las lenguas. Es decir, ante cualquier lengua respondía gritando en castellano. Si, aún así, no se producía el entendimiento, gritaba más alto, hasta lograr una suerte de telepatía. Una vez -lo leí en uno de sus artículos recopilados en su *Los españoles somos jedys-* consiguió que en el célebre Alain Ducasse à la Place Athénée, de París, un camarero le trajera pan después de gritarle diez veces: “¡¡Pan!! ¡¡He dicho pan!! ¡¡Qué parte de pan no me entiendes, imbécil!!”

Estadella se encaró al zombi y blandió su hacha y dijo:

-- ¡¡Somos informáticos!! ¡¡Venimos a reformatear discos duros!!
¡¡Mire el hacha!!

El zombi, para mi sorpresa, lo entendió a la decimonona. Accedimos al local.

El hall estaba repleto de zombis. El semisótano, donde estaban la sección juvenil *Nuevas Generaciones*, y la sección infantil *Pelays Liberales*, era un hervidero zombi. El primer sótano, en el que los cuatro sectores del PP -*Estraperlistas Liberales*, *Tor-*

quemadas Liberales, Falangistas Liberales, y Más Liberales que el Copón Al Punto de que Casi Hubiéramos Admitido la Constitución de 1812- guardaban sus arsenales, era como una convención de zombis. El segundo sótano, que albergaba la Sección Femenina, Damas de Guerra Liberales, era una concentración zombi. Cuando por fin accedimos al sótano veinticuatro, lugar en el que se ubicaba el célebre salón Héroes de la División Azul Liberales, no comprendíamos cómo aún seguíamos con vida.

Estadella echó a los zombis reunidos en el salón:

-- ¡Vamos a formatear el disco duro del ordenador! ¡Saquen a los niños o se pueden quedar tontos!

Una vez solos, nos pusimos manos a la obra. Siguiendo las instrucciones de Esperanza Aguirre, localizamos el busto de bronce de Muñoz Grandes. Lo giramos. Ante nosotros se abrió el mural en el que Jefferson y varios divisionarios azules liberales re-evangelizaban Leningrado, y vimos la escalera que Aguirre nos dijo. Bajamos dos pisos hasta el monorraíl que Aguirre nos describió. Un esbirro de la Doctora Aguirre nos atendió a nuestras indicaciones, y nos indicó qué línea deberíamos tomar para nuestro propósito, así como dónde hacer el transbordo.

-- Vigilen no se equivoquen de línea. Rajoy es todo tieso, si cogen

la línea 4 irían directos a cargarse a Manuela Carmena.

-- Gracias, es un esbirro muy amable.

-- Nada, nada. Para servirle.

Ya en el monorraíl, varios esbirros nos sirvieron sendas naranjadas. Llegamos a nuestra parada, y seguimos avanzando por un pasillo. De vez en cuando, nos cruzábamos con un esbirro, que nos saludaba. Llegamos a la escalera que nos conducía hasta el plató de la Pastor. Antes de subir, nos tomamos algo en un Lhardy. Y, por pura curiosidad, estuvimos chafardeando una tienda Manolo Blahnik, también atendida por esbirros. Tras hacernos una limpieza de cutis en otro establecimiento, nos pusimos al tajo. Accedimos a la sala repleta de armas, de la que nos habló la Aguirre. Abrimos una última puerta y, en efecto, ya estábamos en el plató de la Pastor. O, más precisamente, debajo del plató, que contemplábamos a través de una rejilla de ventilación.

-- No hay ninguna duda de que Esperanza Aguirre trabaja finodijo Estadella.

-- Una artista. Empiezo a pensar que el gran mérito del Tamayazo no fue el Tamayazo, sino que aquel día Tamayo igual fue a la Asamblea de Madrid en submarino, a través de un canal subterráneo.

Estadella me hizo callar. Justo en ese momento, Ana Pastor y Rajoy se sentaron encima de nosotros, sobre la rejilla. Desde nuestro ángulo, les veíamos y escuchábamos con total claridad. Si Rajoy hubiera llevado minifalda, le hubiéramos visto el triangulillo. Ana Pastor, después de un breve *captatio attentione*, y una rápida *captatio benevolentia*, dio por iniciada la entrevista.

-- La sociedad española se ha hecho eco de varios rumores que recorren las calles -dijo-. Por, eso, para acabar con la ambigüedad, y para ofrecerle una respuesta clara, ahí va la primera pregunta: señor Mariano Rajoy, presidente en funciones, ¿es usted zombi?

Rajoy respondió, sin dudarle ni enmendarse, con un gruñido zombi. Muy bueno. En el casting de *The Wallking Dead* le hubieran dado, sólo por eso, un papel para dos episodios. No obstante, Ana Pastor le miró fijamente, atenazándole con los ojos, como diciéndole “te voy a hacer cantar la *Traviata*”, y prosiguió:

-- Veo que no quiere darme una respuesta clara. Se lo diré de otra manera. ¿Ha sido mordido por un zombi, de manera que es un zombi?

Y así, dos horas, durante las cuales, tanto Estadella como yo, estuvimos a punto de abrirnos las venas.

Cuando la entrevista acabó, sin que Rajoy confesara su adscripción zombi, la Pastor le felicitó por su vehemencia y se fue a que le quitaran el pinganillo. Momento en el que abrimos la rejilla y Rajoy cayó en nuestros brazos. Sin mediar palabra le inserté el móvil que le había mangado a Gutierrez Aragón en mi piso. Sólo había que esperar a que Rajoy empezara a hablar. Esperamos cuatro horas. Y nada.



19.

En el que Rajoy recupera el habla. O algo parecido.

Habíamos capturado a Mariano Rajoy, que resultó ser lo que el National Geographic calificaría como un zombi gallego de toda la vida. Te lo encontrabas en una escalera y, mientras privatizaba la escalera, no abría la boca de la cara. Por otra parte, su mirada, carente de inteligencia, no nos permitía saber, siquiera, si nos entendía. Hartos de no sacar nada en claro decidimos volver sobre nuestros pasos, llevándonos a Rajoy con nosotros.

En la parada del monorraíl preguntamos a un esbirro dónde podíamos bajarnos para ir a tomar algo a un Vips. Nos dijo que no era necesario subir a la superficie. Que cogiéramos la línea 11 y nos bajáramos en Nuevos Nuevos Ministerios. Por lo visto, se trataba de unos re-nuevos ministerios que había construido Esperanza Aguirre en el subsuelo madrileño, para ejercer el gobierno en la sombra. Eran, pues, una obra pública liberal-española, nacida, como todo en ese pack, de la literalidad.

-- No tiene pérdida. Encontrarán un Vips allá enfrente, al lado del Tribunal Constitucional Paralelo y el Corte Inglés, también paralelo. Frente a la Almudena Paralela, al lado de la estatua del

Héroe de Cascorro Paralelo, liberando Barcelona.

Aguirre, esa mujer, trabajaba fino. Llegamos en un periquete al Vips Paralelo. Allí, nos detuvimos en el quiosco de prensa. Curiosamente, según observé, los diarios eran lo único no paralelo en el Madrid Paralelo y subterráneo que acabábamos de descubrir hacía unas horas. Los diarios peninsulares, en fin, en un momento dado entre el último cuarto del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI, se habían pasado tanto de vueltas que sólo informaban de una realidad paralela que, por casualidad, sólo coincidía con la vida cotidiana de Chochonistán, una antigua república soviética independizada en 1990 y consagrada, desde entonces, al cultivo del opio. Visto lo visto, Chochonistán había decidido clausurar toda su industria informativa para adquirir, diariamente, diarios españoles. Con lo que ahorraban, habían construido un parque acuático en el desierto de Gobi.

Ojeamos las portadas del día. El País arrancaba con un “Mariano Rajoy se aparece a tres pastorcillos”. El Mundo se estiraba con un “Rivera demuele ocho diputaciones con su poder mental”. El barcelonés La Vandurria brillaba con luz propia con un “Puigdemont, tras cambiar el calendario juliano, de manera que un mes pasa a ser 8 años, asegura que la independencia sigue programa-

da para 18 meses”. La Raza con un “Las pruebas: Podemos planea sustituir el concurso de Miss España por el de Miss Venezuela, en lo que es un atentado a la belleza de la mujer racial española”. El valenciano La Veu de la Vicenteta se descolgaba con un “La destrucción de la costa levantina garantizará la existencia del amenazado cocodrilo de agua salada”. Me fijé que todos los diarios tenían en portada algún artículo o repor que trataba al zombi desde una perspectiva positiva. ABC: “El Santo Apóstol Santiago fue zombi”. Lo Carquinyoli Català: “El primer zombi va ser de Sabadell”. OKCorral: “Franco engañó a Hitler con su proverbial ingenio, y no entregó zombis que reclamaba la Gestapo”. Y, por todo ello, me percaté, de repente, de que teníamos una prensa zombi -un zombi es, de hecho, un vivo muerto, un vivo paralelo-, que jamás informaría de la Transición Zombi -supongo que también modélica, y bla-bla-bla- que estábamos viviendo-.

Fue en ese momento cuando Rajoy emitió sus primeras señales comunicativas. Señaló un Marca y dijo:

-- Maaaarcaaaa.

Le compramos el diario deportivo y nos fuimos al bar. Estadella pidió unas tortitas, yo un spritz y Rajoy esa horchata que piden los zombis cuando recuperan el habla. Rajoy, más contento que

una anchoa, leía El Marca como un poseso. Lo que dijo a continuación, sin apenas levantar la vista de El Marca, nos hizo empezar a sospechar que llevaba la tira en estado zombi.

-- ¿Quién ha ganado la Liga?

-- El Barça.

Rajoy me miró con cara de tipo listo y conspicuo, y me preguntó:

-- ¿Y la europea?

Poco a poco se fue interesando por problemas y realidades que no estaban relacionados con la Liga BBVA. Como los resultados de Segunda, Segunda B, Tercera A, B, y C, divisiones inferiores, la Liga de Fútbol Sala, la de Voleibol femenina, y el estado de ánimo y personal de James. No fue hasta mucho después que empezó a preguntar por fenómenos de corte internacional.

-- ¿Qué ha hecho España en los Juegos Olímpicos?

-Presidente, un diploma más y la delegación española hubiera conseguido el graduado escolar.

-- ¿Tan mal?

-- Hemos ganado a Francia en lucha canaria, y a la inglesa a orujos- dijo, animoso, Estadella.

Aproveché que el cerebro de Rajoy se estaba poniendo al día para soltarle el caso de la cosa.

-- Presidente, esto... Debe saber, por si no lo sabe, que es un zombi.

-- Sí, claro. A mí me lo va a decir.

-- ¿Desde cuándo lo es?

-- Uy. La tira. Justo antes de serlo recuerdo que aún pensaba que la prima de riesgo era la hija de la hermana de la madre de Mihail Riesgo, centrocampista húngaro.

-- ¿Hace dos legislaturas?

-- Las hará. El tiempo pasa volando cuando eres zombi.

-- Lamento tocar el tema pero... ¿De qué se ha alimentado todos estos años?

-- Parados. Ha sido la única manera de bajar las estadísticas. Y no ponga esa cara. Teniendo zombis me río yo de Keynes. Con medio millón de zombis, llegábamos al pleno empleo en una semana. Un millón de zombis y volvemos al G7. Y nos lo comemos. Medio millón más y se soluciona el problema vasco y catalán, de manera que un Ortega zombi podría publicar, por fin, La España Vertebrada. Dos millones de zombis y el Rif vuelve a ser español. Una población del 100% de zombis y nos zampamos, literalmente, Sudamérica, restablecemos los virreinos y aún podríamos invadir Polonia, esa espina clavada en el centro-derecha español.

Lo tengo todo calculado.

Miré a Estadella. Alucinaba y tomaba notas. Seguramente para un artículo que se titularía “Por un Mundo Constitucionalista”, con el que ganaría el Premio Millán Astray de Periodismo Cívico, 40.000 pepinos.

-- ¿Ha mordido a mucha gente? - pregunté a Rajoy.

-- Lo normal.

-- ¿A quién ha mordido? Quiero decir, ¿a quién ha mordido de entre los all-stars de la política española?

-- Me zampé a Rita Barberà, con lo que regeneré el PP valenciano, aunque, posteriormente, estuve varios meses sin ingesta. Que jartá. Menos omega-3, esa mujer tenía de todo. Fue, si lo recuerdan, aquellos meses en los que subió el paro. Después, que yo recuerde, mordí a Sánchez. Un muerdo sencillo y programado, para expandir el virus zombi por el bipartidismo. También caté el cuello de Francesc Homs, durante las negociaciones para lo de la Mesa. La idea era expandir el negociado zombi también en Catalunya, como en los viejos tiempos.

-- ¿Y a Rivera? ¿Le mordió?

-- ¿Rivera? ¿El chico? No, que yo recuerde. ¿Para qué?

Rajoy hizo unos minutos de silencio mientras meditaba.

-- Eso lo tuvo que hacer el Jefe.

-- ¿Merkel?

-- He dicho el Jefe, no la Jefa.

Había un primer zombi, un zombi alfa-omega por encima de Rajoy. Le hice la pregunta del millón de dólares a Rajoy.

-- ¿Quién le mordió, Rajoy?

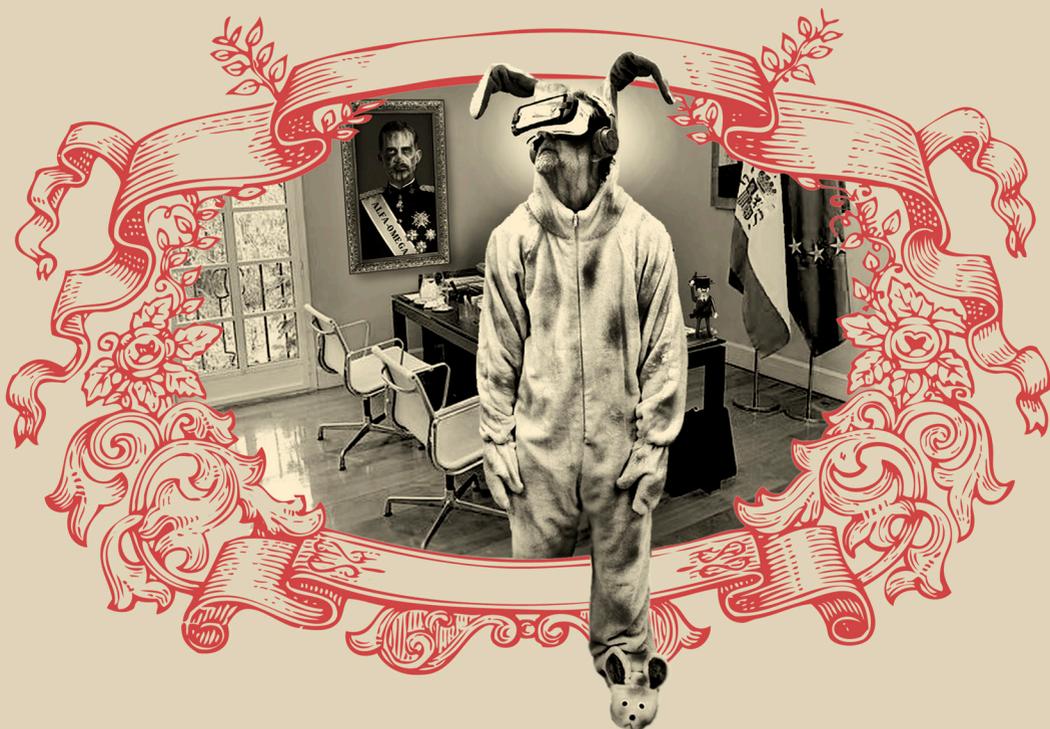
-- No puedo decirlo. Le protege la Constitución.

Ya estábamos otra vez. Decidí practicar una táctica que no había utilizado con Rivera, cuando era novato en este Vietnam zombi. La guerra psicológica.

Empecé a pegarle collejas a Rajoy. Hasta que por fin cantó.

-- No puedo decírselo. Pero en mi despacho de Moncloa lo tengo anotado en mi diario. No me pegue más collejas en la cabeza, por favor, que tengo que hacer quinielas.

-- Estadella, pregunte a un esbirro cómo llegamos a Moncloa, que vamos que nos vamos.



20.

En el que se descubre, en Moncloa, quién es el zombi alfa-omega.

Estuvimos ganseando un poco en el subsuelo madrileño diseñado por Esperanza Aguirre. Rajoy fue al Bernabéu Paralelo, en el que jugaba un Madrid Paralelo, entrenado por Mourinho. El Capitán Estadella fue a visitar una retrospectiva de Juan de Ávalos y una expo sobre Arte Degenerado en el Princesa Sofía Paralelo. Y yo me fui a la Plaza Santa Ana Paralela. En vez de palomas había loros, de manera que le expliqué mi vida a un loro.

-...Y entonces Quimetta me envió al guano. Y ahora mismo, por otra parte, nos vamos a Moncloa, a ver qué.

-Lo tienes chungo, García -dijo el loro.

A la hora convenida, quedamos en un NH paralelo. Dormimos en una triple. Rajoy, por cierto, ronca. Desayunamos dos negronis y un spritz y, siguiendo las instrucciones de un esbirro, tomamos la línea de monorraíl que nos dejaría más cerca de Moncloa.

-Les pillaría más cerca el AVE Paralelo a Las Hurdes. Pero como el trazado aprovecha diversas propiedades que tenía en el subsuelo el marido de Aguirre, tendrían que ir vía Anchorage, Alaska, lo que les retrasaría. Si no tienen prisa, es un viaje bonito.

Pueden pararse a ver las cataratas de Iguazú, de singular belleza. En efecto, el monorraíl nos dejó en las Quimbambas. Para llegar a nuestro destino sin levantar sospechas, fuimos hasta Moncloa simulando ser sportmen, al paso de Rajoy cuando hace running. Lo que nos provocó ciertos equívocos mientras atravesábamos Chueca. Nos detuvimos, a lo largo del recorrido, para varias ingestas de cochinitillo. Finalmente, cuatro horas después, accedimos al Palacio de la Moncloa, en el que fuimos recibidos por un par de miembros del Benemérito Cuerpo Armado, vestidos, como es normal en Moncloa, de pretorianos.

A nuestro paso vimos que todo el funcionariado y cargos políticos y técnicos eran zombis.

-No me miren. La mayoría ya estaba así cuando llegué -dijo Rajoy.

Fuimos directos al despacho de Rajoy. Era el típico despacho de un Presidente de Gobierno Zombi. Sobrio y funcional, y presidido por varias banderas zombis. Sobre su mesa, tres teléfonos. Uno rojo, otro negro, otro blanco, y un gran botón, también rojo.

-El rojo es de la UE. El negro es del Ibex. El blanco es de Bet&Win. Y sólo me da alegrías.

-¿Y el botón rojo? -Pregunté.

-Es lo mejor de todo. Es el botón de gobernar. Lo aprietas -lo apretó-, y la maquinaria del Estado se pone en movimiento a toda castaña.

Mientras Rajoy le explicaba a Estadella el arte de gobernar, me fijé en el botón. Estaba conectado a un cable. Lo seguí por varias salas. Daba al calentador de Moncloa. Cuando volví al despacho, Rajoy estaba concluyendo su perorata.

-...Esto de gobernar estaba tirado. Podías hacer lo que quisieras, siempre y cuando no tocaras nada. “Que ha costado mucha pasta montarlo”, nos decían. Si había alguna duda, te llamaban por el teléfono rojo. Cuando todo acababa, llamabas por el negro y en un plis-plas estabas en Endesa. Pero todo se fue a la mierda con esta crisis. Había que tocarlo todo. Precisamente nosotros, una generación que habíamos llegado hasta aquí poseedores de un gran saber: no tocar, lo dicho, nada, e ir tirando yardas. Empezó Zapatero, el pobre. Y mira como acabó. Bueno, esperemos que ahora, como zombis, nos vaya mejor. Un zombi es un muerto, y un muerto no pide mucho a la vida. Precisamente...

-Mariano, su diario.

-Ah, sí. Mi diario. Disculpen.

Rajoy accionó el interfono.

-Paquita, mi diario, tenga la bondad.

Al momento entró una secretaria zombi. Gruñó algo y entregó el diario.

-Claro, puede tomarse el resto del día libre. Que se mejore su hijo. Rayos -se dirigió a nosotros-, entiendo el zombi. Soy el primer presidente políglota en la historia de España desde 1939. Otro récord.

Le arranqué el diario de las manos. Empecé a ojearlo. Empezaba en Noviembre de 2011, cuando accedió al cargo. Leí de un tirón los primeros 100 días. En cada página ponía “nada”.

-He intentado ser discreto. Tampoco voy a ser el primer Presi, desde Azaña, que lo raje todo en su diario. En ocasiones, en algunos días especiales, he intentado vertebrar un punto de vista más íntimo, en el que hablo abiertamente de mis sentimientos.

-Sí, el 20 de mayo de 2012 escribió: “nada, salvo que me pica un huevo”.

-¿Lo ve?

Fui avanzando páginas. Llegué al 2 de Junio de 2014, fecha de la abdicación de Juan Carlos I. En el diario personal de Rajoy quedaba anotado: “nada”.

-Bueno, al menos sabemos que durante el reinado de Juan Carlos

I usted no era un zombi.

-Es opinable. Pero creo recordar que no. Lo que sí que llevaba años zombi era la prensa. Recuerdo el titular de El País de aquel día. “El rey abdica para garantizar las reformas que España necesita”. Que son huevos, porque ya las habíamos hecho todas. Desde entonces, las únicas reformas que hemos hecho han sido, con un par, la Ley Mordaza y la reforma del Tribunal Constitucional, que puede bombardear Varsovia cuando quiera. Y nadie ha dicho ni pío. Visto lo visto, llegar a una democracia zombi era cuestión de tiempo. Como zombis, todo puede ir sólo a mejor. Lo peor de la crisis ya ha pasado.

De pronto, mi vista se detuvo en el 19 de Junio del mismo año. Leí: “Nada. Bueno, no, que han coronado a Felipe VI. Primera recepción oficial con el nuevo rey. Es muy simpático y está sobradamente preparado y bla-bla-bla. Departimos. Me explica su proyecto reformista y, posteriormente, me muerde”.

Ojeé los 28 días posteriores. “Nada”. Posteriormente al 28 día después del muerdo, el palabro “nada” quedaba sustituido por un garabato.

-28 días después del muerdo ya era un zombi, Mariano. Aun así, perdida la capacidad del habla y de la escritura, siguió haciendo

rayotes en su diario.

-Soy un hombre de costumbres.

-Mariano: fue el rey quién le mordió. ¡El rey es el zombi alfa-omega!

-Llegados a este punto, no hay nada qué hacer -dijo Estadella.

-Qué se cree usted eso -dije.

Ideé un plan en escasos segundos. Y lo empecé a llevar a la realidad inmediatamente:

-Rápido, Mariano, ¿no tendrá 20 euros para un taxi?



21.

En el que, chinos aparte, Iglesias es la gran esperanza blanca.

En el quiosco del Palacio de la Moncloa pillé mis dos marlboros. Guardé 10 pepinos para mi plan de pensiones, que descapitalizaba continuamente, y pedí a Rajoy que nos pillara un coche oficial a la voz de ya. Ya en el coche, un Capitán Estadella atónito intentaba comprender la secuencia.

--¿Qué pretende?

--Solucionar la situación. Por primera vez haré como un periodista de su generación, pasaré de explicar lo que pasa, y me pondré a recetar soluciones como un poseso.

--Pretende cargarse al rey, colijo. Sepa que no estoy de acuerdo. Es más, la monarquía es el sello y garantía democrática de España. Desde hace siglos. Sin ella, esto sería Rumble Fish. Ahí tiene a Fernando VII, jurando no sólo una vez, sino dos, la constitución más adelantada de su tiempo. Que se la pasara por el forro sólo compete a él y a la Divina Providencia. Y le advierto que, estas cosas, a la Divina Providencia, se la sudan. Gracias a él, no obstante, no hubo terror revolucionario extranjerizante. Hubo del otro, 100% español y por un tubo, pero eso sería otra cuestión.

Su hija, Isabel II, fue la primera monarca en diferenciar el patrimonio público del privado, algo fundamental en una monarquía constitucional. Que acabara con el público y multiplicara el privado, son detalles que sólo competen a ella y a Dios. Que, como pasa de todo, supongo que será la diosa Kali. Alfonso XII paralizó la deriva democrática en España, sí. Pero, ¿qué quería usted? ¿Otra Cataluña en mitad de Cartagena? ¿Una España Xanadú en la que todo el mundo follara como un cafe? ¿Quién haría la zafra? ¿Quién llevaría la caña al ingenio? ¿Usted? Alfonso XIII fue un dinamizador de la economía. Un emprendedor. Que la sociedad no entendiera que la participación de sus empresas, y las de sus amigotes, en la guerra de África sólo traía riqueza, sólo se explica en el retraso y cerrazón español. En el exilio, más allá del deber, siguió luchando por la implantación de la democracia en España. Es más, fue él quien solicitó a Mussolini, en lo que sólo se explica como sacrificio, la participación de la aviación italiana en aquella cruzada entre liberalismo y bolchevismo que fue una guerra civil entre hermanos. Su hijo Don Juan, liberal y aliadófilo, con riesgo de su vida se presentó voluntario en la columna Mola, aquel filántropo, para, sin duda, defender la Constitución. ¿Y qué decir de don Juan Carlos, partidario siempre de la

legalidad vigente, incluso cuando no la había? Gracias a toda esa dinastía estamos, en fin, en Europa, a pesar de haber exterminado a tantos seres vinculados con la tradición occidental. ¿Y Don Felipe? Sí, puede ser que sea un zombi, pero tendrá sus razones, que no nos competen. Yo, en la vida privada, no entro. Además, si lo es, seguro que es el zombi más preparado de la historia española, o la prensa libre española nos habría informado.

--No corra tanto, Estadella. No voy por ahí. No pienso pelarme al rey.

Repetí eso último varias veces, no fuera que esto fuera una novela o cualquier otro producto de ficción, y me condenaran a galeras en la Guyana, como a un vulgar titiritero, un cantante de rap, un cómico, o un concejal madrileño.

--Lo que pretendo -proseguí- es un plan B. Y para ello necesito mi teléfono móvil que, recuerde, está en la frente de Rivera. Chofer -dije al chofer, mientras bajaba la mampara que me comunicaba con él-, ¿conoce Tu Puta Madre Feliz?

--¿Y quién no? ¿El I, II, o el III?

--El I. Vayamos siempre a los clásicos.

--Coño, hay un cochinito en el mueble bar del buga. Los abogados del Estado piensan en todo.

Esto último lo dijo Rajoy.

Llegamos a Tu Puta Madre Feliz I en un periquete. Le dije al chofer que no bajara la bandera, y descendimos del coche a toda milk. Nos topamos de morros con el Señor Chang. Hacía tanto tiempo que no lo veía que lo encontré envejecido.

--¡Galcía! Dichosos los ojos. Que la diosa Lu-Xia, patlona china de los invidentes, me los conselve. ¿A qué coño venil? ¿A estas alturas del paltido venil a flegal platos?

--Señor Chang, estoy recién separado, con lo que no entra en mis planes fregar un plato en lo que me queda de vida. Por otra parte, le he montado en el dólar. No sólo debería agradecérmelo, sino iniciar una cuestación para ponerme una placa en Tiananmén, y preguntarme qué diablos deseo de usted.

--¿Qué diablos quiele?

--Un privado. Traiga a él una decena de cochinitos laqueados y, con la comanda, un spritz y al zombi Rivera.

--Rivera muy buen zombi, no como Sabina. Sabina da acojone. Somblelo sel yuyu.

El Señor Chang nos condujo hacia el reservado de su establecimiento. En el camino atravesamos el salón, repleto de zombis intelectuales. Todos, como en un hospicio de Dickens, se pusie-

ron en pie y se peinaron los pelos con las manos. Deseaban dar buena impresión, ser adoptados y salir de aquel infierno.

--Rivera, tu venil con Galcía -dijo el Señor Chang.

El resto de zombis suspiró, defraudado. Otro día sería la adopción. Tal vez, nunca. Volvieron apenados a sus sillas. Alguno lloraba, como Sabina.

Ya en el reservado, Rajoy y Rivera se saludaron.

--Presidente.

--Chico.

Y yo, sin mediar palabra, me puse al tajo.

--Rivera, busque en mi agenda Prensa de Podemos. Llame pidiendo cita con Pablo. Pero para ya.

--Ah, ya le entiendo -dijo Estadella-, pretende entregar el Gobierno de España al populismo.

--Pretendo entregarlo al único político vivo, Estadella.

--Me dicen que si quiere hablar sobre un encuentro con Pablo, que utilice wasap -Rivera dixit.

--Haga, Rivera.

--Me dicen por wasap que mejor por Telegram, que es software libre.

--Mande por Telegram, Rivera.

--Me dicen que lo pasan, que ya dirán. Pero que está muy liado. Que si nos da igual hablar con el número 3 por Zamora.

Al cabo de una hora y 5 cochinitos laqueados más, Rivera volvió a tomar la palabra.

--Que me dicen que ha salido un Telegram aún más chachi, que garantiza que no ha recurrido al trabajo infantil en la selección y contrato de sus programadores. ¿Me lo bajo?

--Se lo baja.

Dos horas después, y tras explicar mi vida, en código cifrado y software libre, desde el último día que vi al Señor Jabugo, Rivera abrió la boca de la cara y dijo:

--Ok. Nos vemos en 20 minutos en el bareto de la Calle del Pez, Malasaña.

Necesitaba mi teléfono, así que me llevé a Rivera. Estadella venía, por lo visto, en el paquete. Me despedí del Señor Chang. Le dije que me llevaba un zombi, pero que dejaba otro.

--Como dice probelvio chino, los zombis que entlan pol los que salen.

Al cruzar el salón de los zombis, volvieron a ponerse en pie, a repeinarse, a suspirar, a llorar. Daban pena. Un muerto apena tanto como un vivo.

No pude emitir más reflexiones sobre la vida y la muerte. Íbamos a darle una sorpresa a la vida política de este país. Pero la sorpresa nos la llevamos nosotros.



22.

De la soledad de los cochinitos a cómo entrar en la Ciudad Prohibida.

Lo que pasó a continuación fue un giro inesperado.

Entramos al bar en el que habíamos quedado con Pablo Iglesias. Lo vimos allí al fondo, rodeado por un círculo íntimo, que rompimos con nuestra irrupción. Expliqué de corrillo todo lo que había pasado en las últimas semanas, ante un Pablo Iglesias que escuchaba cabizbajo.

--...Y, vamos, que no queda nadie en el arco parlamentario que no sea zombi. Bueno, quizás los de Coalición Canaria, que van una hora atrasados. Hay que hacer algo urgentemente. Usted es el único político vivo, que mantiene la temperatura de 37 grados. Debe tomar el poder. Por otra parte, la Monarquía está de un zombi subido. Proclame la República. Nadie le hará nada. Puede declararla federal, o bananera, o de las letras. El vacío de poder es absoluto y nadie le dirá ni mu. Bueno, se lo pueden comer. Pero eso pasa siempre.

Iglesias se irguió, momento en el que pudimos ver su rostro. Era un zombi. Abrió su boca, a través de la cual, sin circulación de aire, emitió un rugido. Era un zombi. El rey le debió de morder

durante los encuentros con los líderes de grupo parlamentario. Esas reuniones, por lo que estaba viendo, eran como yo cuando tenía 14 años e iba al reservado de la disco de tarde. Todo el mundo salía con un chupetón en el cuello.

--Hola, tronco -Dijo Rivera-. Bienvenido al lado oscuro de la fuerza.

Iglesias volvió a rugir. Me pareció entender, por un segundo, que había dicho “patria”.

--Coño, Estadella, este tío está zombi.

--Preferimos llamarle zombo. Para no encasillar al zombi en un género determinado -Dijo un asesor del círculo íntimo.

--¿Le puedo dar candela?-Dijo Estadella.

--Estadella, ha decapitado al PSOE. Hasta Cervantes salvó de la hoguera al Tirant lo Blanc, al Amadís y al Palmerín.

--¿Lo qué? ¿Eso es que me lo cargue?

--Haga lo que quiera.

Salí del bar con mi teléfono/Rivera, dejando atrás a Estadella. Iglesias era un zombi. No quedaba ningún político que no lo fuera. Había que hacer algo para parar todo esto. Y lo tenía que hacer yo, la única persona al corriente de todo lo que estaba pasando, sin confiar mucho en la ayuda de Estadella, más dado a

decapitar la izquierda española que, empezaba a temerlo, a enfrentarse con el zombi alfa-omega, que los había contagiado a todos. Una vez muerto el Plan B, tendría que recurrir al Plan García. Es decir, tirar para adelante, sin muchas ideas y sin los 20 euros que no le había podido levantar a Iglesias, con las prisas. Empecé, así, a meditar cómo diablos podría entrar en la Ciudad Prohibida de Zarzuela.

--Rivera. Busque en mi móvil Prensa Casa Real.

--Hecho.

--Llame. Diga que soy Johnny García, corresponsal de New York Times para España y Mozambique, y pida una entrevista.

Rivera, lo hizo.

--Que no es costumbre de la Casa Real ofrecer entrevistas, me dicen.

--Ok, saquemos la artillería pesada. Envíe mail. Diga que me llamo Pamela García, corresponsal de la BBC que está que cruje, y pida entrevista con el rey. Haga especial hincapié en mi radiante juventud y lozanía, en mi voluminosa talla de sostenes y en mi total falta de autoestima, sin duda motivada por un padre distante.

--Ya está. Lo dicho. Que no es costumbre de la Casa Real ofrecer

entrevistas.

--Giro de 180 grados. Mismo mail. Firmado por Rocco García, de los García de Yorkshire de toda la vida. Substituya los anteriores hincapiés por estos otros: me gusta la decoración de interiores y, durante mi escolarización en Eton, vencí las noches de frío y soledad gracias a la fraternidad con alumnos destacados del equipo de rugby.

--Que nada. Que no es costumbre.

--Este rey no es como su padre, eso queda claro. Igual es como su madre. Otro mail. Le dicto: Me llamo Iker García y, para mi próximo programa, Trinono Milenio, me gustaría entrevistarle sobre sus experiencias paranormales cotidianas.

--Me dicen que se ponga flores.

Improvisé otras mails. Como Borja García, redactor de Jara, Sedal y Elefantes. Nada. Como Jordi García, redactor de la revista económica Evasión. Nada. Como don Práxedes García, redactor de Ser Padres Constitucionales. Nada. Como Domenico García, redactor de el Cuñado Perfecto, revista especialidad en ofrecer métodos seguros para hacer desaparecer a cuñados problemáticos. Nada. Como Tomás García, redactor de la revista Animador Extrovertido de la Selección. Nada. Como Cristian García, re-

dactor y fundador de El Cobrador de El Ocaso, revista especializada en tíos que siempre llevan el mismo traje. Nada. Nada de nada.

Estaba desesperado cuando, de pronto, tuve una última idea.

--Rivera, la hemos cagado completamente. El rey nunca nos concederá una entrevista o cualquier tipo de acceso a la Ciudad Prohibida.

--Hombre, si tiene prisa, un método infalible y milenario para entrar en una Ciudad Prohibida es cortarse las pelotas, y pasar a ser eunuco. Todo ello, según nuestra propuesta, a través de un contrato único. ¿Le pido el hacha a Estadella? -Rivera miró hacia dentro del local-. Parece que ya le queda poco...

--Está claro que usted es el cirujano de hierro que España aguardaba desde Joaquín Costa. Pero no. Apunte. Voy a dictarle.

--Cante, García.

--A la atención de SAR Letizia. Estimada señora, le escribo para solicitarle una entrevista urgente, dado que su campo de estudio coincide plenamente con la línea de la revista que dirijo, escribo, publico y reparto en bicicleta. ¿Lo tiene, Rivera?

--Lo tengo. ¿Cómo lo firmo?

--Doctor García. Director de ¿Ha Visto A Mis Tetas?, revista top

al servicio del profesional de la cirugía plástica.

--Firmando y enviado.

Aguardé pacientemente la respuesta. Como que esperar es más glorioso con tabaco, le pedí 20 euros a Rivera para un taxi. Rivera rebuscó en su cartera.

--Aquí los tiene. Los últimos. Lo siento. Cuando me hice zombi no sabía que estaría tanto tiempo fuera de casa.

--Se agradece, Rivera. No creo que necesite más 20 euros para ningún taxi en el resto de mi vida.

Compré dos marlboros. Fumé un pito. Hice cuentas mentales. Aún tenía, con el cambio y otras calderillas acumuladas, para un taxi.

--Alguna noticia, ¿Rivera?

--Ninguna. Calma chica en el mail.

Fumé otro pito.

--¿Y ahora?

--No.

--¿Y ahora?

--Nones.

--¿Y ahora?

--García, está rayando a un muerto, no le digo más.

--Lo siento.

--Un momento, García. Respuesta de la Ciudad Prohibida.

--¿Que dicen?

--Le leo. “Estimado García: Para mañana es tarde. Le espero en la Ciudad Prohibida, Pabellón de la Divina Prótesis Armónica. Atentamente: Letizia”.

En ese momento salió el Capitán Estadella del bar, limpiando su hacha.

--¿Qué, dónde vamos, García? ¿A casita?

--No, a Zarzuela.

--No me joda.



23.

“Le Roi te touche, et dieu te guérit”

Cuando llegamos a la Ciudad Prohibida, la Guardia Real, vestida con su uniforme de verano, que es como el de la guardia de la bruja en El Mago de Oz, estaba realizando el vistoso cambio de guardia, interpretando a pleno pulmón la canción característica. Algo, de por sí meritorio, lo era mucho más si pensamos que la Guardia era, en su absoluta totalidad, zombi. Observamos la coreografía varios minutos, hasta que por fin me acerqué hasta la garita.

-- Buenas, me llamo...

El guardián de la garita, zombi, me interrumpió.

-- García. Vienen a ver a la reina. El zombi no puede pasar.

-- Rivera, ya lo ha oído.

-- Pero... Quiero ver a mi hacedor.

-- Dura lex sed lex-- le dije-- . ¿A qué jode?

Guiados por un cabo furriel con uniforme de gala de Regulares -que entraba dentro de lo que la OMS describe como un zombi-, fuimos atravesando las salas y pabellones que nos separaban del punto en el que estaba fijada nuestro rendez-vous. Atravesamos,

que yo recuerde, el Pabellón Celestial del Fondo de Inversión Saudí, el Pabellón Nóos de la Armonía y las Garzas por un Tubo, o el Pabellón de Concubinas La Honorable Lunares. EL cabo furrriel con uniforme de gala de Regulares abrió, al fin, la puerta del Pabellón de la Divina Prótesis Armónica. Era gigantesco y muy zen. Al final de la sala vacía estaba Letizia, sentada en un trono Ming. Era una zombi. Estadella avanzó hasta ella poniéndose a cuatro patas cada diez pasos.

-- Majestad, no somos dignos- dijo Estadella, cuando llegó hasta ella.

-- No, no lo somos. Bueno, al turrón. Porque me imagino que no han venido aquí a hablar de tetas.

Letizia acertaba. Si bien, yo mismo no acababa de comprender a qué habíamos ido. Tal vez sólo a cerrar esta historia. Por pura curiosidad existencial. Es decir, por el Destino, esa fuerza inape- lable. Letizia prosiguió:

-- Supongo que tendrán muchas preguntas. Pero yo paso, que tengo Pilatos.

-- ¿Pilates? Oh, su majestad es un ejemplo de praxis deportiva.

-- He dicho Pilatos, Estadella, y no pilates. Se trata de una reunión con Pilatos, el rey de Judea. Un zombi como la copa de un

pino desde hace la tira. Me hace coaching. Bueno, aquí les dejo. En breve todas sus preguntas les serán satisfechas. Para eso están aquí. Si he respondido a su mail insultante es, precisamente, porque esa era la única forma de que entraran en la Ciudad Prohibida sin que su documentación fuera registrada.

Letizia se levantó y se fue por una puerta aledaña al trono. No sin antes despedirse con un “Hasta la siega del pepino, pollos”. No había transcurrido ni cinco minutos cuando la puerta se volvió a abrir. Era el cabo furriel con uniforme de gala de Regulares.

-- Su Majestad el rey de España- dijo.

Y, en efecto, entró Felipe, que avanzó hasta el trono, diligente.

-- Jodo, es un zombi- le dije a Estadella.

-- Hombre, zombi, zombi... Sí que tiene un parecido últimamente con Bashar al-Assad, pero...

-- Mis parabienes. ¿Os apetece algo? Yo me tomaré un cochinillo. Paquito- dijo al cabo furriel con uniforme de gala de Regulares-- cochinillo como para una boda.

-- No se moleste, gracias- dije.

-- Ahora no, pero seguro que después te apetece. Es más, estoy por decir que en breve te comerás media docena de un tirón. Hoy se cumplen 28 días desde que te mordió Sánchez, ¿verdad?

Rayos. No me acordaba. Hoy era el día de mi reconversión en zombi.

-- García, imagino que no eres de los García de Yorkshire de los de toda la vida. ¿De dónde te viene la gracia? ¿Quién era tu padre?

-- No lo sé. Hizo un bombo a mi madre y desapareció.

-- ¿Tu madre no se llamaría, por sobrenombre, La Lunares?

-- Más bien no. Se llamaba María Cinta. Murió hace años.

-- Lo siento. Supongo que, no obstante, estarás al día de mi familia. Como sabrás, reinamos en Francia. Allí teníamos una suerte de superpoderes, como la Patrulla X. Por Toque Real, es decir, por imposición de manos, curábamos los lamparones. Ponías las manos encima de un pringuis, le soltabas un le Roi te touche, et Dieu te guérit y, hala, a casa sin lamparones.

-- ¿Lo qué?

-- La escrófula, Estadella. Sí, como superpoder es una mierda pinchada en un palo. Además, la rama española perdió ese don al cruzar los Pirineos, en el siglo XVIII. Pero recuperamos otro, al cruzarlos en sentido inverso, en 1868, echando leches.

-- ¿Qué poder es ese?- pregunté

-- Nada.

-- ¿Ninguno?

-- No. He dicho nada, no ninguno. La Nada es importante. La Nada es tan basta que puede ser el Todo. ¿Qué es el espacio infinito sino Nada y Todo? Cuando volvimos, en 1874, lo hicimos ungidos por ese nuevo poder. Gracias a él, el proceso democrático más avanzado de Europa pasó a ser nada. La nada duró varias generaciones. Cuando dejó de existir, volvimos a crearla, otras tantas generaciones. Cuando se disipó, volvimos a crearla. Y en eso estamos.

-- ¿Califica la democracia española como la nada? No me fastidie, que llevo cuarenta años adjetivándola con todos los adjetivos chachis del diccionario. Sólo me queda la Z. Lo que es un lío. ¿Sabe que no existe la palabra “zexy”? - dijo Estadella.

-- No, era una democracia europea apañada. Pero tiene mérito que solo sea eso, con el subsuelo repleto de fosas. Por aquí abajo hay tantas víctimas de zombis bajo tierra que, en un millón de años, España entra en la OPEP. Fijo. Volviendo a tu pregunta, Estadella, hicimos, vamos, lo mismo que en el resto de Europa. Pero tras generaciones de nada, y sin pagar el precio que se pagó en Europa. Es decir, existiendo. Y no pasó nada. Tiene mérito.

-- ¿Eso fue gracias a la nada?

-- Bingo, García. Ahora Europa vive una crisis democrática como el carajo de una vela. Lo que había se ha acabado. La nada pasará por otros sitios y formas. Puede pasar de todo, pero yo preferiría, y llámelo una tradición familiar, que no pasará nada.

Recordé lo que me había explicado, crípticamente, Iceta, en la Habitación del Miedo del PSC. Empezaba a tomar sentido.

-- ¿Por eso han vuelto a morder? ¿La nada es morder, fabricar zombis, muertos vivientes, nada...?

-- En efecto. Fabricamos zombis cuando es necesario. Y no minusvalore ese superpoder. En Europa, las monarquías fueron efectivamente destituidas. Por aquí abajo, ha sido reiteradamente reinstaurada. Y todo gracias a la nada. Dejamos de morder hace cuatro décadas. Íbamos tirando con la prensa local, esa nada. Si se fija, este es el único país del mundo en el que es más probable que un periodista se quiera casar contigo, que no que te quiera montar un Nuremberg.

-- Te he oído, mamón- dijo Letizia, desde la colindante Sala Piletos de la Gran Flor del Loto.

Felipe hizo caso omiso al off femenino.

-- Pero creo que ahora es necesario volver a morder, para que no ocurra nada. Nada de nada. Qué es lo que está pasando con la

que está cayendo.

Se creó un silencio en la sala. ¿Cómo iba a acabar esto? ¿Me mordería? No, que ya me habían mordido. ¿Me darían una embajada cuando en breve fuera zombi? Pintaba que no, a juzgar por la cara de la rama Glücksburg que en esos momentos me dirigía el rey.

-- ¿Qué piensa hacer con nosotros? Estadella y yo somos los únicos que sabemos toda esta trama.

-- Nada. ¿No te lo he dicho? Pensaba que lo haría la naturaleza. Ya deberías de ser, de hecho, un zombi. Lo hará Estadella, un hombre con una rica vida interior que, por ejemplo, no te dijo que, el mismo día que te mordió Sánchez, también le mordió a él en el tobillo. ¿Estadella, a que esperas?

Miré a Estadella. En efecto, Estadella era un zombi. Se había transformado durante nuestra conversación. Él, a su vez, me contempló a mí. Emitió un rugido zombi, sacó de su americana su hacha, y se me abalanzó.

Justo en ese momento, por la puerta aledaña, entró el cabo furrriel con uniforme de gala de Regulares. Llevaba una plata con docenas de cochinitos, que paró el primer hachazo de Estadella.



FUMBUINDO

24.

Deus ex machina.

Aprovechando la primera impericia del Capitán Estadella con el hacha, llegué corriendo hasta la puerta del Pabellón, con Estadella echándome el aliento en la nuca. La abrí. No lo sabía, pero la puerta daba hasta el Jardín del Copón Bendito de Flores de Loto del Armónico Encuentro de Franco y Juan Carlos con Nixon y Kíssinger, lo que es, en cierta manera, un dato topónimo y anecdótico. Lo que no lo es tanto es lo que pasó a continuación. Al abrir la puerta se produjo una explosión sorda de luz desde el exterior, que me cegó los ojos. Así, cegado, esperé el golpe de hacha de Estadella. Que no se produjo. Al girarme para intentar comprender lo que había pasado, pude ver que Estadella estaba paralizado, con su hacha a escasos centímetros de mi cuello. Pude ver también, al fondo, como el rey, el cabo furriel con uniforme de gala de Regulares y Letizia, que asomaba parte de su rostro por la puerta aladaña al trono, también estaban congelados. El tiempo, así lo parecía, se había detenido.

Volví a orientarme hacia la luz cegadora. Me hice una visera con la mano, para intentar gipiar algo. No veía nada, salvo pura luz.

Aún así, notaba en la luz algún tipo de presencia. En efecto, entre tantas ondas lumínicas había alguien. Y ese alguien me habló.

-- Claato Barada Nikto.

Me quedé de pasta de boniato. Pero si lo escuchado era sorprendente, lo que la presencia me dijo a continuación ya era para perder la razón:

-- García, soy tu padre- dijo- siéntate, que lo que te voy a decir trae cola.

El ente que se autodenominaba mi padre, creó de la nada una silla Barcelona a mis espaldas. Me senté. La luz se difuminó del todo y pude ver, en efecto, a un hombre, más joven que yo, y con un aspecto familiar a mi fisonomía, que extendía su mano y me ofrecía un marlboro.

-- ¿Un pito? Van muy bien para la salud. Pero no en esta vida. En la próxima, que transcurre en otra dimensión. Pura teoría de cuerdas. Me pregunto cómo lo descubrieron los indios siboney.

-- ¿Eres el fantasma de mi padre, como en Hamlet? - dije.

-- No. Soy tu padre. A secas. Pero de creer a tu madre, también soy un tanto fantasma. Bueno, empezaré por el principio. Soy extraterrestre. Tenemos una base en la cara oculta de la Luna, en la que mantenemos contactos oficiales con los americanos. Habla-

mos de chorradas. Un día les pasamos los planos del microondas. Hace muchos años que venimos a la Tierra a investigar. De hecho, tenemos también una base estable en España.

-- ¿Y eso?

-- El sol y la comida molan. A parte, el pop es americano, como en todas partes. A lo que iba: una noche, después del trabajo en el laboratorio, salí y conocí a tu madre. Una cosa llevó a otra y, en fin, a los nueve meses naciste, hijo mío. Tu madre era una buena mujer. O, como dirían en mi planeta, una fresca.

-- ¿Por qué nos abandonaste?

-- No os abandoné. Lo que pasa es que al liarme con tu madre violé la directriz espacial, y me empujaron. Un día de arresto. Que equivalen a veinte años terráqueos. Cuando salí, tu madre ya estaba pajarito. Es decir, en la dimensión X45F, fumando como una cosaca. Pero, desde la discreción, siempre velé por ti.

-- Sí, desde la discreción, todo el mundo se quiere.

-- Cada noche de mi vida te he arropado y te he dado un beso en la frente. Además, siempre he velado para que nunca te faltaran 20 euros para un taxi. Por otra parte, agárrate, estás modificado genéticamente. Como miembro de una cultura conocedora del pasado y del futuro, sabía que era cuestión de tiempo que en Es-

paña hubiera una epidemia zombi, a la que tú eres inmune. Te pueden morder lo que quieran, que nunca serás uno de ellos, hijo.

-- ¿Estoy libre de peligro?- dije, aliviado.

-- Bueno, tanto como eso... La idea es que, en breves minutos, serás masacrado por el zombi Estadella e ingerido por el rey y Letizia. Pilatos se apuntará a los cafés. Será una muerte cruel, pero en contrapartida redimirás a la Humanidad. Algún día alguien recordará este sacrificio, y con ello cambiará el mundo. Eso será en el año 2.894 terráqueo. Tres días antes de la colisión del Gran Meteorito, por cierto.

Me hundí en mi silla Barcelona, y dije algo que nunca antes había dicho en mi vida:

-- Jo, papá.

Mi padre tampoco había escuchado esa frase en su vida, por lo que, supongo, le golpeó el corazón e hizo que su frente se quebrara. En su alma nació una nueva comprensión de la Humanidad, denominada paternidad. Es decir, culpabilidad. Mi padre creó otra silla Barcelona, en la que se sentó frente a mí. Me acarició la nuca.

-- Hijo, no hay para tanto.

-- ¿Que no hay para tanto? Sólo se vive una vez.

-- No. Se vive, de hecho, 9.675 veces. Y no está nada mal. Esta es la dimensión chunga. En la siguiente dimensión a la tuya, por ejemplo, la economía está sustentada en el intercambio de spritzs y ligueros, y los lunes se denominan vamosalaplaya. No te digo más. Además, no hay para tanto. Vives en un país que es la nada. Es como cualquier país, pero con una gravedad especial, que hace que nunca pase nada. La nada es terrible. Mata. Y no hay nada qué hacer. La nada lo llena todo. Es como el agua, que penetra en todos los vericuetos. Te llegas a creer, además, tonto del bote, pues nadie más puede ver ese agua que impide respirar, y del que no hablan en los diarios. Nuestra civilización, en lo que llamamos nuestra Edad de Piedra, vivió un momento similar. Estuvimos a punto de matarnos a pedradas, de ahí el nombre. Finalmente, decidimos dejar fluir el futuro y el tiempo, y accedimos a nuestra siguiente edad histórica.

-- ¿La Edad de Oro?

-- Bueno, vosotros lo llamáis el Big Bang. Pero condujo a un universo maravilloso. Es una pena que no lo puedas ver. Yo, hijo -mi padre parecía emocionado- he visto cosas que nunca jamás podrías imaginar. Hay planetas bellísimos, como el planeta Mo-

reos. Sus habitantes deben de intercambiar su saliva, o mueren deshidratados. En Afodita-A, jamás he visto tantas flores, sólo crecen vegetales en las rocas que pisan los niños y las niñas, en los días siguientes a comprender su fragilidad. En Labiales, cada vez que dos seres hacen el amor, nace una isla en un océano de un color, en verdad, incomprensible. En Esferalia, cuando dos personas se enamoran, se abrazan hasta morir de hambre. En Mementomoris, cada vez que conoces a alguien en verdad importante, te nace un tatuaje en la piel. En Babas pierden un trozo de memoria con cada beso, de manera que los ancianos mueren felices, sin recordar nada. En Fraternalia se alimentan de la sangre de sus venas que unos seres ofrecen a otros. En Salingeria, al lado de precipicios inacabables, hay campos de centeno infinitos, entre los que juegan los niños. Los adolescentes velan para que no caigan por ellos... Todo en el universo es, en fin, bello, salvo la nada. Dentro de poco verás cosas inauditas y estremecedoras.

-- El mundo es hermoso también, padre.

-- Sí que lo es. Pero en todos los mundos y en todas las dimensiones existe algo inapelable. El destino. Y no puedo modificar el tuyo.

Mi padre me cogió de la mano. Mientras nos descubríamos el tacto, mi padre parece que estaba meditando otra cosa.

-- Modificarlo, no- dijo, como hablando para sí-, pero algún apañño haremos. Mira, que le den por el culo a la directriz espacial.

El Señor García, mi padre, se incorporó, divertido. Chasqueó un dedo. El tiempo dejó de estar detenido y empezó a transcurrir. Sólo que ahora Estadella, aturdido y examinando el hacha que tenía en las manos, no era un zombi.

-- ¿Qué diablos hago aquí? -dijo Estadella.

Letizia, y el cabo furriel con uniforme de gala de Regulares, ya no eran zombis, tampoco. Del fondo de la sala se escuchó un grito del rey, que volvía a tener aspecto humano.

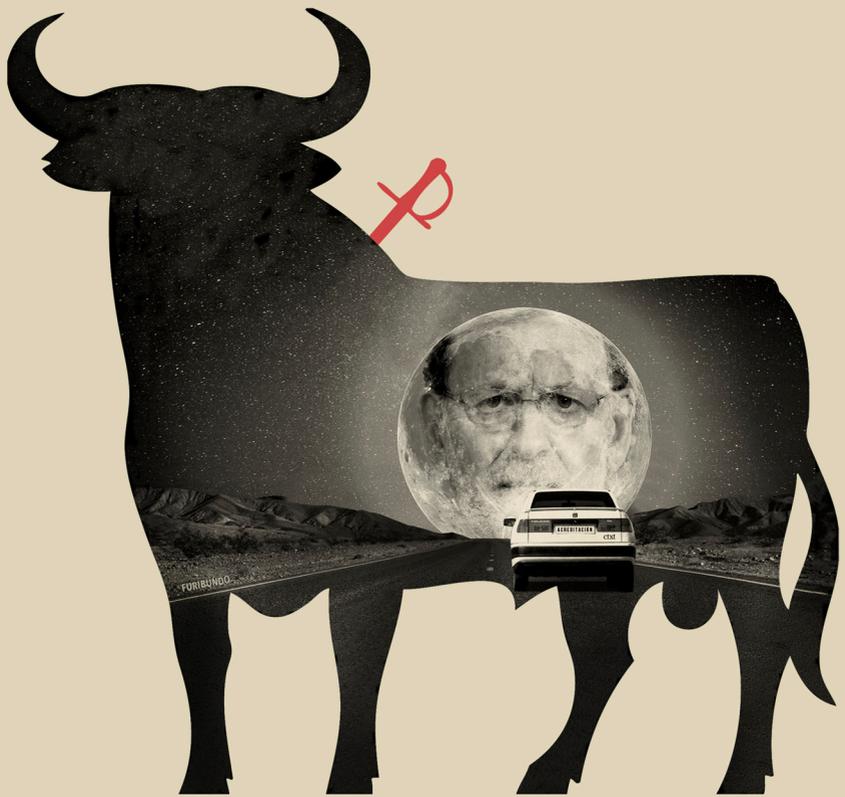
-- ¡Son huevos! ¡Primero se nos cambia el súperpoder de los lamparones, y ahora esto!

-- ¿Qué has hecho, papá?

-- Estírate y págate un cenorrio y te lo explico.

No se podía negar que había salido a mi padre.

.



25.

En el que recogemos, que es gerundio, y la normalidad vuelve a su subnormalidad habitual.

Al salir de la Ciudad Prohibida nos topamos con Rivera, con aspecto humano, desorientado y sentado sobre un bordillo.

--Hombre, Rivera.

--¿Nos conocemos?

--García. Nada, un periodista cutre, que trabaja en agosto. Tuvi-
mos un encuentro este verano. Le presento a mi padre, el señor
García.

--Encantado. Miren, me da apuro pedirles esto, pero estoy des-
orientado y sin móvil, y he visto que alguien me ha vaciado la
cartera. ¿Les importaría prestarme, no sé, 20 euros para un taxi,
por favor?

Rebusqué en mi bolsillo de la suerte. Encontré 3 euros con 45.
Se los dí.

--Lo siento, sólo tengo esta mierda. Tómeselo como un comple-
mento salarial.

Rivera, en efecto, se lo tomó como un complemento salarial. Es
decir, me tiro el dinero a la cara y juró en arameo. Llámenme
sentimental, pero me gustaba más el Rivera zombi.

Ya en el OVNI de mi padre -tenía forma y aspecto de un Seat Toledo, con la última ITV de 1996- fumamos con las ventanillas abiertas, mientras papá me explicaba lo que había pasado.

--La Ley Señor Spock, o directriz espacial, es sagrada. No puedes tocarla, no puedes realizar cambios o intervenciones en ningún planeta que afecten a su futuro. Pero como sucede con toda dura lex sed lex, puedes mangonearla. Y eso es lo que he hecho. No he eliminado el virus zombi. Sólo lo he modificado. Los zombis, ahora, son licántropos. Sólo tocarán los huevos en luna llena.

--¿Todos los zombis son licántropos, incluso los que se peló Estadella?

--Toditos. Incluso los intelectuales de Tu Puta Madre Feliz I. No he podido hacer nada al respecto. Lo siento.

--¿Y yo? ¿Estoy a salvo?

--Bueno, el rey te querrá hincar el diente, seguro. Te aconsejo que lleves siempre una pelota de tenis en el bolsillo. Nadie lo sabe, pero cuando le tiras una pelota a un licántropo, se puede pasar la noche devolviéndotela. Son cansinos. Ah, es posible que, cuando recuperen la memoria, en cuatro o cinco minutos, los exzombis y hoy licántropos te retiren la acreditación del Congreso. Pero

tranqui, ya te iré colando.

Aparcamos en doble fila, mi padre invisibilizó el OVNI/Toledo y subimos a casa. Al entrar en ella, noté un calor extraño y un olor a leche, sangre y jazmines. No había duda. Quimetta había vuelto. Quimetta ha vuelto, y el gato dejará de maullar, me dije, como Lowry, otro tipo que en su vida tampoco había tenido un gato. Habría venido con los niños, pues en la nevera había colgados diversos dibujos, con corazones, del zombi Rivera y de ellos, jugando en el parque acuático. La derecha española, en fin, trabaja bien a largo plazo. Quimetta apareció en la cocina. Tenía el aspecto dulce y relajado de una italiana zen del Norte.

--Pssss, los niños están durmiendo.

--¡Quimetta, has vuelto!

--Claro. ¿Dónde quieres que vaya? Te quiero. ¿Y este quién es?

-dijo, señalando con las pestañas a mi padre.

--Te presento al Señor García, mi padre.

Quimetta le repasó de arriba a abajo, luego me miró de arriba a abajo a mí, con escepticismo.

--España estaba llena de zombis, te volverías zombi en 28 días y, ahora, este joven es tu padre. Eres lo peor. Pero no cambiarás nunca. Da igual, dile a tu amiguito de juergas que se quede, que

he pedido comida a un chino.

--Me gusta tu chica --dijo mi padre-. Me recuerda a tu madre.
Una fresca.

En eso llamaron al timbre. Era la comida a domicilio que había pedido Quimetta. Al abrir la puerta, me encontré de narices con el Señor Chang.

--¡Señor Chang! ¿Qué hace aquí?

--Hombre, Galicia. Pues nada, que cuando escuché que había un pedido a la Calle Desencanto, 12, me dije coño, esa es la antaño residencia madrileña de Pi i Margall y, me dije, allí que voy, a meter la nariz. ¿Quién no quiere saber más y más de Pi i Margall?

--Pase y quédese a cenar, hombre.

--No le di lo que no. En casa de helado, cuchillo de palo. Con tanto culo con los zombis, llevo días sin comer, y gasto más hambre que un maestro de escuela durante la revolución cultural.

El Señor Chang pasó hasta el comedor. Le presenté a Quimetta y a mi padre.

--Señora, me recuerda el haiku de Li--chi Chun--go que, disculpe mi traducción apresurada, señala que “las brumas se disipan / la gullita alza su vuelo / y mi novia está que cluje”. Respecto a usted, Señor Galicia, no le aliendo la ganancia. Se le pide de un in-

documentado es jodido. Le contaté de flegaplatos hace un año, y aún es el día que le vea con un estlopajo en extlemidad superior.

--Es un buen tipo, Chang. Pero se le frió el cerebro leyendo a Bob Black. Los jóvenes son así.

--Black es un plomo, pero tiene más lazón que un santo cuando afilma que el tlabajo no dignifica. El tlabajo es una puta mierda. Es como la vejez. Si no fuea porque no podemos elegil, selía lo peol. La vida es una bloma cutle. Y, pala acabalo de lial, más del 50% de la vida no es vida, sino tlabajo, políticos tocándote la huevela, y dicusiones cholas con honorable esposa o esposo.

Aquí, el señor Chang dijo un taco en cantonés. Luego, prosiguió.

--La vida, en fin, no vale nada. Pelo nada vale la vida. En cantonés suena mejol: Claato Barada Nikto.

Mi padre levantó su copa de spritz.

--Claato Barada Nikto.

Uno por uno, todos alzamos nuestra copa de spritz y repetimos el aforismo chino. Y bebimos. Luego nos pusimos a la mesa. Hablamos de la vida y, en un momento dado, de zombis.

--Es culioso. El zombi es la última incolpolación al telol ficcional de Occidente. No son nada del otlo jueves. Las histolias de zombis coinciden con algunas de las funciones nalativas del estluctu-

lalista ruso Propp, que tanto comió la oleja al eglegio teológico de la litelatlula Barthes. Sea como sea, el zombi apalece por plimela vez en una peli mangui de los 70's del siglo XX. Un tluño. Pleviamente, solo existía en el folclore de la isla de Haití. Nació como una leyenda posteliol a la independendencia y a la esclavitud. Según ella, un blujo vudú podía echalte polvos chungos en la naliz, momento en el que peldías la conciencia, te volvías majala, sin voluntad, y el brujo podía explotalte y hacelte tlabajal todo lo que quisiela.

--Es el terror al trabajo asalariado, ese esclavismo.

--O no. Es el terror a perder el dominio de tu vida.

--O no. Es el terror a que te manden y no lo sepas.

--O no. Es el telol a vivil en el inflamundo, en pleno mundo.

Quimetta tomó la palabra.

--Tal vez sea el terror, sencillamente, a ser un muerto viviente. A que te traten como un muerto. A que la vida y la muerte no se diferencien. A que en el mundo convivan vivos y muertos, y que tú integres el bando de los muertos. A trabajar para pagar facturas, a votar para que hagan con tu voto lo que quieran. A alimentarte, incluso, de los otros, que son como tú y con tu misma alma. Es el terror a la barbarie, a la brutalidad. A que nada pueda cambiarse, pues la opinión de un muerto no cuenta. A no poder, ni siquiera,

decirlo. A la nada. Es el terror a ser una mercancía, además, inútil. Es el terror, incluso, a dejar de ser un zombi y volver a tener vida. Incluso en tu propia casa.

Besé a Quimetta, como solo besan en el planeta Morreos. Luego, mi padre empezó a hablar de maravillas espaciales. Del Planeta Cosquillas, creo. Era feliz. Ni siquiera pensé que, en pocas horas, si mi padre me conseguía el pase fake, estaría en un parlamento zombi, viendo como zombis votaban a un presidente zombi y para zombis.

FIN



ctxt

CONTEXTO Y ACCIÓN

2016